

SUSCRICION  
EN  
PROVINCIAS.  
UN MES. . . . 40 rs.  
TRES MESES. 24  
SEIS MESES. 48.  
—  
10 por 100 de in-  
demnizacion en obras,  
ó una rebaja de 10 y 15  
por 100 en efectivo.

# LA SEMANA

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION  
EN  
MADRID.  
UN MES. . . . 8 rs.  
TRES MESES. 20  
SEIS MESES. 40  
—  
30 por 100 de in-  
demnizacion en obras,  
ó una rebaja de 10 y 15  
por 100 en efectivo.

## AVISO IMPORTANTE.

Se recuerda á los señores suscritores á LA SEMANA que el 5 de noviembre próximo concluye el plazo para cangear por obras del establecimiento de las marchadas en la lista que se incluyó en el prospecto, los cupones que se les han expedido al tiempo de suscribirse, y que por consiguiente pasada esta fecha, dichos cupones quedan sin valor ni efecto segun en los mismos se espresa.

Igualmente advertimos que el 31 del corriente finaliza tambien el plazo señalado en el prospecto de la ENCICLOPEDIA MODERNA para tener opcion al sorteo de DIEZ MIL REALES que se ha ofrecido, y que dicho plazo no se prorogará ni un solo dia mas, por ningun motivo ni consideracion.

### SUMARIO.

Historia de la semana.—Revista de teatros.—Modas.—Historia contemporánea.—El principe Schemseddin y la princesa Zoraida (cuento árabe).—La Estrella del Sud, novela original por don Alejandro Magariños Cervantes (continuacion).—Caracteres y narraciones.—Isia de Capri en el golfo de Nápoles.—Mosaico.—Tipos de Madrid.—Logogrifo: solucion del indico en el número anterior.  
Este número lleva veinte y tres grabados

## HISTORIA DE LA SEMANA.

**Exterior.** La atencion pública se ocupa casi esclusivamente en la vecina república, de la revista que el presidente ha pasado en Versalles á varios regimien-  
tos, cuyas consecuencias van siendo mas graves de lo que en un principio pudo presumirse. Ademas de las manifestaciones hechas en el acto mismo de la revista, hay otras que pueden llamarse privadas, cuyo carácter ha causado todavía mayor alarma.

Varios individuos de la comision permanente de la Asamblea presenciaron estas escenas, y al siguiente dia las relataron en la sesion, segun la impresion que ellas les habia quedado. Se trató de si el presidente habia con arreglo á la constitucion pasar revistas y vestir un uniforme militar, siendo así que no pertenece al ejército, y de los hechos ocurridos en Versalles, considerando inconveniente que á los soldados se les ensajase por gritar viva el emperador, mientras que los tribunales aplicaban severas penas á los que gritaban Enrique V, ó viva la república democrática y social. Las esplicaciones que dió el ministro de la Guerra no satisficieron á la mayoría de la comision, y después de largos debates, se propuso que convendria con-  
signar en el acta una protesta contra los hechos ocurridos, á fin de que en su vista pudiese la Asamblea tomar oportunamente las resoluciones que creyese convenientes.

Ha causado profundo sentimiento en Bruselas el fallecimiento de la reina. Los periódicos aparecieron el dia 13 de luto, los ayuntamientos y demas corporaciones populares han acordado celebrar suntuosas

exequias, y hasta se ha abierto una suscripcion para levantar un monumento á la memoria de tan escelsa señora, á quien consideraban en vida como el consuelo de los necesitados, y á cuyos consejos y prevision debe la Bélgica en parte su prosperidad y la paz de que disfruta.

En el electorado de Hesse-Cassel reina una verdadera anarquía gubernativa. El pueblo no toma, al parecer, parte alguna en la contienda, lo cual demuestra que las cuestiones le interesan bien poco ó nada, y que no tiene instintos revolucionarios, pues solo así se explica que á pesar de las cosas que están haciendo las autoridades, no se promueva una espantosa guerra civil. El general Haynau sigue dando órdenes para que los periódicos suspendan su publicacion, y los periódicos siguen publicándose, porque la tropa que debiera ejecutar las disposiciones de su jefe, ó no obedeció ó dice que no tiene instrucciones.

El resultado de las operaciones del ejército de los ducados ha sido una retirada despues de sufrir pérdidas enormes. El sitio de Fredricia ha sido sumamente desastroso; la ciudad ha padecido terriblemente con el bombardeo, y los sitiadores han tenido en dos asaltos que dieron gran número de muertos y heridos, habiéndose por último visto en la precision de retirarse, y hasta han perecido muchos soldados al pasar un puente que se hundió, de cuyo desastre podrá formarse una idea con solo ver que el mismo general Willissen confiesa que un batallon ha perdido todos sus oficiales. Se ha retirado á Suderstapel en las mismas posiciones en que habia permanecido despues que fué derrotado en Lostedt.

Acaso este nuevo descalabro contribuya á que desaparezcan las ilusiones que hasta el dia han abrigado los de Hölstein, lo cual unido al cansancio de los pueblos, podrá obligar al gobierno provisional á deponer las armas.

A pesar de haber anunciado el telégrafo eléctrico de Francfort que el Austria habia concluido con la Sajonia, Baviera y Wurtemberg un tratado de alianza ofensiva y defensiva, parece segun noticias posteriores que solo se ha hablado de conferencias en que se procurará dar solucion á las cuestiones pendientes en Alemania. Mientras tanto las tropas austriacas acantonadas en Bohemia habian hecho movimiento hácia la frontera de Hesse-Cassel, y la Prusia se ocupaba de la conservacion del colegio de los principes, habiendo tambien aproximado fuerzas hácia la misma frontera, si bien debe creerse que ambas potencias tienen gran interés en conservar la paz para atender á cuidados interiores.

En Suiza ha ocurrido un suceso notable. El canton de Friburgo se halla dominado actualmente por la fraccion ultra-democrática; la mayoría del pueblo que la soporta con indignacion, trató de arrojarse á los gobernantes de su puesto, y con este objeto se tramó un plan de insurreccion que debia tener por resultado sorprender la capital. Pero sea que la combinacion no estuviese bien preparada ó que la mayor parte de los gefes y conjurados faltasen á la cita, el resultado es que ha fracasado el proyecto. Los radicales de Friburgo se han alarmado, tomando desde luego varias disposiciones, entre otras la de poner sobre las armas algunas compañías de la milicia federal.

Nada nuevo ha ocurrido en la cuestion aun pendiente entre la Santa Sede y el gobierno de Cerdeña, ni en el resto de Europa, que merezca referirse.

### REVISTA DE TEATROS.

La única novedad de la semana ha sido la ópera *Il Nabuco* del maestro Verdi, ejecutada en el teatro del Circo por Ronconi, la Catinari, el tenor español Carrion y el bajo Miralls. El público de Madrid conoce demasiado esta célebre partitura, para que sea necesario que hablemos de su mérito; este es indisputable, en particular por lo que hace á los coros y á la instrumentacion. Ronconi ha gustado cada vez mas: como actor y como cantor está colocado muy alto en esta ópera. Los aplausos coronan debidamente sus esfuerzos, y el eminente baritono corresponde á las sim-

patias de sus numerosos oyentes redoblando aquellos cada noche de representacion nueva.

La Catinari no canta esta ópera con tanta aceptacion como en *Lucia*; pero tambien es cierto que el papel que desempeña en el *Nabuco* no ignora, ni con mucho, en interés al de la desposada de Lamer Moor. El tenor Carrion posee escasa voz, pero es inteligente; su desgracia mayor ha sido tener un antecesor como Moriani. Al bajo Miralls se le oye poco. La orquesta y los coros siguen, por no variar, tan mal como de costumbre.

Se anuncia la despedida de Ronconi con *Maria di Rohan*. Sale para París, á causa de haber roto aquel gobierno la contrata en que se encomendaba al célebre cantor la direccion del teatro italiano, celebrando otra con Mr. Lumley. ¿Qué será entonces del Circo? Espirará sin duda: no habrá remedio que lo cure.

En el Español se ha seguido representando *El Tesorero del Rey*. Hemos leído el drama, y nos afirmamos en el juicio que emitimos en nuestro anterior número. Creemos, como antes de leerlo, que la pieza flaquea por su cimiento. El robo del puñal, de donde depende todo el desarrollo de la accion, es inconcebible, considérese como se quiera. Una inverosimilitud de tamaño importancia no pueden subsanarla ni las bellísimas escenas ni los hermosos versos en que abunda el drama. No comprendemos el personaje de *Perosa*. No basta que él diga que le creen un diablo, para concederle nosotros, ni el público ilustrado, el don de segunda vista. Con autores del relevante mérito de un García Gutierrez es preciso ser severos.—Si se tratase de principiantes, ya seria otra cosa.

El *Marido Duende*, que ha continuado representándose en el Instituto, es una comedia que hace reir mucho, pero que la sana crítica condena. Está toda fundada en una sustitucion de marido, imposible de la manera que la trae el autor. Casarse la novia sin ver la cara del novio, y siendo este su amante equivocarle con el palurdo que le destinaban, son cosas que ni en una pieza de mera risa deberian permitirse. Los incidentes que nacen de este equivoco son preciosísimos; por eso el público se olvida del absurdo para divertirse con sus consecuencias.

Es la *Chachi*, es un juguete lindísimo; y representado por la Samaniego, Dardalla y Guerrero, nada de-  
je que desear.

En *Variadades* hizo fiasco la comedia *El Preceptor y su muger*. *Requiescat in pace*. En seguida se dió *Un matrimonio á la moda*, original del señor Navarrete, que nos recordó *El matrimonio en tiempo de Luis XV* de Alejandro Dumas. Aunque no nueva, lo interesante de su argumento motivó el que se llamase á la escena al autor. La senora Yañez hizo cuanto pudo para sacar adelante su papel, aunque no siempre lo consiguió: se conocia el esfuerzo, y la impresion se amenguaba. El señor Catalina mostró, por la inversa, suma naturalidad en la ejecucion del suyo. Los demas actores contribuyeron todos á realzar el cuadro. *Lo que se tiene y lo que se pierde*, es un juguete muy bien ejecutado, y que agrada por la verdad que encierra. La senora Rizo reveló graciosamente á la joven sencilla y cándida, que ama á su primo sin saberlo. Es muy simpática esta actriz.

Se anuncia en este teatro la zarzuela en dos actos titulada *Las señas del archiduque*, de la cual se hacen grandes elogios.

Se nos olvidaba hablar de la novedad que se prepara en el Instituto. Está ya parodiado *El Tesorero del Rey*, y pronto se pondrá en escena. Como el drama ha llamado tanta concurrencia, creemos que la parodia atraerá tambien mucha: todos querrán ver el reverso de la medalla, así como han visto el anverso.

Se ha representado en el coliseo de la calle de Valverde (teatro del Drama) la comedia titulada *La Saboyana ó la gracia de Dios*, traduccion del francés por el señor García Gutierrez. Su éxito ha sido bueno, el traductor y los actores fueron llamados á la escena. Nosotros instamos siempre porque se presente el señor Lombardia; sus numerosos apasionados desean con ansia su aparicion en las tablas.

La apertura del teatro Real se aproxima. Se ase-

gura que en lugar de la *Favorita* se estrenará con la *Sonámbula*; así lo ha exigido la célebre Alboni. También corren voces de que se trata de contratar á Ronconi; si esto saliere cierto, el público de Madrid se daría mil enhorabuena.

J. P. S

## MODAS.

Cuando el otoño se acerca ya á la mitad de su carrera, la cuestion de modas empieza á adquirir una gran importancia, y aun puede decirse que alcanza un lugar en el número de las cuestiones sociales. Los teatros se inauguran, los salones están próximos á abrirse, los paseos van á adquirir esa solemnidad que es solo propia de este periodo del año: estas diversas reuniones quedan ahora despojadas de ese aire de confianza que les daban los ligeros trages del verano, arrinconados ya desde que las frescas brisas de setiembre cerraron las puertas del estío. No es mucho, pues, que las modas sean el objeto de todas las conversaciones en los círculos femeninos, en los cuales queremos mezclarnos ahora para referirles lo que sobre este asunto nos cuenta un órgano muy autorizado de la prensa francesa.

En París, — y hablando de París, hablamos del centro de las modas y del buen tono, — no se sabe hasta ahora lo que será moda en el próximo invierno, así respecto á la eleccion de telas y dibujos, como á las hechuras y formas de los trages: aguardase sobre este punto la caprichosa resolucio de algunas damas, acostumbradas á formar siempre la moda y á ser el modelo de las demas en esta interesante esterioridad de la vida pública.

Lo que parece incuestionable es que se ha decidido abandonar de todo punto cuanto estuvo de moda en el invierno pasado; y aunque se lleven en este, como no podrán menos de llevarse, terciopelos, bordados, encages, cintas, trencillas, flores, blondas, plumas y sederias, habrá tanta gracia y novedad en el arreglo de todos estos adornos, que el genio de la moda ya á renacer, por decirlo así, de entre sus mismas cenizas.

Hace diez años que nada era de buen gusto ni merecía en Francia la calificacio de distinguido, si la sencillez no se dejaba ver en los menores detalles de la *toilette*; pero hoy día las elegantes francesas ponen en contribucion todas las novedades y las combinaciones imaginables; y tanto las telas, como las hechuras de los trages, son tan complicadas y caprichosas, que su conjunto presenta una variedad inagotable, un lujo asiático, una originalidad pasmosa, una riqueza donde resalta la excelencia del gusto; y en fin, la mas deliciosa coquetaría que se haya visto jamás en los trages femeninos.

Las telas de seda, para los trages de mañana, son todas espolinadas, unas á cuadros, otras con listas de raso, otras con flores sueltas, otras rameadas.

Los rasos y los brocados ofrecen un conjunto de todas las flores y de los mas variados y caprichosos dibujos.

Lo que sobre todo llama la atencion en la actualidad, es el *royal-pekin*, con rayas y grandes flores negras sobre fondo negro ó muy oscuro: para trage de noche, se le ponen dos ó tres volantes de encage de Cambrai, cuyos volantes se adornan con tres cintitas de raso rizadas. El cuerpo forma un graciosísimo trage, á que los franceses han dado hoy día el nombre de nuestra antigua *basquiña*, ajustado al talle por botones dobles, ó alamares de cinta ó trencilla de seda con botones gruesos de pasamanería. Los bajos de esta *basquiña* se adornan con un encage igual al de los volantes, y sobre el volante de la *basquiña* se pone el mismo adorno de cinta de raso rizada que llevan los de la falda. Las mangas de este cuerpo-*basquiña*, son pagodas, bastante anchas y rodeadas con cinta rizada.

Se hacen tambien faldas de *moiré* ó de Damasco antiguo de esta hechura, con una pequeña *basquiña* de terciopelo, pero sin adornos ni guarniciones algunas.

Asimismo se llevan muy lindos abrigos de gró de Tours y *alpaga*, que hace visos de color de pan tostado, vainilla azul y verde oscuro, cerrando la delantera del cuerpo y de la falda con una botonadura de capricho. Este sencillo trage se acompaña con una pequeña manteleta de la misma tela, rodeada de cinta del mismo color. La hechura es la de un paletot un poco ancho, que marca algo el cuerpo sin ajustarse á él. Todo esto reunido forma un negligé del mejor gusto.

Para los primeros días de frio preparan las modistas de París abrigos de paño de céfiro verde bronce, ó color de vainilla muy marcado. Se le rodea con un galon ancho sobrepuesto como el de las levitas de los hombres: grandes botones chatos de seda lisa cierran la delantera de la falda y del cuerpo, disminuyendo

progresivamente. Las mangas son ajustadas de arriba, un poco anchas por abajo, y llevan vueltas á lo mosquetero, adornadas con galon ó cinta. Este paletot, ligeramente entretelado, se cruza y abotona lo mismo que una levita de un hombre.

Este trage, un poco escéntrico en verdad, será por algun tiempo una cosa poco comun, puesto que no puede servir sino para las escursiones de mañana, y porque ademas será bastante costoso.

Se preparan tambien, como trages de mañana, unos abrigos, especie de levita, de cachemira, y aun de muselina de lana muy fina, y de castor, que forma visos de color gris, y lleva la delantera bordada con galon ó trencilla negra, mezclado con cadeneta de seda del mismo color, que se lleva con un pequeño abrigo igual, de talle suelto, adornado con algun bordado ó galon como los vestidos.

Todos los trages sencillos, cualquiera que sea la tela de que se les haga, son cerrados de cuerpo.

Los abrigos-levitas de seda, que se destinan para calle ó para la *toilette* de mañana, ó se harán tambien abiertos y cerrados, abotonándolos con doble botonadura.

Los trages de confianza para la noche se harán siempre de cuerpo ajustado, abierto y con punta por delante y por detrás. Entonces el largo de las mangas se modifica algun tanto; pero no por eso dejan de ser abiertas. Para calle, se llevarán mucho las manguitas con puño á lo mosquetero, de chaconada bordada á la inglesa, y por la noche las manguitas abiertas, á la *Lavalliere*.

Pero donde la atencion de la moda se halla reconcentrada ahora con toda su fuerza en la capital del vecino reino, es en la forma y carácter de esa multitud de abrigos que las elegantes francesas conocen con los nombres de *manteaux*, *redingotes*, *pardessus*, *mantelettes*, etc., y que en España casi no se conocen mas que por el nombre genérico de *abrigos*.

La hechura de paletot es la que sin duda alguna será preferida para los abrigos (*pardessus*) de terciopelo. Aun en esta clase especial se les designan con mil nombres, cuya diferencia solo proviene de algunos detalles en el corte ó en la guarnicion.

Hay entre otros el pequeño *pardessus*, llamado propiamente *népauien*, de terciopelo, adornado con ricos encages negros. Este abrigo no marca el talle; y sus mangas, aunque en la apariencia muy anchas, rodean el brazo de manera, que pueden preservarlo completamente del frio. Por la naturaleza de su corte se presta así á los adornos mas ligeros y sencillos como los mas cargados y costosos.

El abrigo llamado *parisien* es de paño, con bordados de cinta y trencilla: su corte es cómodo y sencillo; envuelve el talle con pliegues sueltos y graciosos. Es el abrigo de viage y de mañana.

Conócese ademas en París el abrigo denominado *girald*, cuyo origen han buscado sin duda en nuestro idioma las elegantes parisienas: forma por detrás un paletot-saco, es muy ancho por las caderas y ajustado por delante. Se hace de paño, entretelado y forrado de seda, y adornado con galon ó cinta; ó de terciopelo negro, adornado con una doble franja jaspeada. Esta es la *novedad mas palpitante de la estacion*, segun la crónica parisienas.

Nos añade dicha crónica que pudieran citarse todavía hasta otra docena de abrigos de diferentes clases: tan prodigiosa es la variedad de este género en el suelo vecino; pero el mismo cronista conviene en que el encanto de la variedad, que es el que en esto como en todo gobierna el mundo de buen tono, — no consiste sino en una porcion de detalles indescriptibles y en la diversidad de los adornos y hechuras.

Créese que para todos estos trages se usará mucho el paño bordado, ya sea al pasado, ya con galon ó trencilla redonda.

El periódico á que aludimos trae dos lindos figurines, cuya descripcion haremos en pocas palabras, para que juzguen nuestros lectores de los trages adoptados en París en la presente estacion.

El primero, que es el de una muchacha muy jóven, se compone de un trage de *alpaga*, color gris, con un cuerpo-*basquiña*, esto es, un cuerpo con una caída sobre la falda. Este cuerpo forma unos dientes en toda su orilla y está abrochado con botones de marfil. Lleva un cuello con encage de bordado ingles. Las manguitas, fruncidas en el puño con una vuelta á lo mosquetero, están sujetas con dobles botoncitos de oro.

El segundo representa una jóven de mas edad, que lleva un trage de raso de la reina, color de tierra de *Sienne*, bordado por la delantera al pasado y con trencilla.

El cuerpo es cerrado y bordado en forma de peto ó coraza. Las mangas son abiertas y bordadas por la parte baja, con manguitas de muselina cerradas, sobre un puño tambien bordado. Lleva ademas una manteleta de terciopelo negro y una capota de raso blanco, con pequeños adornos de plumas á uno y otro lado.

En medio de tantas novedades, difícil será prever lo que de París será importado á nuestra capital en la próxima estacion del invierno. Allí la variedad es inagotable, es infinita, y creemos que esta prodigiosa variedad debe ser muy de gusto de nuestras convecinas. Por lo pronto, nosotros no vacilaremos en afirmar que aun dado caso de que no alcance en este invierno la elegancia madrileña el lujo y el buen gusto de la elegancia de París, nuestras mugeres llevarán siempre un gran ventaja á las parisienas por su gracia sin igual y por su incomparable belleza.

\*\*\*

## HISTORIA CONTEMPORANEA.

BIOGRAFIA.

DON JUAN ANTONIO ZARATIEGUI.

(Continuacion.)

La posicion que en tales circunstancias ocupaba Zaratiegui, y su situacion, ni aun él mismo pudo figurársela; parecia imposible que en tan corto espacio de tiempo llegara á enseñorearse de vastos territorios, y á ser no solo respetado de sus contrarios, sino á proceder á operaciones ofensivas y con lisongero éxito. Este envanecia á su juvenil corazon y el aliento que cobraba era influndido por él en sus soldados á quienes presentaba sumamente fácil aun las empresas mas temerarias. Esto bastaba en verdad para que mereciese el nombre de sabio y prudente capitán.

El 14 de setiembre emprendió su marcha contra Mendez Vigo que ocupaba á Aranda; pero á su llegada á este pueblo habia sido evacuado. Mendez Vigo ya no mandaba; Puig Samper que le habia sucedido en el mando se retiró llevándose la guarnicion en direccion de Somosierra. Esta retirada de Puig, la toma de las tres guarniciones que le habia precedido y la entrada de Zaratiegui en Aranda, puso en conmocion á toda aquella comarca que consideró como llegada la hora del triunfo de los carlistas. Los habitantes de Roa hicieron locuras de regocijo, y las mugeres de un pueblo de las inmediaciones, tuvieron la osadía de prender diez y siete soldados dispersos, la mayor parte con armas, y los encarcelaron, dando aviso al general carlista para que dispusiera de ellos.

El número de personas que se reunieron en Aranda de los pueblos inmediatos se calculó en unas treinta mil. Veamos pues un episodio notable: tres individuos del ejército carlista habian exigido ochenta ducados del ayuntamiento, antes que llegasen las tropas apenas tuvo aviso de esto el general, mandó hacer las averiguaciones necesarias y encontrados los autores fueron condenados á muerte. Conducidos al suplicio para ejecutar la sentencia, los ruegos de todo el pueblo y la consternacion que comenzó á difundirse sobre las gentes allí reunidas para regocijarse, le decidió á conmutar la capital por otra pena menos rigorosa. Acto continuo se corrieron novillos, con el doble motivo de haberse recibido la noticia de la accion del Villar de los Navarros, en la que quedaron victoriosos los pendones carlistas.

La retirada del general Puig Samper sobre Madrid no ofrecia ventaja alguna para que Zaratiegui siguiese aquella direccion y mucho menos dejando aque pais que ocupaba como centro de las operaciones abandonado á las tentativas de las fuerzas constitucionales que guarnecian el Ebro y al brigadier Goiri con mas de tres mil hombres desarmados, sin municiones y con el cuidado de un depósito de prisioneros, otros de viveres, hospital, fábrica de pólvora, y cuartel constituia un cuartel general. Tampoco á esta fecha sabia la menor noticia sobre la posicion que ocupaban las tropas de don Carlos, ni su proyecto de avanzar sobre Madrid, despues de la accion de Villar de los Navarros, ni tenia tampoco instruccion alguna, ni menos indicacion que le ligase ó prescribiese sus movimientos. Desde su entrada en Castilla varias fueron las veces que él mandó sus avisos á la expedicion real sobre sus operaciones; pero jamás se le contestó respecto á lo que debiera hacer, antes se aprobó todo cuanto ejecutaba sin que nunca se le ordenase movimiento de ninguna especie. Lo único que pareció ocuparse principalmente al gobierno carlista y en especial don Carlos, fué el prevenir á Zaratiegui que, en caso de que se apoderase de la reina Cristina la tratara con toda clase de respetos y miramientos, como la viuda de su hermano, y que á poder ser la sirviese y acompañase el mismo Zaratiegui, y que no pudiendo hacer por tener que atender á las operaciones eligiese la persona de mejores modales, educacion y confianza.

Sirva esta explicacion para regla, ó como introduccion á las novedades que se verán. La Europa entera está todavía en la persuasion de que el no haberse ocupado á Madrid el año 1837, provino de la falta de cooperacion de uno ó otro cuerpo de los que maniobraban; y por esta razon es preciso presentar las cosas bajo su verdadero punto de vista. Cuando el general Zaratiegui avanzó en agosto del citado año, hasta las puertas de la corte fué de propio movimiento y sin habérselo indicado nadie: hizo esto porque lo juzgó lo mas conveniente para llamar la atencion de España

tero y atraer hacia sí á una parte de las fuerzas constitucionales. Pero si en vez de esta operacion se hubiese puesto á recorrer, como otro general lo hizo el año anterior, de un extremo á otro la Península, ni hubiera quien se lo disputara, batido ya Das-Antas, hubiese recorrido Asturias, Galicia, las Castillas, Estremadura y las Andalucías, ni tampoco habria incurrido en las más pequeña falta. Vióse ya en el oficio del general Uranga en qué consistian sus instrucciones: Zaratiegui además se impuso dos principios: 1.º auxiliar á la expedicion real por medio de sus maniobras; 2.º radicar la guerra en Castilla, no como lo habia hecho Merino, Cuevillas, Garcia y otros, sino tal como Zumalacárregui la habia instituido en Navarra. El pacífico natural de los castellanos se vió exaltado por Zaratiegui en provecho de su causa; atrajo partidarios, engrasó sus filas, creó nuevos batallones; y ya hemos visto detalladamente otros acontecimientos, que retratan con fidelidad el estado en que se hallaba Castilla.

El 14 de setiembre tomó Zaratiegui el camino de Valladolid y se propuso enseñorearse de esta ciudad, la primera capital de Castilla y como poblacion abierta y desprovista de defensa. El 18 entraba ya por las calles de ella, habiéndose retirado el capitán general Espinosa con los nacionales y una parte de la fuerza, dejando la otra en el inexpugnable fuerte de San Benito, guarnecido con diez y ocho piezas de artillería y por gobernador el coronel Alba, que desobedeciendo al capitán general, sirvió mejor á la causa constitucional.

La entrada de Zaratiegui en Valladolid con nueve batallones y cuatro escuadrones fué uno de aquellos acontecimientos poco comunes en la guerra, y menos aun en la civil, así por el aspecto militar de las tropas, como por el orden y disciplina que entre ellas reinaba. Aunque habia bastantes constitucionales en Valladolid, no hubo resistencia por haber sido evacuada antes la poblacion: no faltaron algunos excesos que fueron insignificantes, teniendo lugar en cambio otros actos tan honrosos, que por haberlos oido referir nosotros mismos y habernos hallado en situacion de apreciar su valor, tendríamos una singular complacencia en referirlos, si no tuviésemos que hacerlo de otros acontecimientos.

Zaratiegui, á pesar que de antemano habia tomado todas las disposiciones convenientes, desmontó á la puerta de las casas consistoriales, subió á la sala donde estaba reunido el ayuntamiento, y tomando la pluma escribió por sí mismo varias providencias que se llevaron en seguida á la imprenta.

Siendo imposible tomar el fuerte por la fuerza, se hicieron algunos avances al gobernador, que conociendo su posicion, solo se avenia á condiciones inadmisibles para los carlistas. En el entretanto la ciudad estuvo tranquila, y se fueron recogiendo las armas de los nacionales que no habian seguido á Espinosa y las de la misma arma de los pueblos comarcanos, se formó un batallon con el nombre de la capital, en el que entraron muchos estudiantes y varios voluntarios, y las fusiles sobrantes se remitieron á Góiri para armar á los de Burgos. En estos dias llegaron comisionados carlistas de Galicia, y por todas partes decian á Zaratiegui que los pueblos no deseaban mas, sino que se presentaran sus fuerzas para pronunciarse á su favor.

Espinosa se habia detenido en Toro: para ahuyentarlo Zaratiegui mandó á la brigada Iturbe avanzarse hacia Tordesillas, villa situada á cinco leguas de Valladolid, y de importante situacion por estar en ella el puente que comunicaba entre sí muchos caminos, bastando este amago para que Espinosa se retirase á Zamora. Interceptóse entonces un parte en que el jefe constitucional se quejaba del mal espíritu que reinaba por casi todo el país, y añadía: «Esto y seguro que este pueblo que ocupo no espera mas que mi salida para pronunciarse por los facciosos, y esto sucede por todas partes....»

El 23 de setiembre, ó sea el sexto dia de haber ocupado á Valladolid, recibió Zaratiegui un confidente con pliegos del cuartel de don Carlos, y uno de ellos le nombraba gran cruz de Isabel la Católica: otro accediendo á su repetida propuesta concedia el empleo de mariscal de campo á don Juan Elio, gracia tan justa como merecida, y por la cual mostró tan generoso empeño Zaratiegui, olvidándose de sí mismo en obsequio de recompensar á quien tantos méritos habia contraído; y autorizábasele en un tercer oficio á dar todos los empleos que reclamase la organizacion, y el mas esencial é importante consistia en esto que literalmente copiamos.

«El movimiento practicado por el ejército del rey N. S. al centro de la monarquía y de Castilla la Nueva, ha llamado á él, como S. M. lo habia previsto, casi la totalidad de fuerzas enemigas de Aragon y Valencia y dejado sin reserva sus cuerpos de Castilla, de modo que V. S. puede ya trasladarse á la izquierda del Duero y doblar la cordillera, v. g., por Almazan ó Sigüenza sin el menor riesgo, con tal que anticipé V. S. algun aviso para que por parte de S. M. se secunde la operacion que V. S. practicare ó no, segun las fuerzas enemigas que se opongan y las disposiciones que las mismas tomen. Lo que digo á V. S. de real orden etc. Dios guarde á V. S. muchos años. Real de Madrid 13 de setiembre de 1837.—Cabañas.»

Aunque vemos este oficio de fecha del 13, fué á manos de Zaratiegui con uno del 12 desde Arganda, y tres de Chiloeches del 18, todos bajo un sobre, lo cual prueba que no estuvo la falta en el conductor y si en

quienes los espidieron, á cuyas personas nos cumple hacer aqui gravísimos cargos, ya que este hecho es una manifestacion palpable de su criminal proceder; porque cuándo se ha visto que un oficio sobre movimientos de un cuerpo de tropas con fecha del 13 no se espidiese hasta cinco dias despues? ¿Cuán inmensas pudieron haber sido las consecuencias que tan inmoral abuso atrajera no solo á Zaratiegui, sino á la misma expedicion en que iba don Carlos? ¿Quién responde de que no las hubo, atendiendo á posteriores sucesos? Es evidente que el mas mínimo movimiento acertado puede causar grandes pérdidas, y así no es extraño que la detencion del anterior oficio fuere valor entendido entre algunos de los que acompañaban á don Carlos, y á quienes nos atreveríamos á citar si no fuéramos en cuenta que es algo mas elevada nuestra mision. No hay duda que los triunfos de Zaratiegui ofuscaban á algunos que no siendo capaces de conseguirlos medraban; sin embargo, como se medra en los salones de corte, y como suelen ser siempre estos seres émulos de quien tiene alma y valor para elevarse sobre ellos sin hacer continuas humillaciones, de aqui su propósito de desacreditarlos y de contribuir con sus poco nobles medios á oscurecer el brillo de quien los eclipsa. Tales eran, pues, los enemigos que comenzó á tener Zaratiegui y á quienes podríamos dispensarles el honor de ocuparnos de ellos con mas estension, que ni nos faltan datos incontestables, ni nombres propios si no nos llamasen la atencion otros sucesos de mayor importancia.

Los citados oficios y las noticias que tenia el jefe carlista el mismo dia 23 de setiembre, referentes á la salida de un cuerpo de 6,000 infantes y 330 caballos de Burgos, á las órdenes de Carondelet, con direccion á Palencia, le decidieron á llamar inmediatamente á Iturbe, que con su brigada permanecia en Tordesillas, verificando este su llegada en el mismo momento que los de Carondelet se tiroteaban fuera de Valladolid con las tropas carlistas salidas á su encuentro. Inútil la resistencia de Zaratiegui, tuvo que abandonar precipitadamente la capital despues de sufrir algunas cargas que le causaron bastantes bajas de muertos y heridos, no sin haberse portado antes bizarramente, ya sosteniendo con buen orden los fuegos, ya procurando rechazar las impetuosas cargas de caballería que tan buen terreno tenian para maniobrar, por cuya razon causaron mayor daño al carlista, Zaratiegui tomó la direccion de Tudela de Duero, donde pernoctó aquella noche, y pareciéndole punto á propósito para dar un combate donde recuperara la anterior pérdida en caso de que avanzase Carondelet, le esperó hasta el medio dia del siguiente 23, en que continuó su marcha, forzándola todo lo posible por averiguar noticias. Trató al paso de apoderarse del fuerte de Peñafiel, uno de los mas inexpugnables de Castilla; pero no pudiéndolo conseguir continuó su marcha y tras de él las tropas constitucionales.

Al anochecer del 27 de setiembre llegó Zaratiegui á Roa con parte de las tropas, dejando las restantes acantonadas en los pueblos inmediatos. Una lluvia muy fuerte estuvo cayendo toda la noche; pero habiendo recibido entonces un aviso de que la expedicion de don Carlos venia perseguida por Espartero, y que debia salir hacia la parte del Burgo de Osma, se persuadió al momento de que las fuerzas de Mendez Vigo (á las órdenes ya de Lorenzo) vendrian á atacarle de frente, ganando el puente de Aranda. Nada sabia Zaratiegui de la columna constitucional que como antes dijimos se retiró con Puig Samper desde Aranda, y que bajando el Somosierra se dirigió hacia Madrid, calculando sin duda que en esta ocasion no dejaria de concurrir, como así sucedió.

Preocupada la imaginacion de Zaratiegui de que tal fuese el proyecto del jefe de las tropas de Isabel, puso en movimiento las suyas antes del amanecer, y con paso acelerado avanzó hacia Aranda con dos brigadas por la orilla derecha, en tanto que el brigadier Novoa lo hacia por la izquierda de la castellana, marchando unos y otros hacia la misma altura. En el momento que esta última brigada atravesaba el puente para ir al pueblo, vióse aparecer sobre el camino real de Madrid y á distancia de un tiro de fusil, la columna del general Lorenzo que cargando la retaguardia, trataba de posesionarse del puente. Entretanto Zaratiegui tomaba posicion en la orilla opuesta y ocupaba el pueblo. Lorenzo estableció prontamente algunas pequeñas piezas, y el combate se hizo general.

En estos momentos se presentó á Zaratiegui un confidente, diciendo que el portador primero del oficio que él conducia, habia dado una caída y roto una pierna de sus resultas. Avido el carlista por saber su contenido, vió que tenia la fecha del dia anterior y decia lo siguiente:

«Excmo. señor.—El rey N. S. se ha dignado resolver que procure V. E. presentarse mañana en Roa con todas las fuerzas de su mando á cuyo punto llegará tambien S. M.—Lo digo á V. E. de real orden para su cumplimiento.—Peñaranda 27 de setiembre de 1837.—Cabañas.»

El combate seguia: pocos instantes despues y estando en lo mas recio de él, recibió el orden siguiente.

«Exmo. Sr.—El rey N. S. ha resuelto en este mismo instante, que son las cinco de la mañana, suspender el movimiento indicado á V. E. en la real orden de ayer, en consecuencia de un fuerte temporal que lo impide, pero no por esto dejará V. E. de dirigirse con su fuerza á Roa y permaneciendo en ella

hasta la llegada de S. M. quien emprenderá la marcha para dicho punto á la cabeza del ejército en el momento que el tiempo lo permita. De real orden lo digo á V. E. para su noticia y cumplimiento.—Dios guarde á V. E. muchos años. Real de Peñaranda 28 de setiembre de 1837.—Cabañas.»

A pesar de estas órdenes, pocos momentos despues tuvo que ponerse en marcha la corte de don Carlos á causa de que se le venia aproximando Espartero. Don Carlos, ó sus generales creian que Zaratiegui les esperaba en Roa y hacia este pueblo se dirigian, pero al llegar á Aranda se encontraron ya trabado el combate y defendido el puente, lo que á no haber tenido lugar, su completa derrota era segura. Las fuerzas que acompañaban á don Carlos, remanente de mas de 11000 infantes y de 1,200 caballos que sacó de las provincias vascas, no llegaban en esta ocasion á 3,000 ó los primeros y poco mas de 200 de los segundos, de ser realizados, abatidos por el hambre y la fatiga. Zaratiegui tenia consigo 4,300 infantes y 600 caballos en el estado mas brillante, disciplinados y llenos de entusiasmo y confianza; podian además calcularse sobre 3,000 hombres los que en Lerma é inmediaciones se estaban organizando á las órdenes de Góiri, aunque la mayor parte faltos de armas.

La suerte, en el interin, de la batalla del 28, era en extremo lisonjera para las armas constitucionales. El general Lorenzo vió que tenia á su frente á Zaratiegui: comprendió á poco que se efectuaba la reunion de ambas expediciones, y al verla consumada emprendió su retirada por el camino real de Madrid hacia Bocaguillas de donde habia venido; pues no podia hacer ya cara á tan considerables fuerzas unidas. Siguió estas cerca de una hora á las del general Lorenzo, quien trataba de entretenerlas para dar lugar á que Espartero llegase, el que pasado el Duero avanzaba por la orilla derecha.

(Se concluirá.)

A. PIRALA.

## EL PRINCIPE SCHEMSÉDDIN Y LA PRINCESA ZORAIDA.

CUENTO ÁRABE.

Si he de creer lo que dice un libro que tengo á la vista, á veinte jornadas de navegacion en las costas de Persia, se encuentra en el mar la estensa isla de los Hijos de Kbalendam, que formaba un reino poderoso, gobernado en tiempos muy remotos por el rey Mohamed.

Este buen rey no tenia mas que ocho mugeres legítimas, hijas de reyes, y sesenta concubinas. Pero, á pesar de partir su lecho con sesenta y ocho mugeres propias, no tenia un solo hijo.

En un principio, el buen rey hizo un millón de ofrecimientos para ver si tenia un hijo en el término de dos años.

Pasaron estos infructuosamente, y ya no hizo ninguno para los dos inmediatos.

Trascurridos estos del mismo modo, su enojo llegó á ser tal, que ofreció ahogar el primer hijo que tuviese cualquiera de sus sesenta y ocho mugeres.

Entonces el diablo que todo lo enreda, hizo nacer un niño, que el rey mandó ahogar inmediatamente.

Colocáronlo en una cestita, y echólo al agua un esclavo en un recóndito lugar de una corriente.

Pero Dios quiso que el niño llegase salvo hasta donde lo recogió, movida de compasion, un alma caritativa.

No tardó mucho el casto rey en arrepentirse de su culpa: entre otros medios de repararla se le ocurrió—cosa muy estraña en un rey de Persia—hacer penitencia pública por este pecado.

Descubierto así el secreto, la persona que habia salvado el niño, fué sin dilacion á presentarlo al monarca. No es decible el júbilo con que S. M. acogió al naufrago, de edad entonces de tres años, recompensando á la muger que lo presentó con una inmensa fortuna.

Y el niño fué creciendo y educándose y desarrollándose, hasta el punto de que á los diez y ocho años era un hermosísimo mancebo, que formaba todas las delicias de su padre.

Descando este dirigirle desde luego por buen camino, pensó decididamente en casarlo; pero el principe opuso siempre á este proyecto una constante resistencia, sin que bastasen á persuadirlo los consejos de su padre, de su madre, y de todos los señores y grandes de la corte.

A fin de reducirlo, resolvió su padre encerrarlo en lo alto de una torre de su palacio.

En aquella torre habia un pozo que servia de morada durante todo el dia á un hada nombrada Maimuna, hija de Dauriat, jefe de una legion de genios.

Seria como la media noche cuando salió Maimuna del brocal del pozo, y apercibiendo la luz de la alta ventana de la torre, penetró en la habitacion del principe, quedando atónita de encontrar allí al hombre mas hermoso que habia visto sobre la tierra.

Besólo en ambas mejillas y en la frente sin despertarlo, y despues voló ligera á la region de las nubes.

Cruzóse en aquellas alturas con otro genio llamado Schamurash, y participóle Maimuna su maravilloso descubrimiento y la imponderable belleza del principe.

—Nada vale esa belleza, le replicó Schamurash. si

se compara con la de la hermosísima Zoraida, hija única del califa de Bagdad; que es tan portentosa, que no hay términos bastantes con que encarecerla. Tiene unos largos y poblados cabellos negros; una frente tan tersa como un espejo; unos ojos hermosísimos y

ma de un enorme buitre, y con permiso de Maimuna, trasladó al príncipe por los aires al lecho de Zoraida. Los genios convinieron en despertar primero al príncipe, quien al hallar á su lado una muger tan encantadora, sintió su pecho devorado por ese ardiente

habian cambiado sus anillos. Un momento despues los genios le volvieron el sueño, y separaron á los hermosos principes. Pero los genios, por satisfacer un capricho momentáneo, habian inflamado aquellas almas de un amor



Nacimiento de Schemseddin.

lleos de espresion; una nariz regular; una boca pequeña y como un coral; unos dientes que parecen dos filas de perlas; y un eco de voz dulcísimo y agradable, que seduce y cautiva los corazones. Y lo mas particular de la hermosa Zoraida, es que, tan insensible como bella, ha rehusado cuantas proposiciones de matrimonio le han hecho los principes mas poderosos.



Zoraida.

Maimuna, como pertenecía al sexo femenino, insistia en que no habia hermosura comparable á la del príncipe Schemseddin.

Schamurash, que era varon, sostenia que la belleza de Zoraida no era comparable á cosa alguna en el mundo.

Esta disputa duró largo rato, hasta que convinieron en resolverla por el siguiente arbitrio. Trasladar al príncipe dormido al lecho de la bella Zoraida, y declarar mas hermoso al que de los dos fuese mas cariñoso y amable con el otro.

Diciendo y haciendo, Schamurash, tomando la for-

jóven tan hermoso, cuenta la crónica que su admiracion, su asombro, fué todavía mucho menor que la pasion que le inspiró el príncipe. Sin ser dueña de si misma, cogió entre sus manos las del príncipe, lo llamó, contempló largo rato su hermoso semblante, besó su frente, y se deshacia por averiguar el modo como se

maltrató á su esclavo, despidió al visir y no hizo caso de las reflexiones de su padre.—Poco á poco el delirio de su pasion le fué trayendo la fiebre, y con la fiebre vino una consuncion lenta, que hizo temer seriamente por su vida.

Asi pasó cerca de un año.



El príncipe Schemseddin durmiendo.

fuego del amor que no habia experimentado jamás: ya se estasiaba mirándola, ya la llamaba con ternura, ya acariciaba su rostro, ya besaba su linda boca; pero como Zoraida, profundamente

ardiente que pudo costar la existencia á los desventurados amantes.

El príncipe Schemseddin, no bien amaneció alba, buscaba con ansioso afan á la hermosa descon-



El príncipe llevado por los aires á Bagdad.

dormida, á nada correspondia, el príncipe se contentó con trocar sus anillos en prenda de su amor.

Entonces los genios enviaron un profundo sueño al príncipe y despertaron á la princesa.

Al ver Zoraida á su lado y en su mismo lecho á un

cida que habia visto á su lado aquella noche. En vez el esclavo que tenia á su lado, despues el visir

luego su padre, le hicieron mil reflexiones para abandonar aquella locura, producida sin duda, en

ellos, por el delirio de un sueño. El príncipe



Zoraida enamorada.

URICA

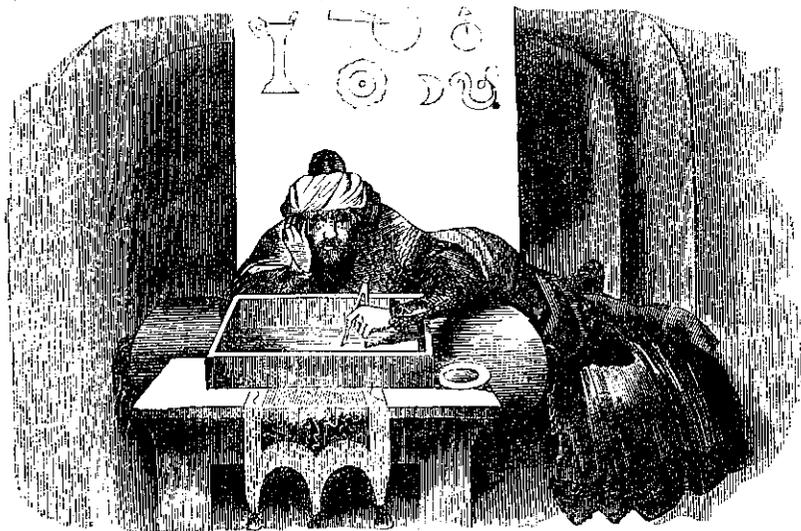
Otro tanto sucedía en el palacio del califa. Zoraida se levantó llorando al verse sola en su lecho, y diciendo que deseaba ver al joven que había tenido a su lado aquella noche. Que aun que lo había visto solo

tilegio, y que obtuvo del califa permiso para emprender su curación.

Echó los dados, trazó círculos con el compás, estudió los signos y figuras, y al cabo vino á conjeturar

dad, fué preciso discurrir un medio de evasión: y como Mazarvan había ganado la confianza del rey Mahomed por la mejoría de su hijo, obtuvo permiso de llevarlo á caza.

Montaron pues á caballo, y disfrazados con unas



El magico Mazarvan.

un momento, lo amaba ya con ternura y deseaba ser su esposa. Su padre, su ama de leche y sus esclavas procuraban en vano consolarla, diciéndole que había sido un delirio de su imaginacion acalorada. Zoraida

por su magia que el joven á quien amaba Zoraida era hijo de uno de los reyes de Persia.

Embarcóse solícito; y recorriendo reinos, tierras y mares, llegó por fin al de Khalendam, donde el rey



Tristeza de Schemseddin y de Zoraida.

barbas postizas se escaparon y tomaron el camino de Bagdad.

No bien llegaron á ella, cuando Mazarvan anunció á un astrólogo que venia á curar á la princesa.

Al ver aquel hermosísimo joven, toda la corte y el pueblo reunido se interesaba por él, condoliéndose de que hubiese de ser víctima de su temeridad, como ya



Zoraida recobra su razon.

no desistía de su amor y de sus lágrimas. La tristeza le produjo al fin una especie de locura tal, que fué preciso atarla con cadenas y mitigar su furor con las dulces melodias de la música.

Asi se pasó tambien un año entero.

Mas de cincuenta personas se comprometieron á

Mohamed ofrecia una considerable suma de oro al que ofreciese curar á su hijo.

En cuanto supo Mazarvan la enfermedad del principe Schemseddin, ya no le quedó duda de que era aquel á quien buscaba; y como conocia á la princesa Zoraida y podia dar al principe el reme-



Schemseddin y Zoraida

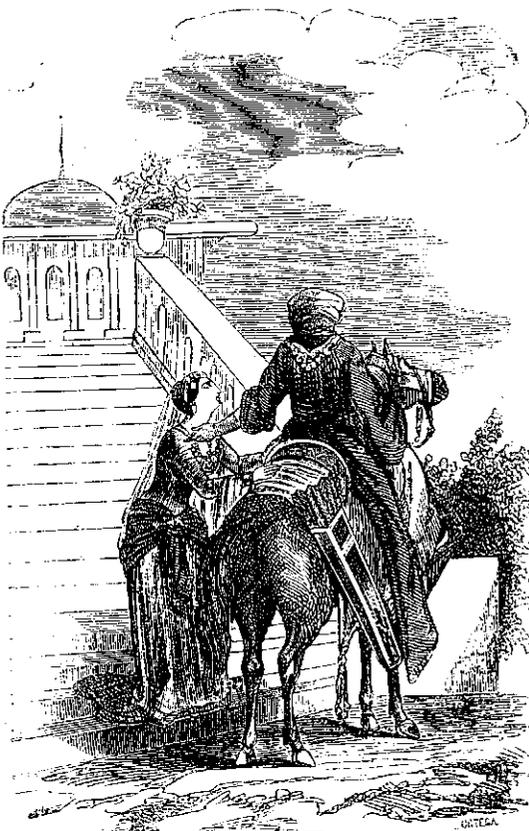
curar á Zoraida, habiendo de recibir en premio su mano si lograban la curacion, y de ser ahorcados en caso de no conseguirla. Todas ellas perecieron en la demanda.

El ama de leche de Zoraida tenia un hermano llamado Mazarvan, que era muy dado á la magia y el sor-

dio de su mal, se comprometió á curarlo instantáneamente, respondiendo de ello con su cabeza.

La simple promesa que hizo Mazarvan al principe de llevarlo al lado de la muger que tanto amaba, fué bastante para restablecerlo en pocos dias.

Pero para llevar á efecto su viaje á la corte de Bag-



Despedida de Schemseddin.

dad, lo habian sido otros cincuenta. El mismo califa le dijo que lo pensase bien y que tenia aun tiempo de desistir de su propósito.

Pero el principe dijo que estaba bien seguro de curarla, y que se comprometia á hacerlo en el instante, y aunque fuese sin verla.

Como esto escitaba aun mas la curiosidad general, le comprometieron á que lo hiciese como lo decia.

El príncipe tomó papel, escribió á Zoraida un dulcísimo y amoroso billete recordándole con los mas vivos colores la noche de su entrevista, y le enviaba su anillo en prenda de ese amor que tantas amarguras le habia causado.

Pero Zoraida se hallaba en un estado tal de turbación y de abatimiento, que no le era posible leer el billete del príncipe.

Entonces el mensajero le esplicó de su palabra su contenido, mostrándole el anillo que acompañaba la carta.

Zoraida, á quien la locura habia desfigurado horriblemente, se incorporó en el lecho al oír aquella relación, y su mirada sombría y aterradora comenzó á adquirir por grados una expresión animada y alegre.

Al cabo de un instante se levanta, mira de nuevo el anillo, y corre hácia la puerta de su cuarto, toda trémula y alborozada por tan inesperada noticia.

Al ver al príncipe, da un grito de alegría, se arroja en sus brazos, y así permanecen largo rato los dos felices amantes.

Habia recobrado su razon por completo.

Noticioso el califa por Mazarvan de que el pretendido astrólogo era un príncipe tan ilustre como hermoso, ordenó en seguida que se celebrasen las bodas con grandes festejos y regocijos públicos.

Cuan alegres y venturosos fueron los dias que pasaron Schemseddin y Zoraida, no hay para que decirlo. ¿Quién dudará despues de lo dicho que los desposados pasaban aquellos dias entregados sin cesar á los deleites del amor?

Pero una ráfaga de tristeza vino á nublar poco despues la sin igual ventura de los príncipes. Schemseddin tuvo una noche un sueño horrible, tristísimo. Imaginábase ver á su padre sepultado en la mas profunda tristeza, pálido y desencajado, llorando la muerte de su hijo, pues solo á esta causa podia atribuir el no haberlo visto mas desde el dia de su ausencia: figurábase que en medio de su amargura su padre le llamaba cariñosamente, rogándole que volviese pronto á su lado, si es que aun existia.

Este sueño robó la calma á su corazon y vino á destruir la felicidad que acababa de disfrutar. Es verdad que le servian de consuelo las tiernas caricias de Zoraida; pero estas, si bien aminoraban su pena, no lograron volver á su corazon la paz y la alegría.

Schemseddin y Zoraida se paseaban solos, apoyados uno en el hombro de otro, mirándose tristemente y sin poderse consolar, porque á Schemseddin afligia el doloroso recuerdo de su padre y á Zoraida la tristeza de su amado esposo.

Al fin resolvió este separarse por unos dias de su esposa para abrazar á su padre, darle noticia de su feliz estado y consolarle en la aflicción que le habia causado su ausencia.

Angustiosos y tristes fueron para Zoraida los preparativos de aquella despedida.

Al fin llegó el instante fatal. Zoraida abrazó tiernamente á Schemseddin y bajó luego hasta el pie de la escalera para darle el último adios.

Lo que pasó á Schemseddin desde el momento de su partida y lo que ocurrió en este tiempo en las cortes de Bagdad y de Khalendám, lo verán nuestros lectores en el número inmediato de *La Semana*.

J. M. ANTEQUERA

## LA ESTRELLA DEL SUD.

NOVELA ORIGINAL

POR DON ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

La partida.

(Conclusion.)

Mudo espectador de aquella rápida escena que pasó en menos tiempo del que se necesita para escribirla, don Juan aparentaba escuchar con mucha atención lo que decía un su vecino acerca de los destrozos y considerables pérdidas que habian sufrido los hacendados fronterizos al Brasil por una irrupción de indios salvajes del Ucayale y Huallaga; y supo disimular tan bien que, sin mirarlos, no perdió una sílaba de la conversacion entre su muger y su amigo; interpretó una por una sus palabras y descifró el misterio oculto en ellas. Las personas realmente apasionadas están dotadas, lo mismo que los somnámbulos, de una segunda vista admirable; y cuando al amor se unen los celos y tienen antecedentes en que apoyar sus congeturas, es imposible engañarlas.

Dire para concluir, que la fortuna le volvió al punto la espalda á su nuevo favorito, y antes que espirase el plazo de ordenanza, el oro acopiado por don Juan derramóse entre los exhaustos convidados, cabiendo al anterior banquero una buena parte.

Levantóse en consecuencia el de Araure cediendo su lugar al condesito, y fuese á fumar á una pieza inmediata, esperando que Emirene se le apareciese por la parte del corredor, apenas trascurriera el tiempo necesario para que no se notase su salida, aunque cuando se juega algo que vale la pena, maldito si na-

die se fija en nadie ni en nada, que no tenga relacion con los naipes y las apuestas.

Encendió un puro y apoyado contra la puerta, dando la espalda á cuatro ó seis importunos sentados en un extremo del aposento, esperó á su rebelde fugitiva.

A los diez minutos presentóse ella, y desde el extremo opuesto del corredor hizo señas que se acercase....

El marqués impasible con una impolitica y grosera imperdonable, sin moverse siquiera, sacó una cosa y se la mostró....

Aquella cosa produjo en Emirene un efecto tan violento que por poco cae á tierra:

¡Oh! terrible visu! ¡cuadro infandol  
.....de matices rojos  
Cubrió el marfil y se tapó los ojos (1)

Cor pepulit horror,  
Membra torpescunt gelu,  
Pectusque tremuit (2).

Si, aquella cosa trastornó sus facultades.... aquella terrible cosa....

Mas la verdad (si la verdad se puede  
En materia decir tan espinosa)  
Es (y perdon la pido si se escede  
Mi pluma en lo demas tan respetuosa)  
(Y esto, ¡oh lector! entre nosotros quede)  
Mas no lo he de decir, que es un secreto.  
Y siempre me he preciado de discreto (3).

No, no lo he de decir.... en este capitulo. Necesito consultarlo con la almohada. No es puñalada de picaro, amigos míos: si puedo y creo que lo debo hacer, despues de un maduro exámen y con las precauciones necesarias, os lo diré á su debido tiempo. Solo os ruego que no seais maliciosos y si no tengo por conveniente descubrir este arcano, no deis una interpretación torcida á mis palabras. Respetad mi *elocuente silencio*. ¡Ah! ¡por Dios! no me obligueis á parodiar el famoso «todo se ha perdido, menos el honor.» de Francisco I, diciendo: En nuestra época todo se ha perdido, ¡hasta la vergüenza; no me obligueis á repetir con Abenamar.

La vergüenza es tan antigua  
Cual moderno el no tenerla.  
La enterró el siglo pasado  
La pobrecita era vieja;  
Mejor estamos así,  
Con esta libre franqueza  
De mentir á todo trapo,  
De engañar á toda vela,  
Y al pudor que en paz descansen  
Rezarle el requien eternam.

### CAPITULO X.

Los inconvenientes de soltar prenda.

Vamos, ¿no habeis acertado todavía?... ¿En qué estais pensando?... ¡Ave Maria purísima!

No fué ningun puñal, pistola, estoque, sable ó espada, no fué ningun arma ofensiva ni defensiva, no fué ningun veneno en pasta liquido ó en polvo lo que sacó el marqués y causó el repentino estupor y mortal congoja de Emirene.... si no fuerais tan propensos á partir de ligeros, pensando siempre lo peor, ya lo habriais adivinado. Sabed que esa cosa tan misteriosa era su correspondencia atada con la liga: y así debisteis haberlo juzgado desde un principio en vista de los antecedentes que mediaban, mucho mas cuando os he prevenido que tengo que echar mano de este y otros recursos *ad hoc* para conservar siempre en suspenso vuestra atencion, y obligaros por una série de pequeñas contrariedades, empeñado vuestro amor propio y escitado vuestra curiosidad, á que me acompañeis hasta el fin de mi peregrinación (4).

No me es posible explicar lo que Emirene sintió al mirar aquel maldito legajo. Vínolese á la memoria de repente toda la escena del gabinete y las fatídicas amenazas del marqués; parecióle ver á su esposo que caia envuelto en su sangre y la maldad espasmando. La glacial y altanera insolencia, el aspecto rencoroso del de Araure, acabaron de trastornar su cabeza, y poco faltó para que se precipitase dentro del aposento, y se pusiera allí mismo á hablarle, á presencia de los cuatro individuos que le hacian compania: turbada y confusa retrocedió maquinalmente, y fué á sentarse junto á la mesa de juego en un parage desde donde se alcanzaba á divisar la referida pieza.

El marqués, satisfecho del golpe diplomático con que acababa de reducirla, seguro ya de que no faltaría á la cita, dejó el umbral y empezó á pasearse con su habano en la boca, fingiendo no advertir las miradas de inteligencia que ella le arrojaba de vez en cuando.

Violenta y terrible era la situacion de la pobre joven; á cada oscilacion de la péndola del reloj que estaba á su espalda, oprimíase su corazon dolorosamente

te como si le faltase el aire, y lo estrechase entre sus redoblados anillos alguna voraz y desmesurada solitaria; y sin embargo, se sonreia y respondia á las preguntas que la dirigian con su acostumbrada amabilidad y dulzura.

Nada mas penoso en verdad que esa hipocresia á que nos condena frecuentemente la sociedad, y á la cual tenemos que sujetarnos sopena de esponernos á la risa, á la compasion, ó lo que es peor, al desprecio de los demas.

Porque es preciso mil veces  
En el mundo indiferente,  
Tener el gozo en la frente  
Y el duelo en el corazon.

Hubiera deseado estar sola para poder llorar sin testigos y abandonarse á su pena, y acaso se mitigara esta rogándola con sus lágrimas. El dolor cuando mas reconcentrado es mas intenso; es como el agua encerrada en las peñas, que al fin las hiende y se abre paso por en medio de ellas; es como el vapor, que cuanto mas se comprime mas fuerza adquiere. Por eso dispuso sabiamente la Providencia que el llanto fuese como el riego del alma, que se escapa por los ojos contra nuestra voluntad cuando un gran sentimiento ó alegría nos domina: y por eso sufrimos y nos cuesta tanto oponernos á esa ley de la naturaleza; solo las preocupaciones y el orgullo pueden hacernos superiores á ella.

El tiempo volaba y era preciso tomar una resolucion definitiva: preguntábase Emirene si convendría mas insinuar en confianza á la condesa, con algun pretexto plausible, que no se empeñase en verla en el espacio de una hora, ó si seria mejor anunciar á la reunion que se sentia indispueta, para no volver á la sala en toda la noche, retirarse á la alcoba, fingir que se acostaba, y luego..... ir al parage que el lector sabe.

Parecióle el segundo temperamento mas ventajoso, y estaba esperando á que S. E. el señor marqués se dignase acercarse por allí, para en su presencia despedirse de los circunstantes, y no dejarle la menor duda sobre sus intenciones posteriores, cuando el reloj dio las once y vió aparecer al mismo tiempo, como evocados por la vara de un magico, á Yuca y á Tedarra; el primero por la puerta de la sala y el segundo por la del aposento.

La vista del negro causó á su ama un ligero estremecimiento de terror, sensacion involuntaria que podia ser originada por una de esas mil vagas impresiones, que nos dejan entrever á veces confusamente una parte de la verdad. Acaso presentia que el fiel esclavo venia de allanar los obstáculos que se le oponian, y debia preparado el lazo en que debia quedar ella prisionera.

Acercóse Yuca á su amo, y le preguntó si le servia el mate, teniendo cuidado al pronunciar estas palabras, de meter el pulgar de la mano izquierda en el ojal de la solapa de su chaqueta; señal convenida entre ambos para indicar que todo estaba pronto y ganada doña Lupercia.

—¡Ah! mi querido Yuca, exclamó el hidalgo dándole las gracias con una mirada cuyo alcance solo el negro comprendió; buena memoria tienes, á las diez y media debias haberme traído el mate.

—Señor, me entretuve con los compañeros.... contestó él, aludiendo sin duda á la diligencia que venia de practicar.

En efecto, la señora doña Lupercia le habia entretenido mas de lo que pensó, resistiéndose á prestarse á lo que de ella se exigia, temerosa de la venganza de Araure, y solo cedió ante un poderoso argumento del esclavo, que la puso en la alternativa de recibir el dinero que la ofrecia, y avenirse á la razon, ó prepararse para ir á la cárcel en derechura esa misma noche. Ardido que se le ocurrió de repente y surtió los mejores efectos, pues atemorizada la *zurcidora de volutas*, desistió de su tenacidad y se comprometió á seguir al pie de la letra sus instrucciones.

Yuca, para acabar de tranquilizarla, le aseguró que Tedarra se iba de Lima por algunos años, y que entre un peligro incierto y otro inmediato la eleccion no podia ser dudosa.

—Que mi amo, añadió, os zampará en la cárcel sino haceis lo que os digo, es infalible; que el marqués se vengará de vuestra traicion, es problemático: puesto que la ignorará, y aun cuando la llegue á saber, en mucho tiempo no se hallará en disposicion de poderos hacer daño alguno.

Esta sencilla alocucion y media docena de medallas que la puso en la mano, convencieron á la Garduña, que tal vez se resistió tanto para sacar doble utilidad de este negocio. Conducta muy puesta en razon, por cuanto cada uno vive de su arte ó industria, oficio ú ocupacion, y del cuero han de salir las correas, como dice el refran.

El marqués se habia acercado entretanto, colocándose frente á frente de Emirene.

Creyó esta llegado el momento decisivo, y echó una rápida ojeada á su marido.

Tranquilo y apacible el rostro de don Juan, hacia un vivo contraste con el áspero y desabrido aspecto que ofrecia el de Tedarra.

La virtuosa jóven vaciló todavía...

Quiso ponerse de pie para anunciar que se retiraba, porque se sentia levemente indispueta, y una fuerza sobrenatural la detuvo como enclavada en su asiento.

(1) Diablo—mundo canto III.

(2) Séneca.—Medea.

(3) Diablo mundo.

(4) Martirologio de la esperanza. (30)

El marqués hizo como que buscaba algo, y sacó medio envuelto en el pañuelo el paquete de las cartas.

Emirene empalideció, y le arrojó una mirada suplicante... luego fijó sus ojos en el reloj y volvió a mirar á su amante, que guardó las cartas haciéndole una seña que parecía una amenaza.

—¿Qué pálida estás, Emirene! dijo la condesa notando el quebranto de su amiga.

—Si, hoy me levanté muy temprano... contestó ella con fingida calma, y me siento un poco indispuerto....

—¿Qué tienes? preguntóla su esposo con interés.

—Nada, me duelen un poco la cabeza.

—Pues acuéstate, así como así, el juego apenas te distrae.

—De aquí á un rato.

—Vamos, se dijo el marqués, la cosa marcha: ahora entro yo: ya es tiempo de remachar el clavo.

—Mi amigo, repuso en alta voz tocando á don Juan en el hombro, necesito hablaros antes de irme, y si no tenéis inconveniente....

—Cuando gustéis, repuso Serelar incorporándose, pero creo que es aun muy temprano.

—Las once acaban de dar: murmuró uno de los convidados.

—Ya lo veis.

—Es que no puedo detenerme aqui mas que media hora.

—Bien: tomaremos un mate en mi gabinete, el postero, mi querido Eduardo.

—Tal vez no; vuestra esposa se ha empeñado en que me quede...

—No tal, contestó Emirene, id con Dios y basta de ebanza, añadió sonriéndose, no crean nuestros amigos que tengo yo algun interés en que aplazeis vuestro viaje.

El marqués se inclinó respetuosamente, y añadió:

—¡Gracias!

Despidióse de los circunstantes; y tomando sin cumplimiento el brazo de don Juan, encaminóse con él al gabinete.

No habian llegado á la mitad del corredor, cuando Emirene, siguiendo sus pisadas, los alcanzó, y diciéndole á su esposo: permite que le hable una palabra, es una broma de Pilar; llevó al de Araure á una regular distancia, y le dijo al oído:

—Ahora mismo voy á la Alameda, dadme las cartas.

—En casa de doña Lupercia... respondió él en alta voz.

Soltó la infeliz una carcajada tan espontánea y sincera, como las que suele arrojar á la vista del patíbulo para disfrazar su miedo, un condenado á muerte, y huyó.

Aquella accion nada tenia de extraño atendido su carácter; pero si la singular demanda en la presencia de don Juan: solo el pavor invencible que la habia inspirado Tedarra pudo cegarla hasta ese extremo. Es verdad que si él hubiese accedido á su ruego, le habrían sobrado á ella pretextos para ehonestar la entrega del fatal paquete; pero acaso, aun suponiendo á su esposo ignorante de todo, un hecho de esa naturaleza hubiera despertado sus sospechas, y tal vez no encontraría muy fundada la fábula que urdiera para encubrir la verdad. Por fortuna la ruin desconfianza del cien veces burlado amante la libró por lo pronto de este conflicto: las cartas no salieron de su bolsillo, y el hidalgo aparentó creer que aquella carcajada era efecto de alguna chanza femenil, como le manifestára su esposa, y se contentó con decir á su amigo cuando ella se hubo marchado:

—¿Le han descubierto á vil. alguna nueva intriguilla?

—Nada, cosas de mugeres, que no pueden vivir sin enredar, llevar y traer cuentos, mentir, y averiguar la vida propia y la ajena....

—¡Bah! no os hagais el inocente, contádmelo.

—Os repito que es una necesidad.

—Creí que seria cosa graciosa cuando Emirene se ha reido de ese modo.

—Otra maña perversa de esa raza infernal y escomulgada. Las que tienen hermosa dentadura siempre están con la risa en los labios para lucir los dientes... son como el cocodrilo.

—¡Vaya una comparacion galante!

—Si, mi amigo, cuéntase que ese feroz animal cuanto mas hambriento y desesperado está, imita mas bien los gemidos de una criatura, y que atraidos los viajeros por sus dolorosos ayes, caen en la red que les tiende... pues así son las mugeres....

—No sigais el paralelo, exclamó don Juan interrumpiéndole, porque tocándoos este tema sois implacable....

El similitud sin embargo era exactísimo en la ocasión presente. La risa de Emirene era ellanto del cocodrilo: si en aquel momento hubiera podido convertir en polvo al locuaz declamador con una mirada, sus ojos habrían despedido rayos mas certeros que los que se desprenden del seno de las nubes, y divididolé en átomos impalpables, mas pequeños é imperceptibles que los torbellinos ó moléculas de Descartes, con la rapidez inconcebible del fluido eléctrico al resbalar por un hilo de metal....

Hé aqui los inconvenientes de soltar prendas, lectoras, ved hasta donde conducen... ¡hasta el crimen! Emirene tan buena, tan sensible, y dotada de tan nobles sentimientos, arrastrada por la cólera y el despecho de no poder arrancar de las manos de su enemigo las pruebas de su coquetería, ni con promesas, ni con

ruegos, ni con halagos, ni con sacrificios, llega á desear ¡Dios nos ampare! encontrarse en disposicion de borrar para siempre jamás de la lista de los vivos á un semejante suyo, y enviarle á cenar con Lucifer! Reniega como muger de su sublime apostolado; deja feo á Byron que dice terminantemente:

Female hearts are such á genial soil  
For kinder feelings, whatsoe'er their nation;  
They naturally pour the wine and oil,  
Samaritans in every situation.

Me deja feo á mí, á mí que he dicho tambien en una preciosa composicion muy superior, muy superior á las mejores del egregio vate británico:

Es la muger en la tierra  
Blanco serafín sin alas,  
Celeste vaso que encierra  
El ámbar puro de Dios;  
Angel de paz y consuelo  
Que para dicha del hombre,  
En forma humana, del cielo  
Viene á calmar su dolor.

Y jamás ha renegado  
La muger su alto destino,  
Ni de su frente empañado  
La aureola divinal.  
En todo tiempo y do quiera  
Ha sido un sol, que fecundo  
Ha vertido en su carrera  
Ventura, esperanza y paz.

Con que así, hijas mias, para no esponeros á semejantes perances, nada de prendas! Las prendas en último analisis presuponen otras concesiones: y en todas las cosas lo difícil es empezar. El comer y el rascar.... Los tiempos están muy malos:

Porque hay tanto contrabando,  
Que en este particular  
Todo el mundo es Gibraltar,  
Y cada novio un corsario,  
Que atrevido y temerario  
Sin que le arredren las multas,  
Y sin temer las resultas  
De su criminal comercio,  
Haciendo están tan mal tercio  
Que la comercianta honrada  
A penas despacha nada (1)

Y pasan dias y vienen dias, y los dias se cambian en semanas, y las semanas en meses, y los meses en años, y al fin y al cabo, para prendas, sobradas teneis con los desengaños, burlas, mentiras y calabazas que os prodigamos; unas veces en impersonal, sin que se pueda averiguar de que parte está la justicia, otras con motivo ó sin él, conjugando cada *quisque* el verbo ora en activa, ora en pasiva. (2)

Meditad bien lo que os he dicho, y me dareis las mas espresivas gracias cuando nos veamos. ¡Ah! se me olvidaba, aprended de memoria este estribillo del reverendo señor de la torre de San Juan Abad, con el cual me arrullaba mi bisabuela en la cuna, á principios de la décima octava centuria:

«Solamente un dar me agrada  
Que es el dar en no dar nada (3)

TOMO CUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

El mate. (4)

Las cartas y papeles á que don Juan se referia, eran el pretexto de que pensó valerse para atraer á su titulado amigo á última hora al gabinete: al efecto habia arreglado una pequeña caja de carton y una voluminosa carta, de cuyo contenido informaré mas adelante á mis lectores.

Anticipóse Tedarra á su deseo, diciéndole que necesitaba hablarle antes de irse, como si su fatal estrella hubiese dispuesto que él mismo se entregase á su adversario atado de pies y manos.

Ahi están los dos en el sofá, creyendo engañarse reciprocamente, y cada uno burlándose en su interior del otro, mientras llega el apetecido mate que habia ido Yuca á preparar.

El marqués, riéndose de la calma y confianza con que el castellano envió á su esposa á que descansara facilitándola el medio de ir mas pronto á la cita, y don Juan regocijándose de la paternal leccioncita que les reservaba á ambos, y saboreando de antemano el dulce placer de la venganza.

(1) Bornat y Baldevi. Correspondencia epistólica amatoria-rústico-labriegra.  
(2) Como creo, y no es lisonja, que muchas de mis lectoras no sabran la gramática, para que entiendan esa frase les pondré un ejemplo en las tres formas indicadas.  
Impersonal: Se dan calabazas, se engaña, se burla, etc.  
Activa: Yo engañado, calabaceo, burlo, etc.  
Pasiva: Soy engañado, burlado, calabaceado, etc.  
(3) Cartas del caballero de la Tenaza.  
(4) El lector que no la tenga presente hará bien en volver á leer la definición de esta palabra en el tomo primero, página 237.

—El asunto de que tenia que hablaros, dijo el primero tratando de zafarse cuanto antes y acortar aquella enfadosa conferencia para acudir á otra mas amena é interesante para él; se reduce á proponeros si quereis comprarme mi famosa hacienda de Santa Clara, sita en la márgen izquierda del *Guatapanare* en la provincia de *Cumaná*.

—Hombre, ¿y os deshaceis de esa soberbia posesion?

—Necesito dinero.

—Si seguís así, Eduardo, permitidme os diga que es arruinareis muy pronto.

—¿Y qué se ha de hacer? la vida se ha hecho para gozar.

—Si eso es cierto, si para gozar es necesario derrochar de esa manera, el dia que se os acabe el último peso ¿no habrá goces para vos en el mundo?

—¿Y eso quien lo duda?

—¿Y qué hareis entonces?

—Darne un tiro y *laus den*.

—¡Eh! no seáis loco: el suicidio es el arma de los cobardes. Un jóven de vuestra clase y distinguidas prendas, debía emplear su actividad en algo que la ocupase dignamente. Creo, Eduardo, que el no tener nada que os distraiga, es la causa primera de los grandes gastos y desaciertos que os atribuye la opinion pública.

—Señor don Juan, ese language.... exclamó el de Araure moviendo la cabeza entre ofendido y risueño.

—Es el de un amigo sincero que os estima y respeta en vos la memoria de vuestro padre: un amigo que os ha tenido en sus brazos cuando pequeño, y que os ha tratado siempre con la mayor confianza y aprecio, cerrando los oídos á los desagradables rumores que circulan acerca de vuestra conducta....

Iba el marqués á contestar alguna imprudencia, pues maldita la gracia que le hacia la exhortacion moral de su amigo, cuando muy oportunamente se presentó Yuca con un mate en cada mano y le ofreció, el que llevaba en la derecha.

—Ea, señor predicador, exclamó él tomándolo y brindándose al hidalgo, dejemos el sermón para otro dia, y viva el Paraguay y sus celeberrimos Yerbales, y los jesuitas que los plantaron y propagaron, para consuelo y refrigerio de nuestros hipocóndrios!...

—¡Oh! no puedo consentir, gracias, está en buena mano, contestó don Juan rehusando su galante oferta, y apoderándose del otro mate que le presentaba Yuca.

Al aspirar el primer sorbo parecióle á Tedarra que el suyo estaba un tanto amargo, y preguntó al negro si le habia echado azucar.

—Si señor.

—Pues no está dulce.

—Tal vez la amargura consista en la brasa que le eché antes de *cebarle* para quemar la azúcar (1) se pondrá yerba nueva si V. E. gusta.

—No; los demas sirvemelos mas dulces; á mí no me agradan medio *cimarrones* como á tu amo.

La amargura no le impidió que se lo tragase todo hasta la última gota: proceder idéntico á los que se quejan á cada minuto de los sacrificios que les cuesta tal ó tal cosa, y siguen siempre con la misma mania, siempre con la misma perseverancia y tenacidad; como por ejemplo los empresarios de teatros, los propietarios ó directores de periódicos, los arrendatarios y tambien las arrendatarias, los autores que se lamentan de la ingratitud del público, los que por su *desgracia ó su fortuna* se encuentran representando á la nacion.... oídos á todos, es cosa de tirar piedras. Están llenos de compromisos, no pueden vivir, se han arruinado, Dios solamente sabe los quebrantos, sinsabores y malos ratos que han sufrido, por todo el oro del mundo no seguirian en el mismo negocio.... ¡Desventurados! da ganas de echar mano al bolsillo y poner generosamente á su disposicion dos cuartos, para que se libren de ahogos....

¡Malditos! si eso os pasa, ¿para qué continuais batiendo en hierro frio? porque no echais á rodar el teatro, la imprenta, las tierras, los parroquianos, los lectores y la diputacion que causa vuestra ruina, y acometeis otra empresa ó ocupacion mas lucrativa y menos azarosa? ¿Por qué al año siguiente, y al otro, y al otro, describis el mismo círculo vicioso como mulas de atahona, sin salir nunca del atoladero?...

—No me lo preguntéis á mí que soy ignorante, dice cada uno alzándose de hombros, doctores tiene la santa madre iglesia que sabrán responder.

El señor de Araure, pues, sorbióse el mate referido y otra media docena, continuando la conversacion bien á su pesar; don Juan, como si hubiera hecho firme propósito de dilatarla, divagaba de una manera escarpada y no habia forma de traerle á la cuestion. En la menor palabra encontraba pié para hacer una pregunta, y tras esta otra. Empezó por informarse muy minuciosamente de la estension territorial de la hacienda cuya venta se le proponia; despues pasó al estado de la casa, á sus dependencias, á la calidad del material y al número de brazos que exigia para su laboreo; en seguida pidió informes sobre las plantacio-

(1) Acostúmbrase echar en el mate una cucharadita de azucar, otra de yerba y una brasa tapando la boca para que no escape el espeso y aromático vaho que se forma al punto; encima se arroja el resto y el agua hirviendo con la cual se apaga el fuego. Suele acontecer que la calidad del carbon, ó el haberse quemado la yerba mas de lo que contiene, produce el amargor de que se quejaba el marqués.

nes, bosques y utensilios de labranza: luego estendióse sobre el precio y trató de probarle que era exorbitante: aclarados estos puntos, púsose á calcular con mucha flema las utilidades que podría reportarle su adquisición; y probablemente hubiera continuado así un buen rato, á no haber sacado el marqués el reloj, é insinuándole que tuviese la bondad de hablarle de su encargo para Venezuela, porque se pasaba la hora y no podía detenerse.

—Si queréis mas detalles, añadió, sobre la finca, queda mi mayordomo en Lima plenamente autorizado para celebrar este y otros negocios que le dejen encomendados.

—Pero considerad....

—Nada: podeis entenderos con él lo mismo que conmigo.

—Lo siento, respondió el hidalgo, afectando disgusto; hubiera deseado que nos conviniéramos, porque la posesion me agrada y vale la pena de hacer cualquier sacrificio.

—Pues bien, quedaos con ella, y no se hable mas de eso.

—¿En la suma que os dije?

—No: con esclavos y todo, no puedo cederosla menos de trescientos cincuenta mil pesos.

—Es una atrocidad: ¿queréis trescientos mil?

—¡A la vista!

—No: pagaderos en los tres plazos que os indiqué.

—Mi amigo, perdemos el tiempo, yo no tengo mas que una palabra. Lo dicho, dicho.

—Como gustéis.

Don Juan seguía tomando mate, el marqués al sétimo había manifestado que no quería mas, presentóse Yuca con el vigésimo, y al ponerlo en manos de su amo, lo inclinó lo suficiente para que le cayesen algunas gotas en los dedos.

—¿Que me quemas, hombre! ve lo que haces.... exclamó el hidalgo como reprendiéndole, pero con un acento que parecía decirle: ¡gracias, alerta!

Emirene acababa de salir por la puerta falsa del jardín, y el agua vertida y la exclamacion de su marido, eran el santo y seña acordado entre él y su fiel negro para cuando llegase este caso.

—Con que así, mi querido Serelar, continuó Tedarra levantándose del sofá y dirigiéndose á la silla en que estaba su sombrero, tened la bondad de darme esas cartas y esos papeles....

—Antes necesito decirlos cuatro palabras: Yuca, déjanos solos. Amigo mio, hacedme el obsequio de volveros á sentar: no será muy largo.

Al oír semejante indicacion que tenia todas las trazas de una burla, ó cuando menos de una impertinencia muy tonta, el marqués con su genio irascible y despreocupado, impulsos tuvo de enviarle á paseo, tirarle una silla á la cabeza si chistaba, y marcharse. Pero fuese efecto de la cólera ó de otro cualquier motivo, en aquél mismo instante sintió una especie de vértigo repentino; un sacudimiento nervioso acompañado de fuertes latidos en las sienes y un decaimiento general en todo el cuerpo.

La conmocion fué instantánea, duró un minuto, mas en ese minuto retrocedió, buscando un punto de apoyo, y al volver en sí se encontró sentado en el sofá.

Como solia padecer de estos ataques ocasionados por sus excesos de todo género, y en aquella noche habia pasado por tantas y tan violentas impresiones, no se inquietó sobre sus consecuencias, y se figuró que no le repetiría.

Don Juan se levantó en silencio y corrió el cerrojo á la puerta.

—¿Es tan grave lo que me vais á confiar? preguntó Tedarra, ya incomodado y un sí no es receloso de que se le jugaba alguna mala partida, ¿á qué viene tanto misterio? os he dicho que no puedo detenerme.

—Eduardo, contestó el castellano con voz solemne, se trata del honor y de la felicidad de mi mejor amigo....

—¿Y qué me importa á mí? ¿qué tengo yo que ver con eso?... exclamó el afligido galan poniendo la misma cara del que prueba una cosa que se le sabe á.... algo que no conviene nombrar.

—¿Qué os importa? ¿qué tenéis que ver?... repitió el hidalgo con marcada ironía, ¡ay! ¡es un grano de anís! Vuestra leal y franca cooperacion puede remediarlo todo.

—Nunca me ha gustado hacer el papel de tercero en discordia, ni desempeñar el oficio de medianero, ó sea acomodador, y mucho menos meterme á redentor de culpas ajenas. Jesucristo vino á redimir á los hombres y le crucificaron....

—No es asunto de bromas, amigo mio, os ruego que me escuchéis, y si despues de oírme no queréis prestarme el servicio que os pido, renuncio desde ahora á vuestra amistad.

El tono enérgico con que se espesara don Juan, la espresion de su fisonomía y la curiosidad que despertó en el ánimo del desventurado amador, contuvieron por segunda vez la explosion de su ira.

Una fuerza moral superior á su audacia le encadenaba allí. Hallóse en una de esas mil situaciones producidas por el cansancio, la atonia, la debilidad ó entorpecimiento de los sentidos; situacion en que el hombre mas intrépido se siente débil, se aturde, vacila y cede al temor que le domina: don Juan en aquel instante ejercía en su espíritu la misma fascinacion que él en el alma de su esposa.

Despues de una corta pausa en que los dos se miraron de hito en hito, como interrogándose sobre sus intenciones futuras, el marqués contestó á la brusca interpelacion de su amigo con un lacónico:

—¡Hablad.... malditos nervios!

Y apoyó el codo en el extremo del sofá, y la frente en la palma de la mano.

Indefinible rayo de alegría infernal iluminó el rostro de don Juan; sus pequeñas y vivaces pupilas brillaron con resplandor sulfúreo; vaga y sardónica sonrisa resbató por sus delgados labios; hasta su voz vibró con un acento de amarga satisfaccion parecido al grito postremo del que cae herido de muerte, teniendo el placer de ver antes espirar á su contrario.

—Sabed, Eduardo, que en Venezuela hay un jóven cuya única ocupacion es seducir á la hija, á la esposa, á la madre de familia.

—Os ruego.... que seais breve.... me siento algo indispuerto.

—El tal pisaverde ha logrado envolver en sus redes á la esposa de mi mejor amigo, que ignora su infortunio.

—Como tú, necio, pensó Tedarra, que en vez de ocuparte de los negocios ajenos, harías mejor en cuidar de los tuyos.

—Es preciso que pongais en manos del seductor, el mismo día que lleguéis si es posible, y sin que nadie lo sepa, esta carta y esta cajita que contiene algunos documentos de suma importancia para él: tomadas.

El marqués se echó la carta en el bolsillo sin leer el sobre y puso la cajita de carton á un lado; miró al narrador, y dijo con voz desfalleciente:

—¿Habéis concluido?

—Os recomiendo el mayor sigilo, sobre todo con el ultrajado esposo.... hay secretos que mas valiera dormir el eterno sueño de la tumba que descubrirlos. ¿Para qué despertar de su engaño al que es feliz con él? ¿Pero qué es eso?... ¡os dormís, Eduardo!

El marqués, en efecto, cerraba los ojos y hacia una profunda reverencia de cuando en cuando. No sé aun, lectores, por qué no he recibido todavia el parte telegráfico, que se habrá retrasado con las nieblas, no sé si su sueñera ó modorra era un ardor para evadirse de las importantes confidencias del hidalgo, ó consecuencia del ataque de nervios de que hablé no ha mucho.

El principio de la sabiduría es saber dudar, dice Volney, todo podia ser. Solo siento, lectores míos, verme en el triste caso de tener que confesaros mi ignorancia, y dejaros con la curiosidad hasta que el telégrafo me saque de dudas....

Si alguno cree que le engaño y no quiere esperar, que se vaya á la administracion de correos, y que se ponga de atalaya despues de haberse informado del señor director, que estoy cierto no se negará á satisfacer su deseo.

Ardid ó realidad, el marqués parecia sumergido en un sueño profundo. Su cabeza echada á un lado, descansando en el respaldo del sofá, sus brazos colgantes, su boca entreabierta, y hasta la respiracion igual, aunque un poco fuerte de sus pulmones, así lo indicaba. Don Juan se acercó á él y le contempló algunos instantes con feroz y reconcentrada alegría.

Un pintor hubiera podido hacer un cuadro bellissimo trasladando al lienzo aquella escena.

¡Singular contraste! la resuelta y varonil fisonomía de Tedarra, aparecia como amedrentada é implorando misericordia, y la del hidalgo como la de un juez airado que le pidiese cuenta de sus crímenes y se preparase á imponerles el condigno castigo.

Aquel hombre tan bondadoso y afable á quien daban por antonomasia el dictado de bueno, no era ya el mismo. Leíase en su rostro, revelándose ahora en toda su fuerza y espontaneidad, la pasion que le subyugaba y la lucha que sosteniera consigo mismo durante un año entero, devorando sus celos en secreto. Así el Tucutumeno (1) á poco de nacer desaparece completamente sin dejar por espacio de muchas leguas rastro ni vestigio de su marcha; pero de repente en el parage llamado el Chorro, reaparece y brota por todas partes, siguiendo arrogante su curso, acrecentado su raudal con el acopio subterráneo de sus aguas: así el corpulento Guayacan ó palo santo crece mas erguido y lozano, y levanta su gallarda copa, y estiende sus robustas ramas coronadas de tantos ramilletes de flores cuantos son los retoños con que reverdece, mientras le roen las entrañas unas destructoras y ponzoñosas hormigas que taladran su tronco y le convierten en su morada, como crecia y se conservaba mas lozano y vehementemente el amor de don Juan, mientras los celos apesentados en su corazon le roian y despedaban el alma.

Estas dos metáforas ó comparaciones, que sea dicho de paso, son enteramente nuevas, originales, y muy bellas y oportunas, y no añado bien traídas por no faltar á la modestia, me aborran estenderme en mas pormenores sobre la actitud académica del castellano, contemplando el sueño verdadero ó fingido del marqués.

Una palmada sorda que resonó en el corredor, le anunció que Flores acababa de llegar.

Abrió la puerta y se encontró con Yuca, que le dijo estas breves palabras:

—¡Pronto! don Enrique ha encontrado á la señora

(1) Rio situado cerca de la villa de Cura cabecera del cantón de su nombre en la república de Venezuela, provincia de Caracas.

cerca de la plaza, y cree que ella le ha conocido.

Don Juan sin desplegar los labios apuntó con la mano hácia el sofá.

El negro movió la cabeza en señal de afirmacion.

El que estaba afuera entró, y el que estaba dentro salió, ambos con la misma rapidez con que, al verificarse un cambio ministerial, salen y entran, entran y salen unos y otros; todos plus minusve, cortados por la misma tijera, y todos creyéndose siempre los mejores y mas capaces, menospreciando y anatematizando á sus opositores, sin acordarse que,

En estos tiempos de errores,  
De pasiones y delirios,  
En que es virtud para unos  
Lo que para otros delito,  
¿Quién osa decir, yo soy  
Solo el bueno, tú el inicuo (1)?

## CAPÍTULO II.

### En la alameda (2).

Cuando Emirene escuchó la terminante negativa del marqués, furiosa como una loba acorralada por los mastines, disfraczando su rabia tras una carcajada, volvió á entrar en la sala, se despidió de los convidados, dió un beso á su amiga Pilar, y se retiró á su alcoba.

Allí, apoyada algunos minutos sobre la cama, dejó correr libremente sus lágrimas, y conociendo que si reflexionaba en el paso que iba á dar y los peligros á que se esponia, no se atreveria á salir, resolvióse á alejarse cuanto antes. La angustia é indecision con que batallaba, eran cada vez mayores, y creyó que una vez en la calle se disiparian.

Levantó su alma á Dios, se encomendó á la Virgen con toda la contricion de que era capaz, y arrancándose la guirnalda de flores que cenía su frente y el collar de brillantes, que tan caro debia costarle, se pulso apresuradamente el manto, sin atreverse á mudarse de vestido, por no mudar tambien de resolucion en el tiempo que tardase en hacerlo, y salió, despues de haber corrido las cortinas de la cama para que don Juan creyese que dormia, si le daba la humorada de acercarse por allí á informarse si se le habia pasado el dolor de cabeza.

Al llegar al extremo del corredor paróse indecisa.... arrojó una mirada ansiosa á los grupos que cruzaban por el fondo de la sala, y bajó rápidamente la escalera latándole de miedo el corazon.... luego, en el último tramo se detuvo otra vez.... queria retroceder, llamar á su marido, echarse á sus pies, confesárselo todo... pero la terrible amenaza de Tedarra «media hora de abandono ó la vida de don Juan» resonó en sus oídos, como si algun espíritu maligno se las repitiese en un lenguaje misterioso que ella sola entendia.

Temblando llegó á la puerta falsa del jardín, atravesó el umbral y con paso acelerado, no sin volver varias veces la cabeza para mirar si alguno la seguía, encaminóse á la alameda por las calles mas estraviadas y solitarias.

Al desembocar de una estrecha callejuela, cerca de la plaza mayor, á la voz de un hombre que le gritó: ¡cuidado, señora! deteniendo su fogoso caballo, retrocedió, y por poco pierde el sentido al reconocer á su corcel y á su padre.

La blanca espuma que cubria la boca y los encuentros de Tupac-Amaru, y el sudor que barnizaba su piel, negra y reluciente como un trozo de bruñido jaspé, le manifestaron que venia de muy lejos.

Mil siniestros y estraños pensamientos se agolparon á su mente: segun la informó don Juan, su padre se habia despedido y marchado con su tia, prestando un fuerte dolor de cabeza. ¿Qué venia, pues, á hacer á Lima á aquella hora intempestiva? ¿Les habria ocurrido alguna desgracia por el camino? ¿Cómo, habiendo salido en el coche, volvia á caballo y en su mismo caballo?

Su turbacion subió de punto cuando notó que el anciano fijaba en ella sus ojos penetrantes, diciéndole con aparente urbanidad:

—Pase vd., señora, no tenga vd. miedo....

Flores habia conocido á su hija.

Y lo mas singular era que la habia conocido sin verle la cara, que Emirene llevaba enteramente cubierta con el manto á escepcion del ojo izquierdo, del modo que acostumbraban y acostumbran todavia las limeñas. Pero su porte, su estatura, su andar precipitado, el vestido blanco, la manera como se detuvo sorprendida y alzó la cabeza apenas vió el caballo y oyó su acento, la traicionaron. Enrique ya prevenido é iluminado por esa revelacion íntima á la que han llamado unos *segunda vista*, otros *sesto sentido*; y que para mí equivale á lo que en filosofía se conoce con el nombre de *intuicion*, divisó su rostro al través del espeso cenital que se lo ocultaba, y le dirigió la palabra bien convencido que hablaba con su hija. Convencion tan espontánea y profunda, que hubiera dudado primero de su razon que de la infalibilidad del sentimiento que se le inspiraba. ¿Podia acaso engañarle su corazon?... ¡Ay! se engaña á un amigo, á un amante, á un marido, á un hermano.... pero nunca á un padre ó á una ma-

(1) Gil y Zárate. La familia de Falkland.

(2) Logomaquia (51).

dre, que nos aman con el afecto desinteresado y puro que ellos solos pueden tener (1).

Emirene vuelta de su estupor, atravesó la pequeña distancia que mediaba entre su padre y la acera vecina, y se alejó apresurada y temerosa, como un criminal perseguido por sus remordimientos.

Llegó á la alameda casi sin aliento, y se sentó en el banco que le indicara el marqués, en el tercero de la derecha.

Era noche de verbena y numerosos grupos se paseaban y cruzaban en distintas direcciones, hablando, gritando, cantando, riendo, celebrando como es uso en casi todas las capitales de los pueblos católicos, la festividad del santo predilecto de Jesús.

Una cuadrilla de estudiantes, vestidos de manto y sotana, agitando panderetas, zambombas, pitos, matracas y otros instrumentos de zambra y burco, aturdía, entretenía y desesperaba á la vez á los circunstantes con sus chistes, equívocos y picarascas canciones. Uno de ellos, jorobado, feo como él solo, y que hacia de director de orquesta, armado de un nudoso garrote, llevaba el compás al son de esta endiablada letrilla.

¡Zarabullí, ay! ¡bullí de Zarabullí!

Bullí, cuz, cuz,  
De la Vera-cruz,  
Yo me bullo y me menco,  
Me bailo, me zangoteo,  
Me refocilo y recreo  
Por medio maravedi:  
¡Zarabullí! (2)

A nadie perdonaban los malditos; con todos se entremetían y para todos tenían un requiebro. Ni la edad, ni el sexo, ni el rango eran suficiente antemural para librarse de sus indirectas. A los viejos les decían: adios, desertores del purgatorio; á las señoras mayores: ¿no podrían vds. como contemporáneas darnos informes sobre el incendio de las naves por Cortés, sobre el descubrimiento del Pacífico por Balboa, ó la prisión de Atahualpa por Pizarro? A las feas: bienaventuradas las que ahuyentan toda humana tentación con su espantosa geta, porque de ellas es el reino de los cielos! A las bonitas: *Vade retro* perdición de las almas, esponjas del bolsillo, ladronas del juicio, asesinas de la honra, sanguijuelas del cuerpo.... A los generales los llamaban cabos, sargentos y rancheros, á los abogados, tios Pandectas, tuertos del derecho; á los comerciantes, tenderos, sastres, asientistas y escribanos, discípulos de Caco, y conjugaban en coro el verbo *rapió* con voz atronadora.

Muchos bufaban en su interior, pero no se daban por aludidos, porque la mayor parte de los agresores iban armados de gruesas macanas y soltaban sus pulgas de rifirrafe, sin detenerse, como quien no quiere la cosa, y á veces dirigiéndose unos á otros la palabra para disimular mejor.

Presentaba la alameda un cuadro animadísimo, y era digno de verse el movimiento, el bullicio y algazara que reinaba en derredor. Merced á la confusión nadie se fijaba en nadie. Hombres y mugeres, niños y adultos, jóvenes y ancianos, discurrían sin rumbo fijo, siguiendo unos las huellas de los otros, á semejanza de las ovejas que adonde va una alla van todas. Instinto propio de la humanidad y que ciertamente le hace muy poco honor, aunque la costumbre ó la moda lo sancione y legitime (3).

Plácida y serena la noche, sombreaba con sus tintas melancólicas el estenso rádio donde se agitaba aquella inquieta muchedumbre, ébria de alegría y placeres.

El amarillo fulgor de la luna se confundía con las mil luces de las barracas y puestos ambulantes, tendidos en doble fila á lo largo de la calle de árboles que se perdían en el confín, como avanzados centinelas de un ejército de titanes. Las voces de las criaturas, de los vendedores, *mistureros* (4) compradores y paseantes, formaban una algarabía parecida á la que describe el Dante no me acuerdo en que canto del infierno. Sus variadas fisonomías, vistas al pálido rayo del astro nocturno, ó á la claridad rojiza de los faroles, hornillos y braseros, ofrecían algo de fantástico y lúgubre....

Inmóvil Emirene en su asiento é indiferente á cuanto la rodeaba, fijaba con ansiedad sus miradas en todos los que cruzaban, ó la dirigía hacia la calle por donde debía venir el marqués. En todos los que divisaba á lo lejos le parecía distinguirlo. ¡Vana esperanza! se acercaban, pasaban por delante de ella, pero ninguno le tendía la mano.

Así se pasó cerca de una hora, hora que le pareció una eternidad, y en la que su acongojado espíritu apuró hasta las heces el cáliz de la angustia y de la incertidumbre.

—¡Ay! ¿á qué habrá venido mi padre á la ciudad? se preguntaba una y otra vez sin que se le ocurriese nada que la satisficiera; ¿por qué tarda tanto Eduardo? ¿Mi marido habrá entrado en mi alcoba?

Cada interrogación de estas despertaba en su mente otras cien á cual mas penosas y abrumantes.

Como era natural, la tensión de su ánimo combatido por tantos sentimientos diversos y enardecido por una larga expectativa, produjole una fiebre bastante fuerte.

Lo que mas la afligía y desesperaba era el tiempo que perdía, esponiéndose á no poder justificar la mentira que pensaba alegar si don Juan la echaba de menos. Pensaba comprar un ramo de flores y decirle que, con el objeto de sorprenderle agradablemente, habia fingido el dolor de cabeza, á fin de ir ella misma á la verbena á tomarlo mientras la creía durmiendo, y ponérselo debajo de las almohadas, como hizo él con el estuche; y para dar mas fuerza á su embuste pensaba tambien insinuarle que antes de espirar su día, habia querido ir á rogar al santo de su nombre por su ventura y la de su hijo. Ardid mas bien urdido sin duda que el de Tedarra; ardid que el amante y confiado esposo hubiera creído sin dificultad cuatro dias antes. Afectuosa y delicada prueba de amor que le habria arrancado lágrimas de ternura, como á tantos buenos maridos los agasajos de sus consortes, que cuando ellos juzgan que se han ido de paseo solo por divertirse, se les presentan con algun regalo de su gusto, como v. g.: una bufanda, un gorro, una petaca, etc., probándoles así que se han tomado la molestia de salir é incomodarse solo por ellos.

Pero la demasiada tardanza podia despertar las sospechas del hidalgo, y temia con razon la fugitiva que observándola despegar, notase en su semblante la huella de sus lágrimas y acaso de su ignominia: temia turbarse en su presencia y no conservar la tranquilidad necesaria para responder á sus preguntas con su habitual jovialidad y entereza. La enormidad de su falta la aterraba antes de cometerla.

Por fin el cielo se apiadó de su quebranto.... el marqués, ó uno que se le asemejaba mucho, apareció por el extremo de la calle, en la misma direccion en que ella tenia clavados los ojos....

Tanto sufría la desventurada, que al divisarle, sintió un impulso de estúpida alegría, que se cambió al punto en otro de intensa y desgarradora tristeza.

La sangre toda se le agolpó al corazon y un sudor frio bañó su abrasada frente.

Pudor, vergüenza, despecho, indignacion, remordimiento.... quien sabe lo que experimentó en el breve intervalo que mediara entre su llegada y su aproximación.

El marqués (ó quien fuese) se acercó y le tendió la mano, sin hablarle una palabra como tenían convenido.

No pudo Emirene verle la cara ni siquiera los ojos, porque traía la primera enteramente cubierta con el embozo y el sombrero calado hasta las cejas. Pero el corte especial de su capa, el color de sus pantalones, los ensortijados rizos de su negra melena, y sobre todo, el solitario, el magnífico brillante que fulguraba en su índice al resplandor de la luna, no le permitieron dudar que era aquel el ciudadano á quien aguardaba.

En consecuencia levantóse, tomó su brazo, y....

¡Tará rá rá! ¡tararira! ¡rira! ¡rira!

El sereno infernal canta las tres,  
La cabeza de sueño se me cae....

la luz está agonizando, el papel se me acaba, la pluma se me ha descompuesto (y no tengo otra), y hasta la tinta se ha volatilizado.... de modo que los herridos del hombre-reloj, lo exótico de la hora, el colapsus de mi cáicum, el eclipse repentino de la luz, la exangüenidad homeopática del tintero estantigua, y el estado interesante de la pluma que pide su jubilacion, todo, todo exige que me meta en la cama cuanto antes. Adios, lectores, hasta mañana.

CAPITULO III.

¡Tarde piace!

A medida que nos acercamos al desenlace se aumenta el interés como es consiguiente: el lector desca salir de dudas y yo del terrible compromiso en que me veo. Pero son tantos y tan complicados los resortes puestos en juego, que no me es posible volar con la celeridad que requiere la inminencia del peligro que corre nuestra heroína. La cosa se va poniendo muy climatérica, lectoras, y mucho me temo que cuando lleguemos al parage donde se dirigian Emirene y su acompañante, se nos escapen involuntariamente las dos palabras que habeis leído al frente de este capítulo: ¡tarde piace!

Esto no es mas que una simple suposición mia, gratuita, individual, aislada. Cada uno ó cada una tiene el derecho imprescriptible de creer y hacer lo que le dicte su conciencia; y vosotras podeis creer y hacer lo que mejor os cuadre.

Los momentos son preciosos, críticos, decisivos, y el menor retardo puede ocasionar una espantosa catástrofe. Apresurémonos, corramos, volemos:

Que de aqui para alli,  
Y de allí para aqui,  
Y de allá para acá,  
Y de acá para allá,  
El tiempo se va (1).

Al tomar la esposa de don Juan el brazo de su compañero, conoció él que temblaba y que fijaba sus bellos ojos en el suelo sin atreverse á mirarle.

Conoció tambien en su marcha irregular, que ora

acortaba el paso como si quisiera dilatar su llegada á la casa de doña Lupercia, ora se apresuraba, como si le faltase tiempo para verse en ella.

Fuese prudencia, delicadeza, temor de que le conociesen, ú otro cualquier motivo, el marqués guardando el mas riguroso incógnito, no desplegó los labios, ni se levantó el sombrero, ni se quitó el embozo. Circunstancias que no reparó Emirene absorvida enteramente en sus tristes pensamientos. Solo la fiebre que calcinaba su cabeza le prestaba valor para seguir adelante.

Ambos marchaban en silencio, y nadie al ver su mútua indiferencia, los hubiera tomado por dos amantes: se asemejaban mas bien á dos antiguos desposados harto hartos y fastidiados el uno del otro.

Pronto llegaron á la casa de la zurcidora de voluntades: el marqués dió dos golpes, y un criado que estaba de centinela avanzada les abrió al punto.

Emirene empezó á subir la escalera con suma lentitud, apoyándose con todo el peso de su cuerpo en el brazo de su compañero, como acostumbran algunas señoras no muy flacas con algunos individuos nada gordos, á quienes inhumanamente desloman y derrengan por una semana, bajo la gravedad de su corpulenta mole ciefantino-hipopotámica.

¡Pero ay! en esta ocasion no lo hacia Emirene por comodidad, capricho ó coquetería: un sentimiento superior á su voluntad la impulsaba á retardar la hora de su derrota, aunque fuese algunos instantes. Estaba convencida que no habia salvacion para ella; sabia que ni la tardanza, ni el ruego, ni el llanto podian librarla de aquel hombre fatal; y no obstante, todavia trataba de ganar tiempo, como si esperase algo, como si en el último momento debiese verificarse algun evento extraordinario que la arrebatase de sus brazos. Sucédiale lo que á la muger de aquel ahorcado, que le decia para consolarle:

Espera que aun puede ser  
Que la sogá se reviente.

Sucédiale como á tantos infelices que á pesar de no presentar su situacion por ningun lado que la miren ni la mas remota posibilidad de mejorarse, todavia conservan una débil esperanza y creen que la Providencia no los abandonará en el último trance.

La señora Garduña salió al encuentro de los recién venidos, neófitos que aspiraban á iniciarse en los misterios de aquel antro lupercal. Por mera plataforma dijo algunas palabras al oido al marqués, y los condujo á la habitacion que les tenia reservada.

Un suspiro desgarrador, triste como la última mirada que arroja el proscripto sobre las costas de su patria que desaparece entre la bruma, escapóse del pecho de Emirene al penetrar en aquella mansion odiada.

Mucho antes que el de Araure se revelase tal como era, ella habia sospechado la clase de parentesco que podia mediar entre él y la Lupercia. Despues de la aventura del pabellon y de la insolente misiva inserta al folio 382 (tomo III) sus sospechas se convirtieron en certidumbre, y cuanto vió el rostro de la digna señora, no le quedó la menor duda acerca de su buen fondo y demas circunstancias que la recomendaban.

Era la señora doña Lupercia Garduña una muger como de cuarenta años, regordeta, mas bien baja que alta, muy locuaz y campechana; dotada de cierto gracejo y aire de buen tono, adquirido en el trato continuo de la sociedad *d'élite* que frecuentaba su casa, la cual gozaba entre ella de una envidiable popularidad. Frecuentemente se oia decir á los primeros calaveras del pueblo limeño, consultándose entre sí sobre algun punto de difícil solucion.

—Acuda vd. á la señora Garduña; lo que ella no haga no lo hará nadie.

Palabras que son una verdadera autopsia moral y resumen el mas completo elogio de su talento, habilidad y extraordinarias facultades estratégicas.

Pero ni el roce con aquella sociedad escogida ni la costumbre de tratar generalmente con personas sometidas á su autoridad, habia podido borrar de su semblante el sello degradante del misero oficio que desempeñaba. Tras su servil sonrisa y afabilidad, notábase la adulacion y el deseo de contentar á todos: en sus miradas placenteras se leia cierta penetracion, cierta confianza y tacto de artista, que parecian decirnos: sé á lo que venis, lo que quereis, adivino vuestro pensamiento.... quedareis satisfecho.

Para una muger virtuosa nada es sin duda mas penoso que ese cinismo del vicio; nada que la repugne tanto como sostener frente á frente, aunque sea por breves instantes, sus insolentes miradas. ¿No habeis reparado nunca, cuando se encuentran en la calle una esposa y una cortesana, el gesto de profundo desprecio y marcado disgusto que se pinta en el rostro de la primera, y el rencor, la fiera y altanería con que la segunda la mira? ¿No habeis notado como la tímida esposa vuelve al punto la cabeza,

Cual si temiera que su vista ardiente  
Le arrebatara su envidiable paz; (1)

y recoge los flotantes pliegues de su vestido para que no se roce con el de la impura meretriz, segun la bellísima espresion del mismo poeta citado?

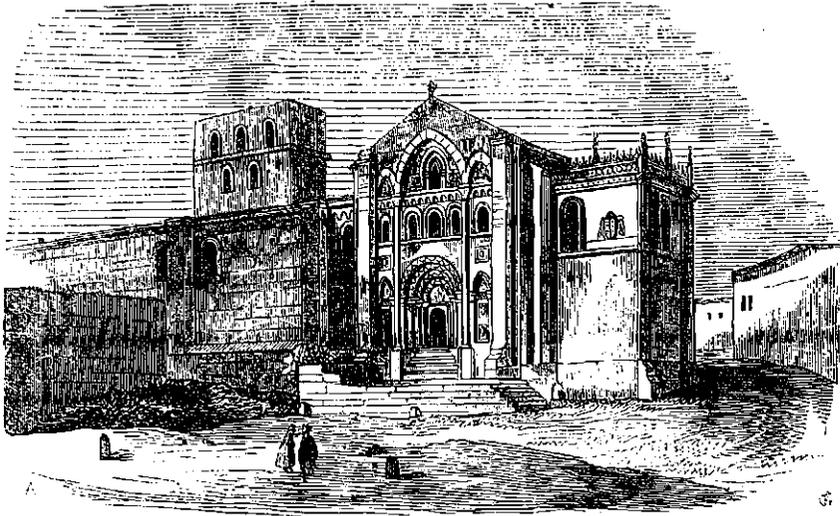
(1) Adivinacion (52).

(2) El entremetido, la dueña y el soplon.

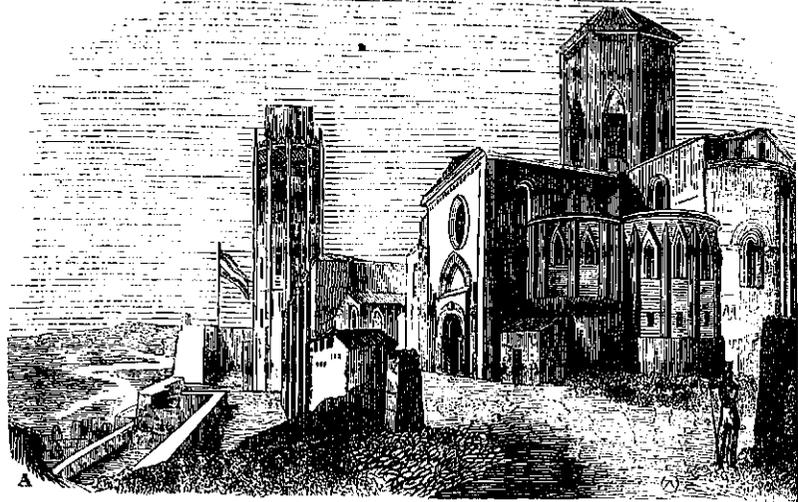
(3) Espiritu de imitacion (93).

(4) Así se llaman en el Perú cierta clase de mugeres que se dedican á vender flores.

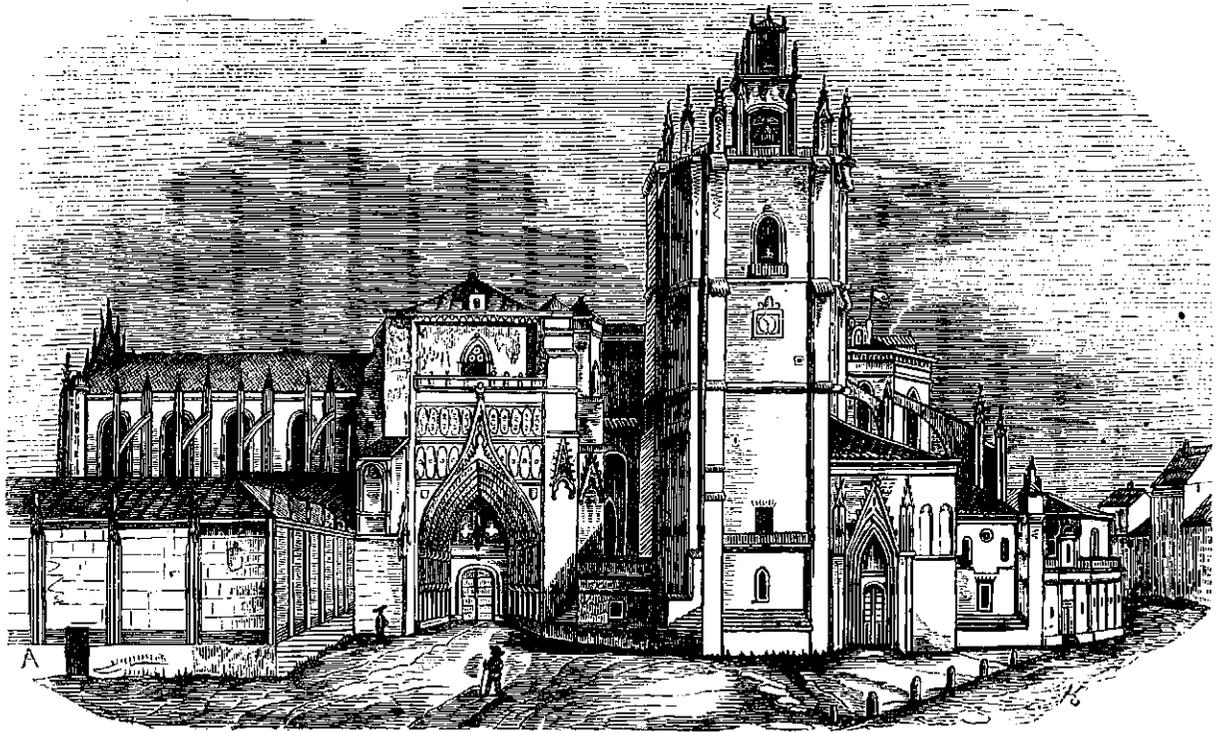
CATEDRALES DE ESPAÑA, FRANCIA É INGLATERRA.



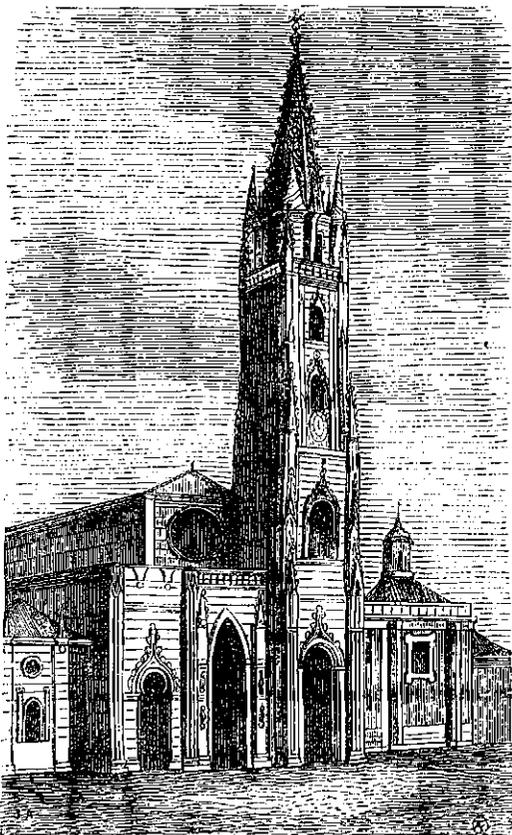
Catedral de Zamora.



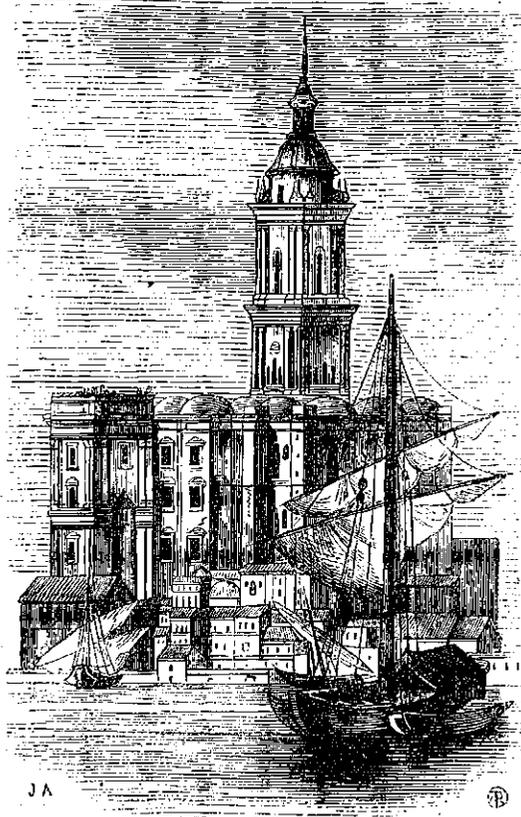
Catedral antigua de Lérida



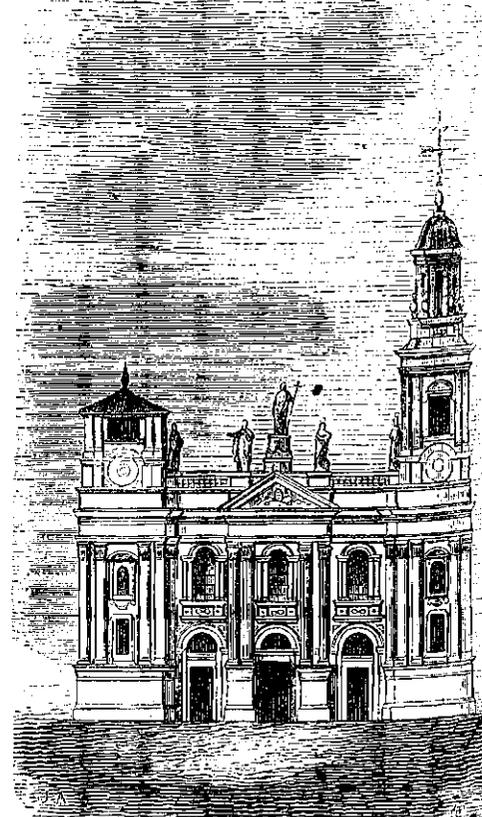
Catedral de Palencia.



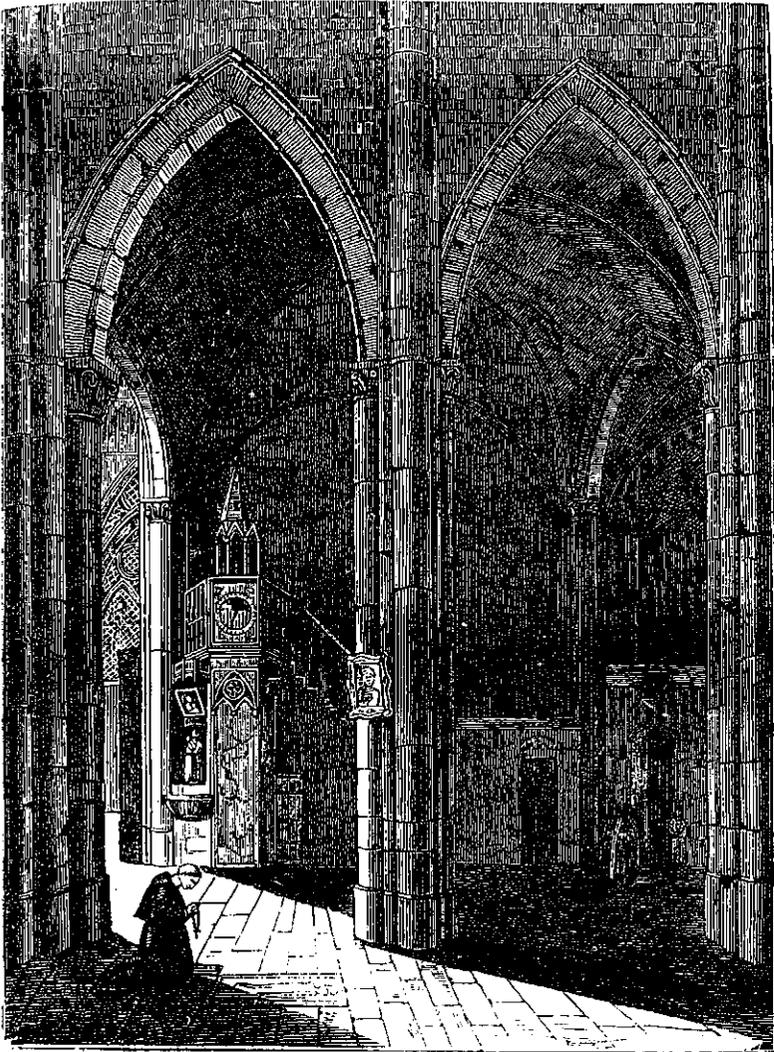
Catedral de Oviedo



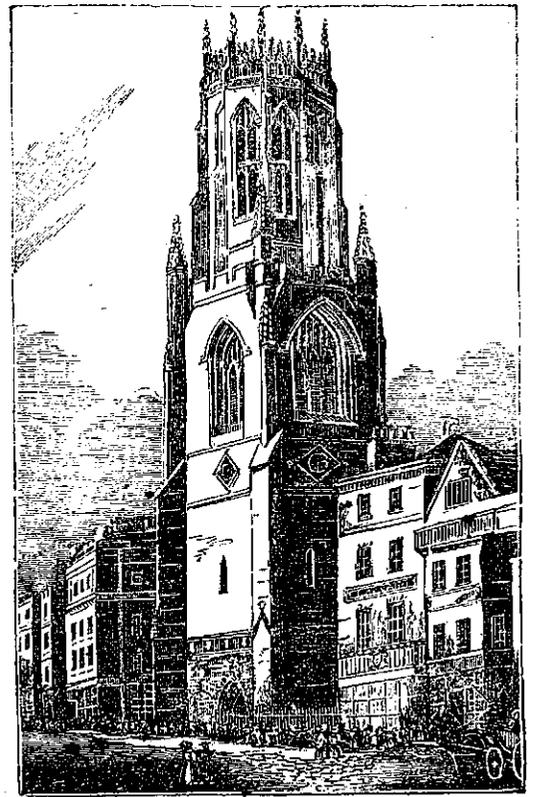
Catedral de Malaga.



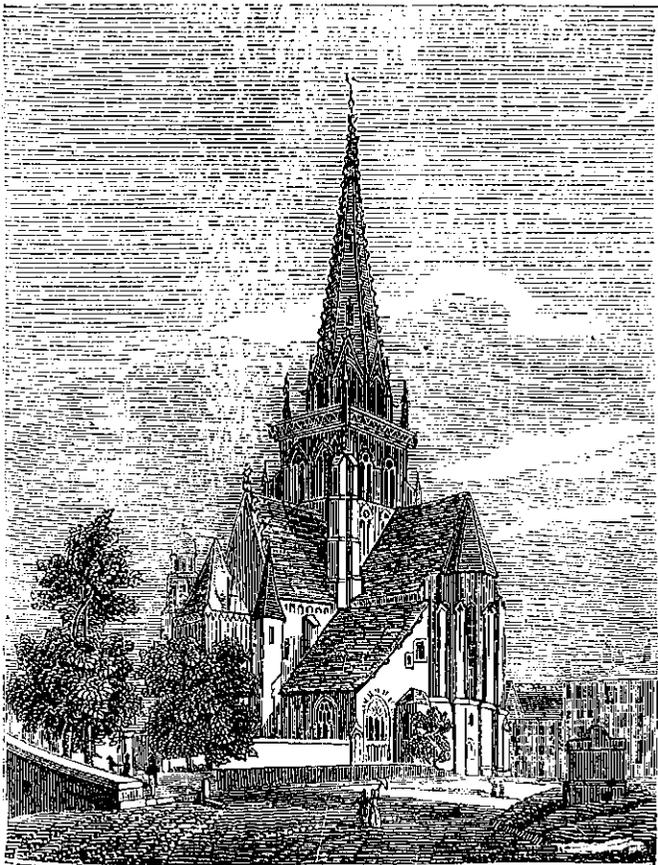
Catedral de Lugo



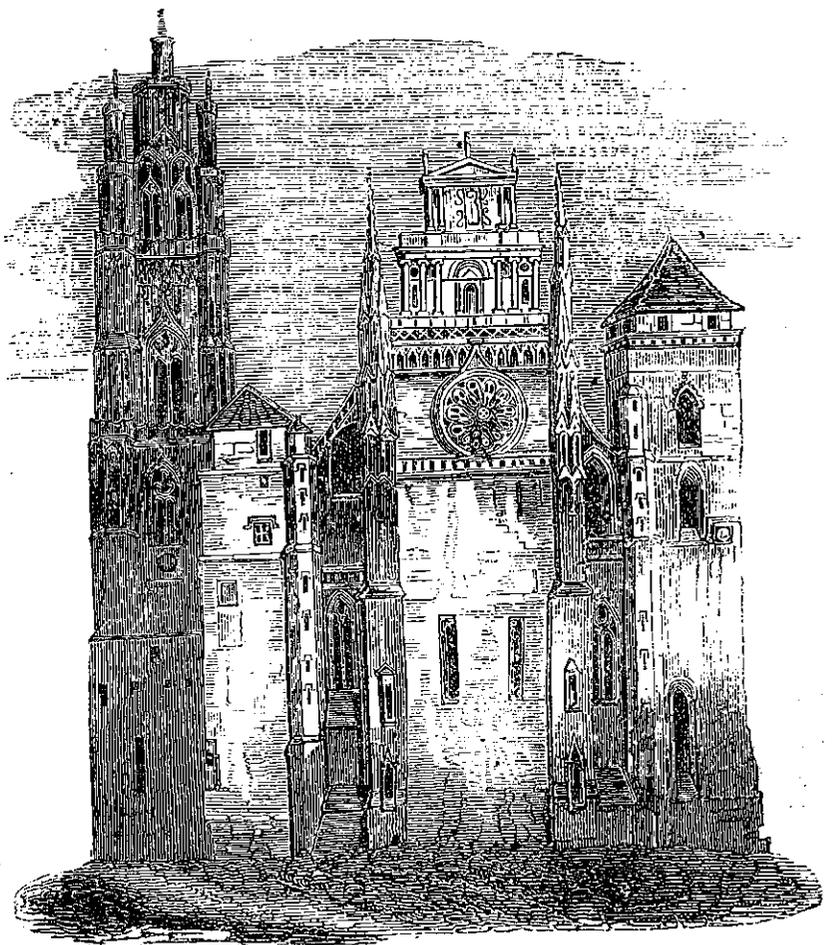
Interior de la catedral de San Pedro en Beauvais.



Iglesia de San Martin, en la Cité de Lódres.



Catedral de Autun.



Catedral de Rhodéz

Se aborrecen, se detestan.... el por qué es mas evidente que la luz del sol á medio día.

Obedeciendo á este natural sentimiento, habia preferido Emirene dar un rodeo no muy corto, é ir á la alameda á esperar al marqués, antes que presentarse sola en una casa, á cuya dueña, sin conocerla, profesaba una aversion invencible. Pensó que se veria obligada á entrar en discusion con ella, y á esta sola idea se sublevaba su orgullo.

Doña Lupercia los acompañó en silencio hasta el umbral de la habitación y se despidió.

El marqués sin desembozarse, fingiendo que tenia algo que comunicarla, dijo entre dientes con voz agitada y temblorosa: vuelvo: fuése tras ella, la alcanzó y estuvo cachicheando tres ó cuatro minutos.

Emirene echó una triste mirada en derredor.... la pieza en la que se encontraba era una sala soberbiamente alhajada; magníficas alfombras, ricos cuadros, butacas de caoba, piano, nada faltaba.

Allá en el centro, encima de una de las rinconeras, cubierta con una pantalla verde, brillaba una lámpara de cristal cincelado, esparciendo en torno una luz desfalliente, voluptuosa y melancólica, como el pálido crepúsculo de una alborada de estío en el ardiente suelo que riega el Amazonas.

A sus lánguidos reflejos se divisaba una puerta entreabierta que comunicaba á la alcoba, y en el fondo un suntuoso lecho con lujosas colgaduras de damasco....

Fuese deseo de cerciorarse si aquella pieza tenia comunicacion con otras habitaciones, ó anhelo de esconderse á las ávidas miradas de Tedarra, Emirene se refugió allí, y arrojando el manto sobre una silla, sentóse en otra, escondió la cabeza en la palma de las manos, y dejó correr sus lágrimas que habian estado comprimidas hasta entonces.

—¡Dios mio! me decía, ¿qué he hecho para verme tratada así? muy caro, Señor, me haces pagar un momento de irrellexion y de locura! ¡yo tan feliz, tan envidiada, soy la muger mas desgraciada del mundo!... ¡apídate de mí!...

Y la imagen de su esposo, de su hijo, de su padre, el recuerdo del juramento que le hiciera de no quebrantar jamás sus deberes, sacudian convulsivamente su corazón, y arrancaban á sus ojos lágrimas de fuego, inútiles ¡ay! como la lluvia despues de un incendio que ha talado los campos, convirtiendo en humo y cenizas, las doradas espigas, y los árboles, y las plantas, y hasta la choza del infeliz labrador.

La vehemencia del dolor físico, unida á la impotencia de encontrarle remedio, suele trastornar el juicio mientras dura, y á muchos los ha vuelto locos para siempre. ¿Qué diremos del dolor moral, mil veces mas terrible y abrumador? ¿Quién puede enumerar cuantas torturas sufre el alma, cuantas punzadoras espigas se clavan en el corazón, cada vez que el pensamiento con la velocidad de un rayo luminoso (1), sacude las fibras del cerebro, y arrastra en pos de sí su fúnebre cortejo de imágenes y recuerdos matadores?

Lo que sufría Emirene como muger, como esposa, como hija, como madre, como amante, escude á toda ponderacion.

¡Oh! debe ser muy duro, muy horrible, no amar á un hombre, odiarle, desear vengarse y tener que entregarse á él.... Entregarse.... en el acto, donde él mande, herida en el alma por sus agravios, postrada por la fiebre, sobresaltada por el temor de lo que le sucederia cuando volviese á su casa.... Muy duro, sí, muy humillante tener que responder con llanto á sus caricias, y tal vez provocar su risa y sus sarcasmos si se rebajaba á pedirle piedad, si recordaba los generosos y caballerescos sentimientos de que algun día hizo alarde para envolverla en sus perdidos lazos....

Y esta tristísima situacion, era la situacion de la esposa de don Juan. ¡Pobre Emirene!

¡Nunca nacieras tan hermosa y bella  
Quizá no fueras perseguida tanto (2)!

El ruido de una llave le indicó que el marqués estaba dentro y que cerraba la puerta.

En tan solemne trance alzó ella los ojos al cielo, y cruzó las manos en actitud de orar.... volvió á inclinar la cabeza, y siguió llorando amargamente... todo en menos espacio del que se necesita para leerlo.

El embozado arrojó la capa y el sombrero sobre el sofá, y con paso apresurado llegó hasta el umbral de la alcoba.

Al parecer iba resuelto á suplicar á su compañera que tuviese la bondad de pasar á la sala cuatro minutos; acaso deseaba hacerla alguna pregunta sobre su conducta anterior; tal vez queria verla al resplandor de la bujía, y gozarse en su turbacion y en su llanto... ¡Quién sabe! ¡son tan caprichosos los hombres!

Pero al notar que escondia el rostro en el pañuelo por no mirarle, varió de resolucio, y como si una idea repentina le iluminase, se golpeó la frente, retrocedió rápidamente, apagó la lámpara....

And then, God knows what next, I can't go on:  
I, m almost sorry that I e'er begun.

Nos quedamos á oscuras, lectores y lectoras, y yo

(1) Mis lectoras no ignoran que la luz corre casi cuatro millones de leguas por minuto, ó lo que es lo mismo, sesenta y ocho mil por segundo.

(2) Quevedo. Sátiras.

no soy gato para ver en las tinieblas; gracias si distinguo los objetos á la radiosa claridad del sol. Tampoco estoy autorizado para quebrantar el artículo 135 de nuestra Constitucion, que dice *ad pedem literæ*.

«La casa del ciudadano es un sagrado intiolable. De noche, nadie podrá entrar en ella sin su consentimiento: y de día, solo de órden espresa del juez competente, por escrito, y en los casos determinados por ley.»

Con arreglo á esto, amigos míos, si tenéis curiosidad de saber lo que pasó, mañana impetremos el permiso del magistrado competente, y con todas las formalidades del derecho, se levantará un sumario en el teatro mismo de los sucesos, autorizado por dos escribanos y el suficiente número de testigos para hacer fé en juicio. Entretanto consolémonos diciendo: ¡Tarde piace! ¡tarde piace!

#### CAPITULO IV.

##### Quid pro quo.

Signori e cavallieri innamorati,  
Cortesi damijelle e graziose,  
Venite qui davanti e ascoltati  
L'alte aventure e le guerre amorose (1).

Pues señor, buena va la danza acabamos con el *tarde piace* y empezamos con un *quid pro quo* refozado con cuatro versos en gabacho itálico, para mas claridad. ¡Están frescos los lectores que no posean mi extraordinaria erudicion lengüística! ¡Los titulillos son claros que digamos! Se parecen á algunos títulos que ahora se conceden allá, lejos, muy lejos, en el país de los Pegüenches ó de los Kalmucos, los cuales no por ser medio turbios los sugetas en quienes recaen, dejan de sonar como si significasen ó valiesen algo.

Los malos vicios de la literatura se han comunicado á la política; todo se quiere disfrazar con palabras hécas, sonoras y retumbantes que á fuerza de oírse repetir mal y emplearse peor, han perdido el prestigio que gozaran en otros tiempos. ¡Ruede la bola y siga la embrolla! Imitemos á los grandes maestros, y á falta de hechos, de ideas y de valor real, parapetemos tras una palabrilla ó un titulillo de esos que deslumbran y encantan al vulgo, es decir, á la generalidad, que no entiende el busilis y se queda con un palmo de narices ante cualquier *quid pro quo*.

Habiendo apagado el ciudadano de la capa la luz, nos quedamos sumergidos en la mas profunda oscuridad, y me fué físicamente imposible distinguir lo que pasaba en el interior de la alcoba. Tomaré, pues, el hilo de mi narracion algunos minutos despues, cuando la sala volvió á encontrarse iluminada por haber el susodicho caballero tenido la galanteria de encender la lámpara otra vez.

Hecha esta operacion, que Emirene encontró muy escusada é impertinente, en vez de marcharse, sentóse en el sofá, esperando tranquilamente á que saliese su compañera.

Ella en tanto, deseosa de alejarse, habíase puesto el manto y solo esperaba oír abrir la puerta para salir tras él.

Pero pasaron ocho, diez, quince minutos, y la puerta no se abrió.

Entonces Emirene, sacando fuerzas de flaqueza, con la cabeza baja y el pañuelo en los ojos, atravesó la sala, y se detuvo en la puerta buscando á tientas la llave.

¡Oh rabia!... el infame la habia sacado: sin duda queria añadir la burla al insulto.

La indignacion fué superior á todo; la ultrajada esposa no reflexionó... y pasando por una súbita y brusca transicion del abatimiento á la desesperacion, se descubrió el rostro, é iba á tratarle como merecia, cuando se sintió cogida por un brazo y oyó una voz muy conocida, voz que heló la sangre en sus venas, diciéndola:

—No te apresures, tenemos que hablar.

Trémula, azorada como dudando de lo que veia, en la misma situacion, que retrató á su marido cuando la sorprendió con el marqués; al ir á poner bajo las almohadas el fatal estuche, quedóse la infeliz sin acertar á pronunciar una palabra, roto el aliento, desencajada la faz....

El marqués no era el marqués, era... don Juan. Una peluca, unas patillas postizas, la capa, los pantalones y el anillo de Tedarra habian motivado esta espantosa mistificacion.

—¡Ven! repitió el ofendido esposo con voz terrible y soltándola con un gesto de desprecio al ver que ella involuntariamente se resistia; ven, tenemos que hablar.

Emirene no pudo mas; le miró, le miró con estúpida calma, con esa calma,

Que sigue á la tempestad,  
Cuando el ánimo cansado  
Del afan violento y duro,  
Al parecer resignado,  
Se abisma en el fondo oscuro  
De su propia soledad.

Tremebundo precipicio,  
Fiebre lenta y devorante,

(1) Ariosto. Orlando furioso.

Ultimo efugio, suplicio  
Del infierno, semejante  
A la postrer convulsion  
De la víctima en tormento:  
Tránc que si dura un día  
Anonada el pensamiento,  
Encanece ó deja fria  
La sangre en el corazon (1).

Miróle, y cayó en tierra sin sentido.

Por ligero que anduvo don Juan, no pudo recibir en sus brazos, ni evitar que se hiciese una pequeña herida en la frente, chocando contra un ángulo de la pared inmediata.

Habia previsto este desmayo y no le alarmó: le levantó del suelo, la colocó en el sofá, y poniéndola sobre una capa liada debajo de la cabeza, sacó un pomito de éter y se lo dió á respirar.

Entonces notó con angustia y sobresalto una pequeña lista inyecta de sangre, que corria desde la mitad de la frente hasta la ceja izquierda.

Una hora antes, la vista de aquella sangre hubiera echado por tierra todos sus proyectos; hubiérala juzgado bastante castigada con el susto y la herida... ahora, gracias á la infernal intriga del de Araure, la creia culpable, y aunque su corazón le gritaba que era víctima de un engaño, sus celos escitados hasta el último punto, le impelian á mostrarse tan duro é inexorable como antes fuera tierno y bondadoso. Creia, consecuencia de lo que esplicaré en breve, que el virey habia sido su amante, y como no tuvo tiempo para oír las esplicaciones de Yuca é ignoraba la razon de no haberle opuesto ella la menor resistencia, dejóse llevar de las ruines sugerencias de su amor ultrajado y de su justa indignacion; y si no la mató en el acto, fué porque no tuvo un arma á mano, fué porque su llanto le enterneció á pesar suyo, fué porque vislumbró que allí se ocultaba algun misterio, que encadenaba su voluntad y la arrojaba atada de pies y manos en los brazos de su infame seductor.

A pesar de eso no se tranquilizó hasta que pudo cerciorarse que la herida no era de gravedad, enjugando con el pañuelo las gotas de sangre, que brotaban á la superficie, y caian luego, como una cuenta de coral en una concha de nácar, en su ebúrneo seno mas blanco que la azucena.

A la tercera vez que le aplicó el pomo abrió los ojos, y volviéndole de pronto las ideas, levantóse toda trémula, se arrojó á sus pies, y abrazó sus rodillas diciéndole:

—¡Perdóname! ¡perdóname!...

—¿Perdon?... ¡Dios te lo conceda!... exclamó su esposo con acento sombrío, en la tierra no hay perdón para tí, ¡desventurada!

—¡Perdóname! ¡perdóname! tornó ella á repetir, juntando las manos en ademán de súplica.

Don Juan estendió el brazo como rechazándola.

—¡Ah! continuó, soy muy culpable, merezco tu venganza.... pero no tu desprecio. Mátame, si quieres, pero no me afrentes creyéndome capaz de haberte engañado voluntariamente!...

Y sus bellos ojos cubiertos de lágrimas se fijaban en los de don Juan con una expresion tan honda de dolor, que le obligaron á volver los suyos á otra parte para no enternecerse.

No, no era posible ver con indiferencia sus labios entreabiertos, sus arqueadas cejas, la palidez de sus mejillas, la crispacion nerviosa de sus manos, el desigual movimiento de su pecho que se alzaba y bajaba acelerado, el eco de intensa pena con que vibraba su voz y la actitud sublime en que imploraba misericordia....

Eva, Horando de rodillas en las puertas del Edem perdido por su culpa; Esther, elevando sus plegarias al Altísimo por la redencion del pueblo hebreo. Safo; encima de la roca de Leucades, antes de precipitarse en las olas rogando por el alveo que le abandonaba; Maria Estuardo, al pie del ara sangrienta donde el hacha del verdugo iba á tronchar su cabeza; la divina Lavalierre abrazada en las verjas del convento adonde fué á arrancarla su regio amante.... no estaban mas hermosas é interesantes. Don Juan retrocedió exclamando: ¡tan bella y tan páfida! y para no ceder al irresistible impulso que sentia de levantarla y estrecharla contra su corazón, apeló al pobre recurso á que apelan siempre los que tienen miedo, ó no están muy seguros de su entereza; fingió que aquellas demostraciones, en vez de apiadarte le irritaban mas, y añadió con aspereza:

—¡Levántate!

—¡Perdóname!

—¡Emirene, levántate!

—¡Perdóname!

—Levántate, y escúchame por tu vida, que los momentos son preciosos y estamos en una casa estrañna. ¡No provoques mas mi cólera, levántate y escúchame!

Cogióla de un brazo y casi á la fuerza la hizo sentar en el sofá.

Tomó un velador que aproximó á suficiente distancia para que se distinguiesen bien sus fisonomias, colocó encima la lámpara, despues de quitarle la pantalla; operacion que practicó teniendo cuidado que el reflejo de la luz diese de lleno en el rostro de su atribulada mitad. Quería leer en él como en un espejo. Tomó una silla, se sentó frente á ella, y empezó

(1) Echeverría. Rimas.

interpelacion, mas brusca, categórica y contundente que la de un diputado opositor al excelentísimo encargado de responderle.

—Te acuerdas de lo que te dije la noche de vuestras bodas?

—Sí.  
—Dímelo.

Don Juan dió las gracias á su esposa con una sonrisa de amarga ironía.

—Veo, repuso, que es muy fiel tu memoria: ¡ojalá fuese lo mismo tu corazón!

Quiso Emirene contestar, pero no se lo permitió el orador que estaba en el uso de la palabra; antes de abrir la boca la interrumpió con un:—¡silencio! no respondas sino á lo que te pregunte.

—¿Cuántos amantes has tenido?

Emirene miró al curioso intercalante sorprendida; pero con altivez, casi con enojo.

—No te hagas la inocente, replicó él reiterando su pregunta; creo que cuando un marido sorprende á su mujer en una casa de estas, tiene derecho para pensar que no será la vez primera que viene á ellas. Quien hace un cesto hace ciento.

Abatió esta sencilla reflexion la arrogancia de la engreida hermosa. ¡Ay! conoció que el hombre, siempre despótico, injusto, ó demasiado severo, con una sola falta se cree y está autorizado por la sociedad para suponer todas las que quiera. Conoció que esa duda bastaba para emponzoñar hasta sus recuerdos mas halagüeños, y que roto el primer eslabon de la felicidad conyugal,—la confianza—no era extraño que un esposo justamente indignado, diese cabida á las odiosas consecuencias que el amor propio de un amante humillado deduce sin tener los derechos de un marido, cuando se persuade, comunmente sin razon, que nada debe agradecer á la que espuso su tranquilidad, su bienestar y su reputacion por corresponder á su amor.

Y para esto le basta la mayor parte de las veces una rencilla, un vago rumor, algunos celos promovidos tal vez intencionalmente por ella para despertar de su tibieza. Vamos, se dice, está visto, quiere darme un sucesor. Lo mismo que hace conmigo habrá hecho y hará con mil, ó como se explicaba don Juan, quien hace un cesto hace ciento.

No encontrando Emirene nada que aducir á tan irrefutable argumento, bajó los ojos y contestó:

—Uno.  
—¿No has tenido mas que un amante?  
—Uno no mas.  
—Su nombre.  
—El marqués de Araure.  
—¿Y no has correspondido á nadie mas que al marqués?

—¡A nadie! te lo juro por mi salvacion....  
—¡Mientes! ¡perjura, mientes! gritó el hidalgo, sacando un pequeño envoltorio que su esposa reconoció al instante: esta liga, estas cartas, este retrato, esta llave.... te acusan y demuestran lo contrario.

Emirene inclinó la cabeza sollozando: todo se conjuraba para perderla. Ella misma que pudo haberse justificado en parte, exigiendo en tiempo hábil la devolución de aquellas prendas al que creia Tedarra, se olvidó de hacerlo en medio de la turbacion, el sobresalto y profunda pena que sentia.

Atolondrada por sucesos que no podia comprender, se persuadió que cuanto le estaba pasando era efecto de una venganza premeditada del ofendido amante, y ya desesperó de convencer á don Juan de su inocencia.

—Escucha, dijo él desdoblado la carta primera del paquete, escucha lo que me escriben en este anónimo.

«Sr. D. Juán de Serelar y Villavicencio.

«Una persona que se toma mucho interés por vuestro buen nombre, os remite las cartas y demas objetos contenidos en este paquete, que ha caido en sus manos por una casualidad: y os previene para vuestro gobierno y mejor inteligencia, que andeis con tiento, porque la persona á quien pertenece y se le ha extraviado, es nada menos que el excelentísimo señor virey. Algun día sabreis quien os da este aviso y por qué.»

—¡El virey! ¡ah! ¡ah! es una calumnia atroz.... Serelar, te engaña el infame que te ha entregado esos papeles.

—No, no me engaña, la infame y la que me engaña eres tú.... No, él no me los ha entregado.

—¿Entonces?... preguntó Emirene con recelo como si no quisiera saber lo mismo que preguntaba.

—Yo se los he quitado.... es decir, se le cayeron y yo los recogí sin que lo notase....

—Pues bien, vuelvo á decirte que todo lo referente al virey es una calumnia forjada por Eduardo para vengarse si no acudia á la cita.... calumnia que puedo desvanecer fácilmente. Te lo juro por lo mas sagrado, por lo que mas ames; ¡por la salud de tu hijo!

—¿De mi hijo? preguntó el castellano con ironía, como queriendo darle á entender que hasta dudaba del grado de parentesco que le unia al niño.

Semejante ofensa lastimó mas á su esposa que si la hubiera traspasado el pecho con una daga: el sentimiento materno brotó en su corazón rápido y volcánico y alzando la frente con arrogancia, le dijo acen-

tuando las palabras:  
—¡Es tu hijo!

—Puede ser.... pero permíteme que tambien lo dude. Esas son las consecuencias de tu mala conducta. ¡Oh! no te perdonaré nunca que hayas envenenado la ilusion y la esperanza mas querida de mi vida!.... ¿Sabes tú por ventura, el tormento que sufre un padre idólatra de sus hijos, cuando al acariciar á alguno de ellos, le asalta la idea infernal de que acaso es el fruto del adulterio, inocente ladrón de su cariño, de su nombre y de su hacienda, que él, impuro bastardo, roba á sus hijos legítimos ó á las personas á quienes de derecho les pertenece?....

Por segunda vez perdió Emirene su aire arrogante: las reflexiones de su esposo eran concluyentes y la abrumaban porque no admitian réplica. Jamás se imaginó que el quebrantamiento de los deberes conyugales, acarrase tras sí consecuencias tan terribles. Succedíale como á la mayor parte de las que tienen la desgracia de olvidarlos: comprendía la estension del mal cuando lo tocaba por su mano, cuando ya no tenia remedio.

—Las apariencias, contestó con un aspecto abatido que contrastaba con su anterior orgullo y confianza, las apariencias me condenan.... pero te juro que estoy inocente.... inocente del crimen que me imputas.

—Inocente! ¿y negarás que esta es tu letra? ¿negarás que este es tu retrato? ¿querrás persuadirme que esta llave no es la del pabellon?

—No: no puedo ni quiero negarlo. Te hablo como hablaria á mi confesor en el lecho de la muerte, próxima á comparecer ante el tribunal de Dios. Las cartas yo las he escrito, el retrato yo misma lo he hecho, la llave yo se la he dado á Tedarra.... pero todavía no he mancillado tu nombre, todavía, gracias á la Providencia, soy digna de tí.

—¡Eh! basta de comedia, exclamó don Juan estrujando los papeles que tenia en la mano, no hace mucho soportarse los halagos de un hombre que estabas muy lejos de creer que seria tu marido. Varias veces pronunciaste el nombre del marqués....

—Pidiéndole compasion.... y esto solo te probaria que no vine aqui por mi gusto, sino por un encadenamiento de circunstancias de las que no podia prescindir.... vine por salvar tu vida.

Semejante asercion parecióle al incrédulo esposo una invencion ingeniosa de su imaginacion novelesca, y le indignó sobremanera, se figuró que aun pretendia engañarle:

—Aunque eso fuese verdad, respondió, conteniendo la explosion de su ira, nunca debiste posponer mi honor y felicidad á un temor pueril, ¿Crees que yo aceptase un duelo segun las reglas de costumbre, con un espadachin como el de Araure? Para esos casos hay tambien recursos especiales; se carga solo una pistola, colocándose á cuatro pasos los combatientes para que así no haya ventaja de una ni de otra parte, y al que la fortuna le favorece mata irremisiblemente á su enemigo; se disparan las armas á boca de jarro, y cogidos de la mano ambos contrarios; se echan suertes, y al que le toca se levanta la tapa de los sesos.... ¿Crees tú que ese mequetrefe, con todas sus baladronadas y prosopopeya, seria capaz de aceptar un desafio de este modo?

—Eduardo tiene dadas repetidas pruebas de que es muy valiente.

—Pero no que esté cansado de la vida y quiera suicidarse, porque á eso se reduce lo que yo le hubiera propuesto.

—¡Ah! ¿y si la suerte se hubiese declarado á su favor?

—Ya te he dicho que prefiero la muerte á la infamia, y si no tienes otra razon que alegar para justificarte, evítame el disgusto de oírte.

—Pues si no me crees, si mis ruegos y juramentos son inútiles, nada tengo que decirte, sino que soy inocente y que estoy pronta á sufrir el castigo que quieras imponerme.... Sácia en mi tu rencor... mátame de una vez... mas vale morir que vivir como viviríamos adelante. Soy mas desgraciada que culpable, Serelar, y algun día te convencerás de ello....

Los sollozos ahogaban su voz, y la desesperacion estaba pintada en su semblante; dos lágrimas furtivas se escaparon de los ojos de don Juan, que se puso de pié y se pasó por la sala algunos instantes en la mayor agitacion, como si vacilase en sus resoluciones. Luego miró el retrato y la llave que tenia en la mano, y murmuró entre dientes:

—¡Oh! ¡no!... ¡es preciso ser implacable!

El cristal y el marfil del retrato crugieron entre sus dedos y cayeron en menudos pedazos sobre la alfombra, y volviendo otra vez á sentarse, añadió en voz alta:

—Acabemos: si te escucho eres capaz de hacerme creer que lo negro es blanco. No, no me hables mas; basta y sobra con lo que me has dicho. Mi resolucion es invariable; pero para que no te parezca demasiado cruel, quiero, antes que nos despidamos para siempre, recordarte cual ha sido mi conducta contigo, y cual la tuya conmigo, para que tú misma decidassi obro ó no con justicia.

Yo te he amado, Emirene, no como un marido, sino como un amante: tu voluntad era la mia: me anticipaba á tus deseos para evitarte la molestia de decirme: no tenia mas idea ni pensamiento que complacerte en todo, á todas horas y en todas ocasiones. Jamás te contrarié ni me opuse á tus caprichos. Jamás te di una queja, y á pesar que me consumia de celos: hace mas de un año, nunca te dije una palabra por la cual pudieses sospechar que los tenia. Ultimamente,

deseoso de facilitarte todos los medios para que me abrieses tu corazón sin recelo, y vieres en mí á tu mejor amigo, te insinué que si algun día, no obstante, tus buenos sentimientos, te encontrabas predispuesta á favor de algun hombre, si conocias que no podrias resistirle, no titubeases en comunicármelo.... hasta me comprometia á sacarte de Lima, á fijar mi residencia donde tú gustases, á no retroceder ante sacrificio alguno por verte feliz y contenta.... ¿y cómo has correspondido á tanto amor, á tanta ternura, á tanta abnegacion?... ¡Engañándome villana y traidoramente!...

Don Juan se detuvo para tomar aliento y reponerse de la conmocion que enronquecia su voz y anublaba sus ojos, mientras Emirene le contemplaba fijamente humilde sin baja, resignada sin orgullo.

La inmovilidad y la palidez de sus facciones hubieran hecho creer que su rostro se habia convertido en el de una estatua, ó era el busto de alguna bella Madona, iluminado por un rayo de la luna en el nicho de alguna gótica iglesia, si una lágrima perdida no resbalase á intervalos por sus mejillas, conmoviendo al caer sus largos párpados, que se inclinaban y dejaban escapar aquella gota trasparente, como el cáliz de una flor el rocío superabundante aglomerado en él, cuando los primeros rayos del sol esponjando sus hojas, comunican un movimiento de oscilacion á su trémula corola.

—Despues de lo que ha pasado, continuó el hidalgo, no es posible para mí la felicidad en la tierra, ni podria olvidar tu traicion aunque quisiera. Nuestra vida seria un infierno.... ¡No!... ¡demos morir!... Encomiéndate á Dios y pídele misericordia, porque dentro de poco estaremos en su presencia.

Emirene escuchó sin alterarse ó al menos sin que ningun sintoma visible lo revelase, esta terrible sentencia, que esperaba. Conocia el carácter de su esposo, y mil veces le habia oido decir, en los momentos de mas embriaguez y delirio, en el seno mismo de la felicidad, que la mataria si llegaba á convencerse que le traicionaba.

Esto se lo decia para probarle la intensidad y la fuerza de su amor, pero ella supo interpretarlo como un aviso, y no dudo que así lo haria en vista de la ceguera de su pasión. Por eso oyó su amenaza con faz serena, y hasta se alegró, porque sufría tanto que la muerte le parecia un bien.

—Tienes razon, dijo con voz pausada, pero firme y resuelta: debo morir... yo sola, tú, ¿por qué?

—¿Por qué?... ¡y tú me lo preguntas! Tú que has emponzoñado mi vida, ¿tú que has aniquilado de un soplo todas mis ilusiones, ¿tú que me has impulsado al crimen!

—¡Ah! exclamó Emirene levantándose y clavando en él sus ojos llenos de espanto y ansiedad ¿has muerto al marqués?

—Pronto lo sabrás.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! gritó la desventurada retorciéndose las manos y aplicándose á la frente, cual si anhelara detener el juicio que se le escapaba; ¡Dios mio! ¡ni aun quieres darme el consuelo de que lleve á la tumba la esperanza de que algun día se descubra mi inocencia!

La conviccion y el tono de verdad con que ella pronunció esta imprecacion hicieron estremecer á don Juan, que clavó la vista en el suelo, esquivando el rayo de su fascinante y avasalladora mirada. En seguida se pasó la mano por la frente como para secarse el sudor que la inundaba, pero en realidad para limpiarse el llanto que se agolpaba á sus pupilas. Despues contemplóla con indefinible expresion de enojo y piedad. Parecia decirle sin mover los labios, lo que don Pedro á su infortunado hermano don Fedrique, en el alcázar de Sevilla:

Pasó el resentimiento.... solo queda  
La indiferencia del sereno juez,  
No te engañes.... la lágrima que vierto  
Los restos lleva de mi amor profundo;  
Demanda á Dios perdón, porque en el mundo  
Ya no nos hallaremos otra vez (1).

—Solo te pido una gracia antes de morir, repuso Emirene.

—Habla.  
—Quiero ver á mi hijo y á mi padre.

—Los verás.  
—Mi padre está en casa.

—Tu padre está aqui.

—¡Ah! tambien él lo sabe todo, tambien él me despreciará y me agoviará con el peso de su justa indignacion.

—Escusa advertirte que no pierdas el tiempo en vanas declamaciones, ni comprometas á ese anciano con revelaciones que á nada conducen, ni que pienses en huir, porque la gente de esta casa está ganada y prevenida por si quieres dar un escándalo.... yo me retiro.

—Serelar, contestó la jóven con dignidad y resolucion, creo que tendré valor para morir. Dios es testigo que si trato de dilatar ese momento que anhelo mas que tú, es solo por ver si puedo rehabilitar mi memoria.... Tal vez mañana, llores sobre mi sepulcro... ¡pero será tarde!

—Mañana el sol no brillará para ninguno de los dos.

—Ingrato, ¿y tu hijo?

(1) Bermudez de Castro. El maestro de Santiago.

—La Providencia velará por él.  
 A este recuerdo uno y otro se enternecieron.  
 —No te pido mas que un día, algunas horas, replicó ella en ademán de súplica.  
 —Ni un minuto: ¡lo he jurado!... contestó él con aspecto sombrío... Adios, nos veremos en el tribunal divino... Apenas acabes de hablar con tu padre, Yuca vendrá por tí... haz lo que te diga, tiene mis instrucciones.  
 —Serelar, eres injusto, grande es mi falta, mas no merece la muerte; así mismo la acepto con placer porque viene de tu mano, y... te perdono.  
 —Yo quisiera también poder perdonarte, murmuró el castellano con profunda pena.  
 —En este momento solemne, continuó su esposa acercándose a él, dime al menos que todavía me aprecias, que todavía soy para tí tu querida Emirene, que no baje yo a la tumba agobiada con tu desprecio... Arráncame la vida, pero devuélveme tu estimación... Permíteme que te abrace....

Retrocedió don Juan, vaciló... mas no pudo contenerse, y maquinalmente abrió los brazos, y rápida como el pensamiento se precipitó en ellos Emirene.  
 Frenético apretóla él contra su corazón y la rechazó en seguida, repitiendo la palabra ¡adúltera! y volviendo la cabeza para ocultar sus lágrimas.  
 Emirene también lloraba: aquel brusco movimiento y aquella palabra le causaron el efecto de un rayo: parecióle que la eternidad le abría sus puertas y los separaba para siempre

Cuando levantó la cabeza, don Juan traspasaba el umbral, huyendo, como José de la mujer de Putiphar, de la mágica atracción que ejercía en sus sentidos y en su alma la sublime belleza de la seductora criolla.  
 En aquel momento estaba divina, irresistible, y á no haber adoptado él el temperamento de alejarse, seguro estoy que se hubiera cambiado la tragedia en comedia: cosa que me habría irritado é indignado en extremo, porque la moral pública padece con los maridos consentidores y porque entonces no me hubiera sido posible escribir este tomo.

Nosotros los novelistas, ó sea cuenteros públicos, lo mismo que los dramaturgos, gaceteros, copleros, y demas gente de pluma que vive de enredar, tenemos necesidad, estamos obligados bajo multas muy graves, por un *Senatus Consultus* celebrado en el Parnaso el año 203 antes de J. C. á estirar las materias tanto como sea posible. Para esto la ciencia pluminica posee tres reglas infalibles de aplicación práctica y diaria: la primera es, que lo que se puede hacer en ocho se haga ochenta si así conviene; la segunda, que se apele al enredo y se busquen dificultades, obstáculos y pretextos (vulgo, embrollas) para seguir adelante: la tercera, que los personajes que figuran en el pleito, novela, drama, leyenda ó cuento, no puedan entenderse cuando parezca mas natural y oportuno, sino cuando al autor le acomode.

Celebro muchísimo no verme hoy obligado á valerme de ninguna de esas chicanas. Gracias á la entereza de don Juan, el interés se conserva y se aumenta. ¿La matará ó no la matará?... Señores y señoras, la broma se va haciendo un poco pesada, y no sé si tendremos que llorar ó que reír. ¡Dios salve al país! ¡Dios salve á la reina... de las hermosas, á la *Estrella del Sud!* Recemos un padre nuestro y tres Ave Marias por ella... Padre nuestro, que estás en los cielos...

CAPITULO V.

El padre y la hija.

A poco de haber salido don Juan entró Flores. El aspecto del anciano era grave y severo, pero se conocía sin mucha dificultad que estaba profundamente afectado.

Emirene al verle se precipitó á su encuentro y se abrazó á su cuello, diciéndole con voz entrecortada por los sollozos.

—¡Padre mio! ¡padre mio!  
 Acaso iba él á rechazarla también, cumpliendo con lo estipulado, y á hacer mas profunda la herida que abrían en su corazón los desprecios de don Juan, cuando notó la pequeña lista roja que resaltaba en su cutis blanco y trasparente, como en las hojas de una *diamela* (1) el imperceptible rastro que dejan las empolvadas alas de una mariposa.

—¿Y esta herida?... preguntó asustado oprimiendo tiernamente con sus dos manos el rostro de su hija, y acercándose á la mesa para mirarla mejor al resplandor de la lámpara: ¿te ha maltratado tu marido con un acceso de furor ó de celos, luz de mis ojos?

—No: don Juan no es capaz de semejante vileza.  
 —Entonces, ¿quién ha sido?  
 —Nadie.  
 —Dímelo, quiero saberlo.  
 —Os repito que nadie, he sido yo misma que me he caído.

—No, tú me ocultas la verdad, exclamó Flores interrumpiéndola y casi persuadido que el castellano faltando deslealmente á su palabra se había propasado á golpearla; dime, hija mia, dime quien ha sido el miserable que se ha atrevido á levantarte la mano y ofenderte de un modo tan brutal.  
 —Señor, repuso Emirene bajando la vista avergon-

zada, yo misma me he herido contra ese ángulo de la puerta, cayendo en tierra sin sentido, al encontrarme aquí... con mi esposo.

—¡Ah!  
 El anciano se llevó la mano cerrada á la frente, y su semblante volvió á adquirir la misma espresion grave y severa que al principio.

Cegado por el cariño paternal habia cedido á un impulso involuntario, olvidando el papel que le tocaba representar: la sencilla esplicacion de su hija le trajo á la memoria los antecedentes que debieron mediar, y le pareció muy propio y natural que ella se desmayase, al hallarse *ex abrupto* con don Juan, en vez del marqués con quien creía hablar.

El lance no era para menos. La muger mas impávida y audaz habria caído como herida del rayo, ante una peripecia tan violenta como inesperada.

—Todo lo sé... murmuró despues de un momento de silencio; ¡ay! no me acordaba que tu marido tiene razon y que las leyes le autorizan para que te mate.

—Sufriré sin quejarne el castigo que me imponga... lo he merecido.

—¿Y tú me lo dices? ¡Ah!... ¿por qué has quebrantado el juramento que me hiciste? ¿Por qué has sacrificado tu felicidad, la de tu esposo, la de tu hijo, la de tu padre, por un efímero capricho del que te avergonzarás mañana? ¿Por qué tú misma has marcado tu orgullosa y pura frente con un sello de infamia, para tener que doblegarla ante las miradas de fingida compasion, de burla ó escarnio, que te arrojarán las demas mugeres, siempre implacables con la que las vence en hermosura, en gracia y en talento?..

—La sociedad me condenará, no lo dudo, mis rivales se gozarán en mi caída: pero si pudiesen penetrar en el fondo de mi corazón verian que no soy tan culpable como creerán, y tal vez muchas de ellas desearian tener la conciencia tan limpia como yo.

—El mundo juzga por los hechos visibles, y no se mete á investigar las causas secretas que influyen en la conducta de cada uno (1).

—Yo he luchado, he resistido cuanto era dable... he succumbido á la violencia, á la imposibilidad de defenderme, y vine aqui, padre mio, vine aqui por salvar la vida de mi esposo.

—Yo soy tu padre, Emirene, y aunque quisiera no tendria valor para aumentar tu desgracia... harto infeliz eres... harto terrible es el porvenir que te aguarda. Necesito creerte: derrama tus pesares en mi seno, hija del alma... dime que todo es mentira, que solo la irreflexion é inespereincia te han arrastrado al precipicio en que te hallas.

Alentada Emirene por la ternura con que la hablaba el autor de sus dias, segura ya de su indulgencia, recobró su energía la facilidad de espresarse y la lucidez de ideas que en el trato familiar hacian su conversacion tan amena y persuasiva. Succedióle lo que á una actriz novel, que se presenta algo cortada en las tablas ante un público, cuya severidad teme, y estimulada por la favorable acogida que le dispensa, vence su timidez, se anima por grados, se posesiona de su papel y acaba por escenderse.

Con una maestría y rapidez que honrarian al mas consumado novelista, trazó en pocas palabras el cuadro de sus malhadados amores: nada ocultó, ni trató de disculpar; se acusó á sí misma de haber provocado al de Araure resentida de sus desprecios; indicó los resortes de que él se valió para insinuarse en su confianza; confesó que habia recibido sus cartas y contestádole; dijo que el retrato se lo dió porque creyendo sincero su amor y habiendo resuelto no ceder nunca á él, aunque no le era indiferente, quiso recompensar de este modo su acendrada pasion, poniendo en sus manos su imágen, como lo último que podia concederle, como una prueba de la completa confianza que le otorgaba, como un emblema del vinculo ideal que debia unirlos en la tierra... refirió los hechos consignados en los capítulos II y III del tomo 3.º, es decir, el viage y el conato de suicidio de Tendarra; su arrepentimiento esa mañana á consecuencia de la conversacion que tuvo con su marido; la escena del jardin; como acudió engañada al pabellon; las amenazas y el ultrage que la hizo el marqués, de cuyos brazos se escapó sin saber cómo; pasó luego al tremendo episodio ó llámese *quid pro quo* acaecido media hora antes; y finalmente, sacó su última carta-orden y la mostró á su padre como comprobante de lo que acababa de esponer.

El deseo de no cansar al lector, repitiendo lo que ya sabe (si ha leído como Dios manda, si lo ha entendido, ó si no lo ha olvidado, que viene á ser lo mismo) me han obligado á suprimir todas las interrupciones é interpolaciones que hacia Flores, por via de aclaracion, durante el largo discurso de su hija. También he suprimido los gestos y ademanes de uno y otro, porque se suponen. Dolor, vehemencia, rubor y arrepentimiento en Emirene, tristeza, elocuente silencio, indignacion y lástima en su padre.

Por fortuna Flores antes de oirla, ignoraba la última trama que habia venido á complicar una situacion ya de suyo harto enredada. La calumnia del marqués, que tanta impresion causara en don Juan prevenido

(1) Mármol, en el *Poeta*, act. I esc. IV, dice muy oportunamente:

La sociedad no pregunta  
 Lo que hay en los corazones,  
 Mira solo las acciones  
 Y su dedo nos apunta.

contra el virey, caía de su peso con las esplicacion de su hija tan convincentes como verosímiles.

Es indudable que si el celoso marido hubiese podido escucharlas, se habria sentido tan dispuesto como Enrique á creerlas, sin necesidad de ultteriores pruebas.

—Ahora, padre mio, continuó Emirene, ¿crees que vuestra hija es mas desgraciada que culpable? ¿crees que es digna de vuestro cariño y del perdón que generosamente la habeis otorgado antes que se justificase?

—Si, respondió Flores, y ojalá esta dura leccion sirva de escarmiento para lo sucesivo... Considera hasta donde te ha arrastrado tu coquetismo y orgullo y procura en adelante ser mas modesta, menos amiga de los elogios y alabanzas, menos confiada en tu belleza y en la superioridad de tu talento. Tu marido mejor informado te perdonará....

Emirene se sonrió con amargura: la esperanza habia apagado en su corazón.

—Si, añadió el tierno padre haciendo en vano un penoso esfuerzo para contener sus lágrimas, sé que piensas separarse de tí, y aunque me ha dicho que siempre, no lo he creído... te ama demasiado....

—¡Me amaba! murmuró ella como hablando para sí.  
 —Te ama demasiado para no compadecerse al fin de tu juventud y ver marchitarse tu belleza en la soledad y el abandono.

Ahora no conviene decirte nada, porque nada querrá oír: dentro de algunos dias yo le hablaré, si no puedo convencerle, aun te queda tu padre, alma mia, y el tiempo y una conducta juiciosa y ejemplo te reconciliarán con tu esposo y con el mundo. No tires, resignate á lo que no tiene remedio.

—Me sobra resignacion; pero no puedo ver con calma los disgustos que os esperan... dijo Emirene asegurándose cual seria el dolor del infeliz padre cuando supiese su muerte.

—Dios que tan visiblemente te ha protegido, replicó este, no me negará en su suma clemencia el consuelo de volverte á ver feliz... él sostendrá mi vida hasta ese momento, y si así no sucediese, persevera en el sendero del bien, hija mia, sé virtuosa, y si quieres, como tantas, gozar de la pérdida de tu reputacion, justificando de esa manera las murmuraciones de la calumnia y de la envidia.

—Aceptaré todas las tribulaciones que Dios me envíe, hasta la misma muerte, como una espacion de mi loco extravío... Solo no puedo conformarme con la dolorosa idea de que don Juan me crea culpable del grado que piensa, y se arrepienta luego de su severidad.

—¿Y qué hemos de hacer?

—¿Qué?

—Si.

—Háblarle ahora mismo.

—¡Imposible! no conoces su carácter de hierro.

—¡Ah! es verdad.

—Luego, yo tengo el genio un poco vivo, y....

—Podrías tomar mi defensa y exasperarle mas.

—No es eso, sino que si se empeñaba en no oirme y yo en hablar, ó él me rompía la cabeza, ó yo se la rompía, y ya ves que esto á ninguno de los tres no puede convenir.

Emirene reflexionó y se convenció que su proposicion era en efecto inadmisibile.

Parecióle mas prudente callar y entregarse á la fatalidad que lo perseguia, y no comprometer en valde su padre, despertando sus sospechas. Tenia muy presente que don Juan la habia prevenido que toda la gente de aquella casa estaba á su devocion, y se figuró que tal vez los acechaban, y á la menor palabra indiscreta la separarian violentamente del autor de sus dias.

—Cúmplase la voluntad de Dios, exclamó; puesto que eso es imposible quiero pedirlos otro favor, padre mio.

—Veamos.

—Quiero confiaros la correspondencia del marqués.

—¿Para qué?

—Os lo voy á decir.

—¿Dónde está esa correspondencia?

—En el pabellon.

—¿En el pabellon?

—Si: en el fondo del estante que queda á la izquierda del piano.

—¿En alguna caja?

—No: abiertas y metidas entre las hojas de dos libros viejos de música.

—¿Y no hay mas que las del marqués? preguntó Enrique con melancólica sonrisa de incredulidad.

—¡Señor!... contestó Emirene, arqueando levemente las cejas, como si la ofendiese á su pesar semejante sospecha; he oido los requiebros de muchos, pero no he tomado mas que las cartas de uno.

—¿Y qué he de hacer con ellas?...

Las resonantes pisadas de un caballo, que se paró á la puerta, llamaron la atencion de Flores, que presó el oido y se llevó la mano á la boca, lanzando un ¡chist! bastante significativo.

—Parece que alguien sube la escalera, dijo Emirene.

—Es Yuca, respondió el anciano, sacando el reloj: mirando la hora, viene á buscarme.

—Lo sé. ¿Y por qué viene á caballo?

—Porque esa es la orden que yo le di.

—¿Os vais?

—Si.

—¿Dónde?

(1) Flor de esquisita fragancia: sus hojas color de perla tienen el brillo del nácar, y su aroma se asemeja al del jazmin del Cabo. Azara la llama la reina de las flores.

—A la casa de campo; debo estar allí antes que tú te levante.  
 —A propósito, ¿por qué habéis vuelto a la ciudad, estando enfermo?...  
 —Mañana te lo diré, repuso Enrique con misterio; es una historia muy larga de contar.  
 —¿Mi marido os previno algo?  
 —No: otra persona.... ya te lo explicaré.  
 —¿El marqués?  
 —Sí..... oye.  
 Cercanos pasos les anunciaron que el esclavo se aproximaba.  
 El padre y la hija se echaron en silencio una dolorosa mirada.  
 La puerta crugió sobre sus goznes, y dió entrada al negro, que se adelantó, despues de haber pedido el correspondiente permiso en el umbral, con una respetuosa reverencia.  
 —Señor, dijo, inclinándose por segunda vez delante de Flores; son las cuatro y media; pronto va á descontar el día.  
 Flores no contestó.  
 —Señora, añadió el primero, volviéndose á Emirene, mi amo me envía para que os acompañe á casa.  
 —Mi buen Yuca, permíteme que concluya la conversación que tenía con mi padre, repuso ella arrojándole una mirada suplicante.  
 —Lo siento en el alma, señora, pero no puedo. Las ordenes de mi amo son terminantes; que venga en el acto me ha dicho, no admitas excusas de ninguna clase.  
 —No son mas que dos palabras.  
 El negro vaciló.  
 —Vamos, despeja, replicó con dureza Enrique, señalándole la puerta.  
 Yuca, asombrado, alzó la cabeza y le miró frente á frente como diciéndole: ¿Qué es esto? ¿os habéis vuelto atrás?... pues no seáis necio y no la echéis de arrogante, porque no me iré, y á despecho vuestro haré lo que se me ha mandado.  
 Emirene, para evitar una escena desagradable, se interpuso entre él y su padre, y con aquel acento halagüeño y lisonjero, con aquella gracia irresistible, á la que todo succumbia:  
 —Yuca, mi buen Yuca, repitió, ¿me negarás este favor? ¿el primero y acaso el último que podrás hacerme?... Hasta ahora creí que me tenias mas cariño....  
 —Cinco minutos es lo mas que puedo detenerme, dijo Yuca pesaroso, y salió sin esperar respuesta.  
 —Tiene razon, murmuró Flores en voz baja.  
 —Padre mio, continuó Emirene, no bien conoció por el eco de las pisadas, que el esclavo se hallaba á suficiente distancia para no oírle; tan pronto como sea posible sacareis las cartas del parage que os he indicado, y las pondreis en manos de don Juan.  
 —A la verdad no alcanzo el objeto que te propones con esto; cuando quizá ni aun quiera leerlas.  
 —Sí, las leerá: las cotejará con las mías, y verá la relacion que hay entre unas y otras.  
 —¿Y luego?  
 —Que le conteis todo lo que os he confiado, y tratéis de persuadirle que padece una equivocacion.  
 —¿No tienes otras cosas que encargarme?  
 —Que roguéis por mí si me ausento de Lima, como creo, segun me insinuó no ha mucho mi marido; que ocultéis á mi buena y querida tia el verdadero motivo de mi viaje, que no os alijias mucho por mi ausencia, y cuidéis de mi hijo si su padre se enferma ó le toma aversion....  
 ¿Qué contestar á unas recomendaciones tan tiernas, pronunciadas con toda la tristeza y la efusion de una despedida? Enrique abrazó á su hija, y la besó repetidas veces, confundiendo sus lágrimas con sus lágrimas, sus sollozos con sus gemidos.  
 La conviccion de su inocencia, y la idea de lo que debía haber sufrido, sufría, é iba á sufrir, agobiaban su alma como un remordimiento. Temia que el árido soplo del padecer quebrantase el endeble tallo de aquella flor tan delicada como preciosa. Conocia la exaltacion de su cabeza, la energia de sus sentimientos, la sensibilidad estrema de su organizacion privilegiada, y recelaba que, como un frágil vaso colocado junto al fuego, estallase á la llama de las emociones violentas que combatian su cuerpo y su razon.  
 El dolor, lo mismo que el placer, encuentra abundante pábulo para ejercer su actividad devoradora en esas organizaciones ricas, pródigamente dotadas por la naturaleza, en las cuales todas las partes que las componen, materia y espíritu, están dispuestas para sentir, conservar y transmitir mejor y mas pronto que las demas, con la perfeccion de una máquina acabada é inmejorable, las impresiones que reciben.  
 Se sabe cuanto influye la delicadeza de los órganos sobre la parte intelectual, y supongo que mis lectoras, tan instruidas en la anatomía comparada como en la astronomía, geografía, geología é historia, estarán informadas, ó habrán oído hablar de las teorías de Lavater, Gall y Cuvier á este respecto; pero como

Emirene por su parte creia darle su postrer abrazo, y se despedia en su interior de él como si ya no hubiese de volverle á ver en el mundo. Al sentimiento filial uníase el materno, y por lo que sentia respecto de su hijo, juzgaba cual seria el pesar de su padre, cuando se encontrase solo en la tierra, sin tener al cabo de sus años quien endulzase su amarga existencia y cerrase sus ojos en la hora de morir....  
 Diez minutos habian trascurrido cuando volvió á presentarse Yuca.  
 Al verlos abrazados, detúvose en el dintel acaso tan conmovido como sus amos.  
 El padre y la hija bajaron la escalera seguidos por él, y en el último peldaño tornaron á abrazarse y á decirse el último adios.  
 Adios angustioso, desgarrador y lúgubre como la postrer mirada que lanza al mundo desde la cima del cadalso el condenado á muerte, ó como la que arroja una madre desventurada al fruto de sus ilícitos amores antes de abandonarle....  
 Acercóse Enrique al corcel chileno, que impaciente heria el suelo con el casco y sacudia sus largas crines, le pasó la mano por el cuello, echóle las riendas encima, montó y partió al galope, como si quisiera interponer el espacio entre él y su hija, á fin de no ceder á la casi invencible tentacion de llevársela consigo.  
 Al romper el caballo, un jay! imperceptible se escapó de los labios de Emirene, que le siguió anhelosamente con los ojos hasta que desapareció.  
 Aquel caballo simbolizaba la época mas feliz de su vida, y por eso le tenia un afecto particular.  
 Su vista le trajo á la memoria el venturoso tiempo de su inocencia y de sus amores, los paseos por las márgenes del Rimac cuando soltera, sus escursiones con don Juan á los alrededores de la casa de campo despues de casada, y tantos recuerdos halagüeños y hermosos como la felicidad perdida.  
 Ahora se veia sola, abandonada, envilecida, odiada, sin esperanzas, pronta á sucumbir.... el contraste no podia ser mas horroroso.  
 ¡Cúmplase la voluntad de Dios! se dijo de nuevo para reaninar su valor que desfallecia y la abandonaba á estas penosas comparaciones, y volviéndose á Yuca que no se acordaba ya de su consigna, enternecido por la patética escena que acababa de presenciar, añadió con voz firme y resuelta:  
 —¡Vamos!

CAPITULO VI.

*Escena horrible, horrorosamente horrorosa y espantosa, que puede servir para el desenlace de alguna tragedia o drama romántico estrafalario, con otras cosas no menos curiosas que dignas de ver la luz pública.*

Preparaos, ¡oh! lectores! con ese membrete, largo como plazo de deudor fallido, triste como la cara de un autor silbado al otro día de su derrota, feo como los gestos de un cadáver galvanizado, tetrico como el porvenir de la Europa y enfadoso como este vuestro atento y humilde servidor Q. V. M. B. Aparejad el ánimo para presenciar impávidos el horripitante cuadro que voy á presentaros: y vosotras las bellas asustadizas, las voy á delicados nervios á prueba de caramelo y de sensibilidad acusa y ribombatica como dije mas atrás, enviad á la botica por algun frasco de éter para no desmayaros....  
 Sabed que anoche por motivos que yo me sé vine á casa echando chispas, bufando como un toro, y hoy me he levantado con el humor mas negro y atrabilario que podéis imaginar. La pimienta se me ha subido á las narices y voy á hacer una de pópulo bárbaro.  
 Catad que son diez vestiglos,  
 Non cosas del mundo, non,  
 Contra quien fallescen lanzas,  
 E no arremete el troton (1).

Os lo prevengo con anticipacion, luego no aleguéis ignorancia. Vais á leer la relacion de un triple asesinato, y me valdré del puñal, del veneno y la pistola, para que haya manjares al paladar de todos y opte cada uno por el que mas le agrade; puesto que hoy en este siglo de las luces y del progreso, el suicidio está á la orden del día, y ninguna persona no digo decente, siuo medio decente, espera la muerte en su cama (2).  
 Basta de divagaciones: entro de lleno en la cuestion.  
 Todavía los primeros vislumbres del crepúsculo no despuntaban en el horizonte, ni el fresco ambiente precursor de la mañana, pasaba murmurando por entre las rejas de los balcones haciendo girar las veletas con un ruido monotonó y acompasado; pero la luz de los faroles se apagaba por grados, y su moribunda llama ora se eclipsaba, ora lanzaba un repentino fulgor, reviviendo y oscureciéndose alternativamente,  
 Como vibra y pestañea,  
 Mal herido en la pupila  
 Un ojo con rapidez,  
 para valerme de una poética imágen del autor de la noche inquieta.  
 Las estensas calles de la ciudad mas bella y popu-

losa de la América Meridional estaban desiertas, solitarias y sombrías; nada turbaba su calma, siuo el rumor de alguna patrulla lejana, el estrepitoso ruido de algun coche ó los precipitados pasos de algun pacífico súbdito de S. M. C. que salia de alguna casa de juego, baile, ó de otra parte mas agradable, como v. gr., una cita. La encantadora, la voluptuosa Lima

Dormia en sueño profundo  
 Como niña sin deseo (1).

con la gracia y abandono de las odaliscas que nos describe Byron en el oda donde le place introducir á su héroe, y donde yo pasaria de buena gana una noche nada mas que por ver con estos ojos que se han de comer la tierra, si es exagerada su pintura (2)  
 Eran las altas horas de la noche, lectores, y el reloj de la catedral daba los tres cuartos para las cinco, cuando Emirene llegó á su casa acompañada del esclavo.

Yuca habia guardado por el camino el mas rigoroso silencio á sus reiteradas preguntas, escusándose con que nada sabia, y rechazando las inculpaciones que ella le hacia con un laconismo que honraria á los mismos Lacedemonios.  
 —Vd. está equivocada, señora, yo no he descubierto nada á mi amo.  
 —¿Pues quien ha sido?  
 —Qué sé yo.  
 Y de aqui no le sacaba nadie; en vano era apostrofarle ó rogarle; las súplicas y los dicitrios le encontraban impasible.  
 Al subir la escalera, estrañó Emirene el silencio que reinaba en la casa; al parecer todos dormian.  
 A las cuatro los jugadores levantaron el campo: don Juan habia tenido la precaucion de prevenirles que solo se dilataria la partida hasta esa hora, y como nadie se fijó en su ausencia, aunque duró dos horas, porque la indisposicion de su esposa y la entrevista con el marqués, vinieron muy oportunamente á coonestarla, cuando volvió á presentarse para despedirlos despues de haberse quitado la peluca y las patillas postizas ninguno de los tertulianos, ó mejor, de los pocos jugadores que habian quedado, manifestó haberse apercebido de su tardanza.  
 Los aficionados á los naipes saben con qué celeridad se pasa el tiempo jugando, y habrán experimentado alguna vez esa absorcion casi completa de las facultades del alma, memoria, entendimiento y voluntad, ocasionada por el disgusto de una ganancia regular, ó el placer de perder continuamente.

Reinaba en la casa un silencio sepulcral... Emirene notó que habia luz en el cuarto de la nodriza, cuya puerta estaba entornada, y hasta le pareció ver cruzar una sombra, la de su esposo acaso, por el lienzo de pared que alcanzaba á divisar desde el estremo del corredor donde se encontraba.  
 Se habia parado aguardando á que Yuca hablase. El negro afectando una insensibilidad y dureza, que estaban muy distantes de ser verdaderas, le dijo:  
 —Tengo orden de dejaros abrazar á vuestro hijo.... os ruego que no tardéis mucho.  
 —Saldré al instante, mas.... ¿dónde me llevarás luego?  
 —Al despacho.  
 —¿Y allí encontraré á Serelar?  
 —No lo sé.

Emirene se mordió los labios de despecho: el esclavo le habia repetido este no lo sé, cincuenta veces en un cuarto de hora.  
 Conoció antes de entrar que no se habia equivocado; el niño estaba despierto, y segun la informó el ama, su padre acababa de irse por la puerta que comunicaba á las habitaciones interiores.  
 Sentado en medio del cuarto sobre un rico tapiz cubierto de un sin fin de juguetes, nada mas encantador que la vista de aquella hermosa criatura llena de gracia é inocencia: nada mas tierno que la exclamacion de alegría que lanzó, tendiendo las manecitas á su madre, apenas asomó en el umbral.  
 Sentóse esta en la alfombra y le colocó sobre sus rodillas, clavando en él  
 Una mirada tan bella,  
 Tan profunda y dolorida,  
 Que toda el alma por ella  
 Al parecer exhaló (3).

El niño, como si adivinase lo que pasaba en el corazón de su madre, y quisiera calmar su pena con sus halagos y caricias, le golpeaba la barba, escudía la cabeza debajo de sus brazos, esquivando sus besos; se cubria el rostro con la falda del camisolin de seda, la mordía suavemente en las manos y en la garganta, y en el truncado lenguaje que usan los de su edad, especie de dialecto especial que solo comprenden bien las que lidian con ellos, le prodigaba los cariñosos nombres que le enseñara don Juan, y le contaba que su papá le habia despertado y que se habia ido llorando.... que qué tenia y por qué lloraba....  
 Emirene no pudo contener sus lágrimas al oír estas candorosas palabras, que envolvian una censura tácita de su proceder: hasta entonces la presencia de la nodriza le habia prestado bastante entereza para

(1) Marmol.—A Montevideo.  
 (2) Idealismo.  
 (3) Echeverría.—Rimas.

(1) Romancero general.  
 (2) El suicidio, el matrimonio y la muerte.

dominarse; se avergonzaba de dejarla traslucir que el dolor de su marido era motivado por algun mal paso de ella.

La premura manifestada por Yuca y el ansia de saber de una vez cual era la suerte que le estaba reservada, la hicieron arrancarse de los brazos de su hijo, al que dió su bendición y encomendó á la bondad divina con toda la efusion y vehemencia de su alma.

El niño se resistió á dejarla, se incomodó y se puso á llorar.

Emirene se sacó los valiosos anillos que adornaban sus dos manos, los echó en un platillo de cristal y se los dió. Esta ofrenda, á la que él era muy aficionado, sin duda porque el resplandor de los brillantes le causaba una impresion agradable, aplacó su enojo, y mientras se entretenia en mirarlos á la luz, su madre salió sin que la viese.

No bien llegaron al despacho, no encontrando allí á don Juan, manifestó al negro que queria hablar con él, que fuese y le suplicase que la concediera dos minutos de conversacion nada mas.

Yuca estendió la mano en silencio hácia la puerta de la pequeña alcoba que, como he dicho ya, quedaba á un lado del despacho.

Apresuróse Emirene á abrirla creyendo que estaria allí su marido... pero retrocedió al punto horrorizada dando un grito espantoso y apoyándose para no caer en el respaldo de un sillón inmediato.

En aquel catre donde solia don Juan dormir la siesta, ó recostarse cuando abrumado por el trabajo se sentia un poco fatigado, yacia el marqués, al parecer exánime, atravesado el pecho de varios golpes de puñal, envuelto en una ensangrentada sábana que le cubria hasta la cintura, estendidos los brazos, inclinada la cabeza sobre la pechera de su camisa salpicada de sangre, pálido el rostro y cadavérico, contraidos los labios, entreabiertos los ojos y cayendo en desorden sobre su espaciosa frente su larga y desgredada cabellera....

El vivo resplandor de ocho blandones funerates colocados alrededor del lecho, daban un colorido infernal á este cuadro satánico, como la luz cárdena del relámpago hace aparecer mas profundo el abismo que ilumina.

Vuelta Emirene de la primera sensacion de terror, que la dejó casi sin movimiento, quiso huir y se precipitó á la puerta con este intento.

Pero Yuca la detuvo del brazo diciéndole con voz sombría:

—¿De aqui no saldreis sino muerta!

—¿Muerta?... preguntó ella como recogiendo sus fuerzas para prepararse al terrible trance.

—¿Muerta!... repitió el esclavo abriendo el escritorio y sacando una copa y un puñal ensangrentado.

A la vista del arma homicida, y sobre todo de la sangre, Emirene se echó atrás como una briosa jaca que se asusta, se echó atrás con todo el peso de su cuerpo para desasirse de la vigorosa mano que la sujetaba; forcejeó algunos instantes, pero obligada á permanecer prisionera, volvió al punto la cabeza, azorada y trémula; todavía resistiéndose débilmente.

Yuca la soltó colocándose frente á ella de espaldas á la puerta, para que no se le escapase.

—¡Perdonadme, señora, dijo, perdonadme! véome obligado á ser vuestro verdugo: así lo ha dispuesto mi señor y mi amo.... ¡No hay remedio, disculp!

Y le presentó la copa y el puñal.

Emirene estendió su temblorosa mano y tomó la copa.... luego miró con ávida curiosidad el aromático líquido que contenia de un color violáceo trasparente, la acercó á sus labios y se la bebió de un sorbo.

—Dile á don Juan que muero inocente.... y que te perdono, añadió un momento despues; dile que cuide de su hijo, y ya que le ha privado de su madre, que al menos no le robe tambien el cariño y los cuidados de su padre.

Yuca golpeó tres veces el tabique con el mango del puñal:

—¿Qué significa eso? preguntó Emirene con voz desfalleciente y dejándose caer en el sofá como si comenzase á sentir los efectos del veneno.

—Lo ignoro: mi amo me dió esa orden para en cuanto hubieris bebido lo que contenia esa copa, respondió el negro.

Los dos permanecieron callados diez minutos, como si esperasen la llegada del castellano.

—¡No viene!.... murmuró Emirene con amargura.

Yuca volvió á golpear en el tabique....

Un pistolazo en la pieza vecina contestó á su señal.

—¡Cielos! exclamó la envenenada tratando inútilmente de levantarse, ¡se ha suicidado!

—¡Ya no existe don Juan! gritó el esclavo con voz terrible blandiendo el puñal, ¡voy á morir con él!

Y echando una postrera mirada á su señora para convencerse de que no se hallaba en estado de seguirle, salió de la habitacion.

Emirene intentó en vano ponerse en pie y correr tras él. Ni sus piernas ni sus brazos prestaron apoyo á su voluntad. Un sudor frio inundó su frente, cerró los ojos, inclinó lentamente la cabeza sobre el pecho, y se quedó como dormida....

¿Emirene está muerta?... tranquila

Cual la nube primera del alba

Su amorosa y ardiente pupila

Ya no lanza destellos de luz?....

¡Ah! quien sabe, cualquiera diría

Que el arcángel fatal de la muerte  
La garganta la oprime é inerte  
Ya la envuelve en su negro capuz;  
Y á su acento los ángeles bajan  
Derramando purísimo lloro,  
Y entre nubes de nácar y oro  
Transformada en celeste querub,  
Se la llevan al cielo....

Qué tal, queridísimas lectoras, ¿no os parece divino, encantador, edificante y sublime este desenlace romántico? ¿No es verdad que puesto en escena seria muy bonito? ¿No es verdad que deja en el alma una impresion saludable de terror, y que hierre fuertemente el corazón, y lo predispone á la virtud, y despierta el horror al vicio? etc. He imitado servilmente á los grandes maestros y no he escaseado ni las situaciones trágicas, ni los golpes teatrales, ni las frases de efecto. He tratado de plegarme al gusto dominante, siguiendo el consejo de Lope en su arte nuevo de hacer comedias;

Porque como las paga el vulgo, es justo,  
Hablarle en necio para darle gusto:

y doy por concluido mi trabajo para los partidarios de tales preciosidades; finaliza la parte romántica y continua la clásica. Ahora me acuerdo que mis héroes no se han confesado, y no quiero que se vayan al infierno.

No te maravilles por eso, lector carísimo, si despues de las atrocidades que acabas de leer, te digo que don Juan, el mismo que se habia dado un tiro, entró sano y salvo, seguido de su fiel esclavo (el que se fué para matarse); y se detuvo ante el camapé donde estaba su esposa en la situacion que he pintado mas arriba.

Tampoco te asombres si le ves llorar, tomar sus manos, y besárselas con pasion, lo mismo que sus mejillas y su seno.

¡Ah! no te asombres, estaba convencido, no le quedaba la menor duda, que ni el rey ni el marqués habian profanado su belleza.

—¿Y cómo lo supo en tan corto espacio? preguntará.

¡Señor lector, mas cachaza,  
Señor lector, mas paciencial (4)

A su debido tiempo se le dirá á vd. Ahora sepa vd., para su gobierno que don Juan cargó á Emirene, Yuca al marqués, y juntos se dirigieron al jardín, donde habia dos coches, en los cuales se metieron el amo y el criado, cada uno con su presa, y se encaminaron por distinto rumbo, el primero al convento de... y el segundo á la casa de campo.

## CAPITULO VII.

### Una leccioncita.

#### PRIMERA PARTE.

Han trascurrido treinta y seis horas desde el momento en que se retiró el marqués al despacho á tomar mate con su amigo.

Son las doce de la mañana del 26 de junio de 1798.

Esplende el sol en su mayor altura  
Cual vencedor en su triunfante coche (2).

El día está plácido y sereno, tibia y despejada la atmósfera, alegre y risueña la naturaleza....

Dije que el carruaje en que se metió Yuca con el marqués enderezó el rumbo hácia la casa de campo.

En la casa de campo estamos ahora, en el mirador que es una pieza cuadrilátera aislada é independiente, alhajada y dispuesta como habian determinado don Juan y su suegro, aquella mañana en que por poco perece el primero á manos del torpe cazador de ladrones.

Al sonar la última campanada que marcaba el medio día, un hombre que se encontraba en esta pieza, abría perezosamente los ojos y se los estregaba en seguida, como quien ve visiones, incorporándose rápidamente en su lecho de nueva invencion.

Este hombre era nuestro querido y respetable amigo, el excelentísimo señor don Eduardo Carlos María de Tedarra IX marqués de Araure.

El lecho era una tumba circundada de candelabros y cubierta con un paño mortuario.

Paseó en torno el resucitado una mirada de espanto y á nadie divisó: llevóse las manos á la cara y á la cabeza tentándose las, hízose en un espejo de cuerpo entero colocado á propósito enfrente del túmulo, y un grito tremendo de ira, parecido al rugido de un leon, dilató su pecho y retumbó en los ángulos del aposento como el sordo estampido de un trueno.

¡Estaba amortajado, y le habian rapado á navaja la cabeza, la barba, el bigote y hasta las cejas!

¡Horrible burla!

Dos veces se acercó al espejo con uno de los velones de cera que ardian en los candelabros, y dos veces retrocedió, dudó de sí mismo y de lo que veia; dos veces se escapó de sus labios una blasfemia y una maldicion espantosa, y á la tercera rompió el cristal de un

(1) Abenamar. Las ligas.

(2) Iudarte—Elegía á N. Varela.

puñetazo, y corrió desatentado y furioso á abrir la ventana, porque le ahogaba la cólera, le parecia que habian enterrado vivo, y necesitaba respirar el aire libre para no morir de una sofocacion.

Pero en vano tendió en varias direcciones su anhelosa mirada, al través del enrejado de alambres que cubria la ventana; sola vió los árboles de la quinta allá á lo lejos el delicioso valle, donde se estiende opulenta Lima, reflejando, como una sirena sus cantos en la clara superficie de una fuente, sus blancos edificios, sus almenados baluartes ó graciosas colonas, en las aguas del Rimac, que serpea y corre prisionero entre franjas de verdura como un pececillo en una red de plata.

Cogido con ambas manos de las dobles rejas que le separaban del espacio que devoraba con la vista creyó por un instante el de Araure que estaba loco soñaba. Zumbáronle los oídos, los objetos se borrarán de sus ojos, sintió vacilar la tierra bajo su planta, convulsivamente, sin saber lo que hacia, sacudió todas sus fuerzas los hierros de su prision, exhalando un confuso y prolongado alarido imposible de pintar.

Convencido al punto de su impotencia por el dolor que experimentaba al intentar romper con su débil mano un metal mil veces mas duro que sus músculos se alejó de la ventana y trató de ver si podria escaparse por otra parte.

¡Empeño inútil! los que se habian encargado de su nuevo alojamiento, habian sabido convertirle en una verdadera cárcel. La puerta, ademas de ser muy sólida, tenia por la parte de afuera la cerradura, los pasadores, un cerrojo y un candado de hierro. Solamente echándola abajo con una hacha era posible abrirse camino por allí.

Buscó alguna herramienta ú objeto que hiciera las veces de tal, pero ni siquiera un mal cuchillo encontró para degollarse en un buen rato de buen humor.

Solo reparó en el muro una enorme cadena inextricable en él recientemente, sin duda con el piadoso fin de amarrar por un pie ó la cintura, á guisa de mono, al huésped que esperaban los pacíficos moradores de aquel antro inquisitorial.

Todo el ajuar de la habitacion se reducía á dos mugrientas sillas de paja sacadas de la cocina probablemente; á una mesita de pino nada limpia; á un taburete cojo y manco de la época de Wamba, que servia de lavatorio con una palanca blanca rota y un jarro de hoja de lata sin asa; á un catrecito muy decente y nada profano, con un colchoncito que parecia de hospital, y un jergoncito y dos almohaditas á quienes el jabon no habia visitado hacia algun tiempo, y para complemento de tan lisonjero cuadro, el espejo fracturado, la tumba y los blandones funerarios....

La vista de este rico mueblage asiático, modelo de buen gusto y limpieza, acabó de encender la bilis al ilustre prisionero, al hombre á la moda, al que tenia la casa mejor alhajada de Lima, ciudad que como nadie ignora, puede competir en magnificencia, lujo y elegancia con las primeras del mundo.

No seria fácil determinar si su disgusto nacia de verse eclipsado por otra persona de mas gusto que él ó del sentimiento de no poseer aquel completo y riquísimo ajuar; pues no era de presumir que su dignidad quisiera deshacerse de semejante preciosidad.

En el cajon de la mesa encontró la caja de carton y la carta que le diera don Juan la noche antepenúltima, la cual habia sido substituida por otra escrita posteriormente, á consecuencia de las inesperadas adquisiciones que hiciera el hidalgo al vestirse la ropa de su amigo.

Entonces el marqués evocando sus recuerdos, fue poco á poco coordinando sus ideas, y adivinó la verdad antes de abrir la epistola de su ex-amigo.

He aqui su contenido.

Mi querido Eduardo.

«Yo soy un buen hombre como dice el mundo, y por eso todos se creen autorizados para abusar de mi bondad y engañarme, creyendome tonto.

Tú eres un hombre de talento, un jóven apreciable, adornado con todas las buenas cualidades necesarias para brillar y ocupar en la sociedad el lugar mas distinguido.

Para tí no hay nada sagrado, y las leyes son ineficaces para castigarte.

Me has inferido el ultraje mas grande que se puede hacer á un hombre: has atentado contra mi honor, has altrajado á mi esposa: has querido robarme mi felicidad.

Eres un hombre temible y perjudicial á la sociedad. He debido imponerte un castigo proporcionado á la grandeza de las ofensas que te has hecho á ella, Emirene, y á mí.

Si solo hubiera escuchado la voz de mi venganza ya no existirías; el recuerdo de tu padre ha desarmado mi brazo. Me he contentado con adormecerte con un narcótico deseido en una mate. No, no seré quien te dé la muerte, aunque podria entregar tu cabeza al verdugo; pero en cambio no volverás á recobrar tu libertad en mucho tiempo.

Dentro de poco te atarán á la pared con una cadena que encontrarás pronta en tu nueva habitacion y no saldrás de ahí hasta que yo me muera.

Tengo tomadas mis precauciones para que tu desparicion quede enyuelta en el mas impenetrable secreto.

Solo un sincero arrepentimiento, manifestado por la más dócil y completa obediencia á las órdenes de Yuca, que en caso de resistencia te obligará á la fuerza á hacer lo que te mande, podrá tal vez mitigar la sentencia fulminada contra tí, y acortar el plazo de tu cautiverio.

Tú conoces mi carácter, y sabes que no retrocedo ante consideración alguna, ni desisto nunca de las resoluciones que he tomado á sangre fría.

He resuelto darte una leccioncita que se grabe para siempre en tu memoria.

Es preciso que espies de algun modo las desgracias que has ocasionado; es preciso que yo venga á todos los maridos que has ofendido, á todas las mujeres que has deshonrado, á todas las madres y padres que has burlado....

Dios que es justo, Eduardo, Dios que consiente pero no para siempre, ha puesto en mi mano las cartas que te escriben los extranjeros y los conspiradores de Venezuela, las he encontrado en los bolsillos de tu casaca junto con las de mi esposa y otros papeles, que te llevarian al patíbulo, si los entregase á las autoridades del rey nuestro amo.

Eres reo de lesa magestad y de alta traicion, y bien sabes que en todos tiempos estos delitos se han castigado con el mayor rigor.

Por mas ilustre que sea tu cuna, no habria piedad para tí, desgraciado! como no la hubo para el mulato Andresote, Leon, Tupac-Amaru, España, Rico, Gual, y sus cómplices. Tus bienes serian confiscados, la maza del verdugo romperia en la plaza el esclavido bison de tus antepasados, y tu cabeza, colocada en una piqueta infamante, serviria de escarmiento á los locos que quisieran imitarte.

Ya ves que no soy tan malo, cuando pudiendo sin trabajo ni riesgo, deshacerme de tí, prefiero darte lugar á que te arropias de tus extravíos, y saques algun provecho de esta paternal leccioncita.

Resignate ó implora la misericordia de Dios, que es infinita, y si tu soberbia no te lo permite, en esa caja encontrarás un presente que te hago en cambio de tu precioso solitario, que pienso regalar á Emirene para que se acuerde de tí.

Espero que girarás una letra á favor de Arturo por valor de las doscientas onzas que has perdido.... obra en mi poder el billete escrito con lápiz que te dirigí esta mañana, recordándote la apuesta, y como creo que le contestarías en sentido afirmativo, me interesa que le desengañes y que la verdad quede en su lugar. Se ha de dar al César lo que es del César.

Yuca tiene mis instrucciones, y él obrará en consecuencia. Te aconsejo como buen amigo que no te resistas.

Adios, recibe los afectuosos recuerdos de Emirene, y el particular afecto de este tu atento, afectísimo amigo, que solo anhela darte una leccioncita.

SERRELAR Y VILLAYIGENCIO.®

Mas de una vez habia Tendarra interrumpido la lectura de esta singular misiva, para desatarse en improperios y maldiciones contra el que la escribió. Al insulto se unia el sarcasmo, la burla, el desprecio, la amenaza; y para mayor tormento todavia tenia que agradecer á don Juan la generosidad de limitar su venganza, cuando impunemente podia deshacerse de él: todavia veia forzado á reconocer la nobleza de su adversario, que siendo español y teniendo agravios muy crueles que vengar, ahogaba su resentimiento y no le delataba.

Tomó el marqués la caja de carton, y rompió la cubierta, despues de leer el sobre que decia:

#### CONSUELO DE UN TRISTE.

Fé, esperanza y caridad.

La caja contenia un cordel muy bien enrollado á propósito para atarlo de la ventana y ahorcarse.

De buena gana lo hubiera hecho asi el de Araure, pero el valor lo mismo que el miedo, los celos, el apetito y todas las sensaciones internas, la memoria y la sensibilidad no es cosa que siempre está sujeta á nuestra soberana voluntad (que habia de pertenecer al género femenino para no ser caprichosa). Cada uno tiene la dosis que le ha dado la naturaleza, y en determinados casos y circunstancias le falta ó le sobra. Puede un hombre ser muy bravo para matar á otros, como por ejemplo (iba á decir, los médicos; pero veo que es una necedad y una calumnia, y no lo pongo: buscaré otra comparacion): como por ejemplo los bandoleros y espadachines; y ese mismo hombre sin que sea menos valiente puede carecer de bastante entereza para suicidarse. Se han visto soldados que eran leones en el campo de batalla, temblar como unos niños al presenciar la amputacion de una pierna ó brazo hecha á un compañero suyo. Nada mas frecuente que encontrar algunas palomas sin hiel (vulgo mandrias) entre esos que parecen animales, segun se lanzan al circo á desafiar intrépidos la muerte mil veces en una hora, lidiando con bestias que, si no fuera otra inoportuna y estúpida comparacion, con sus ribetes de subversiva, diria que se asemejan á los maridos, ya por su mansedumbre, ya por lo que bufan, ya por las bandedillas que aguantan, ya por las protuberancias de los huesos frontales, ya por otra circunstancia que no recuerdo....

Se deduce de lo espuesto, que el marqués no queria ni se sentia en disposicion de imitar el ejemplo de

aquella milady del distico. Cuando mas implacable y adversa le oprimia la desgracia entre sus garras con mas empeño él se apeaba á la vida: sin duda porque, como dijo un ilustre trovador,

..... life 's strange principle will often lie,  
Deapest in those who long the most to die.

Don Juan, burlando su vanidad, arrebatándole su ventura, condenándole á un suplicio afrentoso, le ponía en la imposibilidad de vengarse, en la hipótesis muy difícil por cierto, de que se viera libre. Acaso las condiciones que iba á imponerle serian tan duras para él, que mas valdria acabar de una vez y no darle la satisfaccion de gozarse en su agonía. Acaso las privaciones y la tristeza de verse cautivo le llevarian á la tumba prematuramente.... y sin embargo, arrojó con desden la cuerda lejos de sí, y se estremeció á la idea de destruirse á sí mismo.

El instinto de conservacion y una vaga esperanza de apiadar al ofendido esposo, aparentando resignarse y si era preciso hasta implorando misericordia, sin renunciar por eso á su venganza, aunque tuviese que aplazarla para dentro de ocho ó diez años, le sirvieron de pretexto para disculpar su cobardía.

Haré todo lo que quieran, se dijo, puesto que no me queda otro remedio; y ya que aqui es inútil la fuerza emplearé la astucia.... veré si puedo corromper á mis guardianes.... con el oro todo se consigue.... ¡Ah! ¡no me acordaba!.... mi carcelero será ese infame negro, que me ha engañado como una criatura y me ha vendido.... ¿Qué haré, Dios mio? ¡ilumíname en este infierno, porque mi razon se estravia y ahora mas que nunca la necesito.

Por la primera vez de su vida inclinó el marqués su altiva frente, anonadado bajo el peso del infortunio, y por la vez primera se acordó de Dios y le invocó con sinceridad. Nada quebranta tanto al mas indomable carácter como el conocimiento de su impotencia para vencer los obstáculos que le rodean. ¿Quién no cede al desaliento cuando no encuentra á quien volver los ojos, y si lo presente es triste mas lóbrego vislumbra el porvenir?

Cruzó Tendarra los brazos y dejó caer la cabeza sobre el pecho como un hombre desesperado.

Confusas, contradictorias, anárquicas afluyeron en tropel las ideas á su frente y absorto en ellas, permaneció inmóvil en esa postura cerca de una hora, clavados los ojos en tierra, fruncidas las cejas y agitados los labios por un ligero temblor nervioso que á intervalos hacia dilatar y comprimir su boca.

Ruido de cercanos pasos y áspero rechinamiento de llaves y cerrojos, le despertaron de su enagenacion.

La ferrada puerta giró sobre sus goznes y dió paso á la figura atlética de Yuca.

La puerta se cerró por sí sola, merced á un resorte que tenia por la parte de afuera.

El esclavo traía en la siniestra mano un pequeño escritorio, y en la diestra cierto fragmento toruno cuyo nombre técnico se me ha olvidado.

Colocó el primero sobre la mesita de pino nada limpia, y con un gesto imperativo dijo al marqués:

—Séntaos á escribir.

Chocó sobremañera al orgulloso prisionero tan brusco mandato emitido por un esclavo, y se quedó atónito mirándole, pasmado de tamaña insolencia.

—¡Séntaos á escribir señor marqués! repitió él con mas aspereza.

—¡No quiero! contestó el de Araure volviéndole la espalda con desprecio.

—Séntaos á escribir, señor mio, dijo el negro por tercera y última vez blandiendo su formidable zurriago en señal de amenaza.

—¡Pega si te atreves! gritó el interpelado creyendo que no se propararia á semejante desacato.

Pero se equivocó: el látigo dirigido por un brazo hercúleo, silbó sobre su cabeza y cayó sobre su hombro izquierdo doblándose la punta y cogiendo parte de la espalda.

Lanzó Tendarra un ¡ay! profundo y doloroso é inclinó hácia un lado el cuerpo, como si una poderosa mano invisible hubiera hecho laquear sus rodillas; ó como se repliega el tigre sobre los pies traseros antes de precipitarse sobre su presa.

Su sangre generosa no se desmintió; todavia bajo la impresion del dolor, desarmado como estaba, atropelló audazmente al agresor con intencion de darle una bofetada.

Yuca le cogió por el cuello de la mortaja, le levantó en peso y lo arrojó á diez pasos de distancia, lo mismo que si fuera una pluma u otro objeto insignificante.

—¡Hola! ¿creisteis que era broma? añadió: ¡cuidado! no me obliguéis á trataros como á un loco. Haced lo que os digo: contra la fuerza no hay resistencia. Que vos pretendais luchar conmigo, es tan ridiculo como si un perrillo faldero quisiera habérselas con un león.

El agraviado, trémulo de cólera é indignacion, miraba á su alrededor como buscando un arma que supliese la debilidad de sus brazos.

El negro se sonrió.

—Aunque tuviérais un puñal ó una espada, os desarmaria como os desarmé en el pabellon. Vamos.... obedeced. Cuanto mas reacio os mostréis, mas tiempo tardareis en recobrar vuestra libertad.

El marqués pareció reflexionar: con su genio irascible y fogoso se habia olvidado de su primer propósi-

to. Las últimas palabras del esclavo se lo recordaron.

Sentóse, abrió el escritorio, cogió un pliego, mojó la pluma en tinta, y siempre con la misma altanería y arrogancia, le preguntó:

—¿Qué he de escribir?

—Una carta á vuestro mayordomo, participándole que por graves motivos habeis tenido que apresurar vuestro viage en compañía de otro amigo; que esto lo reserve á todos, y les diga que lo habeis realizado en la forma y modo que teniais dispuesto; que toda vuestra correspondencia, tanto la que os dirijan de otros puntos como la de Lima, la ponga en manos de mi amo, y que busque entre vuestros papeles las cartas de mi señora que conservais aun, y me las entregue á mí. Vos sabreis darle las señas convenientes para que no las equivoque con otras.

Mordiase los labios el burlado amante y apretaba convulsivamente la pluma que tenia en la mano: jamás se imaginó que fuera don Juan capaz de urdir una trama tan bien combinada: pero nada dijo, y se puso á escribir literalmente lo que acababan de explicarle.

Cuando hubo concluido presentó el papel á Yuca, y notó con gran sorpresa que el negro se lo leia en alta voz.

—¡Perfectamente! exclamó este, ahora solo falta que le pongais una postdata.

—¿Postdata? ¿y para qué?

—Para satisfacer una deuda de honor.

—¡Ah! ya caigo.... ¿las doscientas onzas de mi apuesta?

—Pues.

Añadió cuatro renglones y devolvióle la carta.

—Mañana, continuó Yuca, os remacharé esa cadena; hoy por ser el primer día os dejo en plena libertad.... para pasearos de una pared á otra. Ahora voy á servirlos la comida, que no será tan espléndida como la de vuestro palacio, pero sí mas sana y de mas fácil digestion. Debeis tener apetito....

El marqués respondió con un gesto desdénoso.

—¿No? pues yo lo ereí asi, porque habeis dormido treinta y seis horas poco mas ó menos.

La comida correspondió á los muelles, y esto me ahorra entrar en mas detalles. No quiero atentar contra el estómago de mis lectores.

A pesar del hambre espantoso que le acosaba, el primer día no la probó el prisionero: al segundo no pudo resistir y embistió con la alcudilla de sopas y el pan de centeno: ¿y creerán vds. que los encontró deliciosos?

Al ver su resignacion, Yuca, cumpliendo con las instrucciones de su amo, no llevó á cabo la amenaza de remacharle la cadena; pero no le proporcionó libros, ni papel, ni plumas, ni nada de lo que él le pedia para distraerse. Quería el castellano que sintiese el tiempo pesar á plomo sobre su corazon como una eternidad.

Los primeros dias se distrajo mirando desde la ventana el campo, los árboles, la ciudad lejana que blanqueaba en el horizonte como un témpano de hielo flotando sobre las aguas. Se levantaba con la aurora para ver las primeras luces de la mañana y el nacimiento del sol. Por la tarde se entretenia en observar los matices imperceptibles que absorben los rayos del astro rey y entoldan el cielo á la aproximacion del crépusculo, que avanza por occidente como un pájaro gigantesco, como el Roa de los cuentos árabes, extendiendo del Mediodia al Septentrion sus negras y pavososas alas, cual si quisiera abarcar al mundo con ellas y llevárselo de presa á sus hijuelos.... Luego la noche con su manto de estrellas,

Lámparas de la tierra perczosa,

Que se ha dormido en paz debajo de ellas (1);

y la calma y silencio que suceden al tumulto del dia, le proporcionaban algunos instantes de solaz.

Mas ¡ay! pronto la uniformidad y monotonía de estas emociones gastó el placer que le ocasionaban al principio, y cayó en una negra melancolía que nada alcanzaba á disipar.

Su malogrado amor brotó en su pecho mas intenso y vehemente. Obligado á pensar en algo para no consumirse de tedio, todas sus ideas y pensamientos le traian á la memoria el recuerdo de la divina criolla: en las altas horas de la noche cuando huía el sueño de sus párpados y el insomnio hacia latir las arterias de su frente y le comunicaba su ardor febril; en las no menos pesadas y enojosas del dia, cuando fatigado de cruzar dos ó tres mil veces el pequeño espacio que mediaba entre la ventana y las paredes de su prision, poseído de mortal tristeza se dejaba caer sobre su duro y huérfano lecho. A la bulliciosa claridad del sol, en el misterioso silencio de la sombra, ó al tibio fulgor de la luna, siempre encontraba un irresistible encanto en adormecerse con las dulces y voluptuosas imágenes que evocaba el recuerdo de aquella houri celestial....

Su vista, mas lucida que la de los magnetizados, salvaba el espacio y la seguia por todas partes, como á un criminal la sombra de su víctima. Tan pronto la veia en la sala de su casa, en el jardin, ó en su gabinete, como en la tertulia de la condesa, en el palacio del virey, en los paseos, en el teatro, en las iglesias, en todos los parages donde en dias mas felices pudo embriagarse con sus angélicas miradas y alentar una

(1) Zorrilla.—Indecision.

esperanza demasiado bella para que se realizase en la tierra.

La exaltación de sus sentidos producía una embriaguez, una especie de arrobamiento parecido al que experimentan los musulmanes con el uso del opio.

A fuerza de pensar en Emirene, su brutal instinto cambió en una idea fija, en una verdadera pasión, que absorbía todas las facultades de su alma.

Efecto de ella, de la soledad, de sus reflexiones y de la incertidumbre de su suerte, ó de todas estas cosas reunidas, el joven disoluto, el calavera desenfrenado empezó á meditar sobre su vida, y si no la encontró criminal en su concepto, juzgó que era sobrado digna de reprobación. Pasó en revista sus principales episodios, y dijo poco mas ó menos, lo que aquel poeta loco que se enamoró de la muger de su amigo, y cometió la sandez de dejarse matar por el marido de una de sus queridas,

#### Perdí la luz de mis días

En ilusiones pueriles,  
De mis horas juveniles,  
Tengo solo... una pasión.  
Y esa pasión imposible,  
Ese pensamiento eterno,  
Me pesan como un infierno  
A plomo en el corazón (1).

¡Incomprensibles juicios de Dios! Eduardo se había burlado, había profanado cuanto bello, grande y sublime encierra el amor, y un amor sin esperanza, indomable, devorador, era el castigo que le imponía la justicia divina!

Así se pasaron seis meses, en los cuales leyó algunas páginas del libro de la vida, y aprendió algo meditando. Intentó ganar á Yuca ofreciéndole la mitad de su fortuna, pero el negro le contestó irónicamente que si volvía á tocarle este punto le ataría á la cadena por temor de que pretendiese escaparse, seduciendo á las paredes y á las puertas.

El 1.º de enero de 1790, cumpleaños de Emirene, dió una amnistía... Lector, me llaman á comer, perdona; luego continuaremos hablando. Ahora no oigo, ni veo ni escucho, ni entiendo nada. ¡Voy á comer! Au revoir. (Se concluirá.)

## CARACTERES Y NARRACIONES.

### LA ACTRIZ.

#### III.

Al día siguiente á la hora convenida, se presentó miss Jane en el taller del artista, acompañada del lord Damville; á pesar de este contratiempo le pareció á William muy corto el tiempo; gozaba infinito placer contemplando las bellas facciones del rostro que copiaba; le hechizaba el talento de la actriz, á pesar de no ser ni aventajado ni profundo, y también le sorprendía no encontrar en su conversacion unos afectos mas vivos, mas originales de los que le sugería el arte que tan maravillosamente ejercía. Sin embargo, le agradaba la increíble facilidad con que comprendía las cosas; en punto al arte de gradar y coquetear era sublime: ¡cuán pequeña parecía Colmena si se comparaba con Jane! sin dificultad se adivinaba que esta dirigía sus tiros al corazón, cual certero indio cuando caza los tigres; los perseguía con encarnizado ardor, los acosaba de cerca hasta verlos caer mortalmente heridos. Simpton se mantenía firme contra sus mas mortíferas miradas, aunque no dejaba de sentir en su alma ciertos síntomas alarmantes.

Luego que hubo marchado miss Jane, Peter Croogh, que había tenido permiso para asistir á esta primera sesión, percibió un pañuelo en el sillón que acababa de dejar la actriz; era uno de esos pañuelos de muger, perfumados y guarnecidos de encage, hechos únicamente, al parecer, para enjugar las fingidas lágrimas que escitan el sentimiento, ó tal vez el placer. El antiguo director de teatros se lanza y apodera de tan precioso objeto; lo llena de besos, y se dispone á ocultarlo en su pecho, es decir, entre su ancho chaleco de paño color castaño, y otro interior de bayeta amarilla. Lo advierte Simpton, se lo arranca con violencia: «Querido amigo, le dice, quiero devolver mañana mismo á miss Jane su olvidado pañuelo, yo que tengo la dicha de no estar, como vos, entre las garras del amor, no quiero se me crea enamorado, y sobre todo no quiero parecerme á esos imbéciles que una cinta, una flor los estasia y hace enloquecer.»

El pobre ex-director no replicó, bajó la cabeza y salió del taller abandonando la apetecida prenda.

Cuando Simpton se vió solo, cogió á su vez el pañuelo que había cogido en el caballete, y se puso á considerarlo atentamente, buscando en él alguna emanación de la hechicera criatura que de momento en momento lo iba envolviendo en una atmósfera de fuego; al cabo lo arrojó á sus labios maquinalmente, y poco despues, como embriagado, lo cubría de ardientes besos. Avergonzado de su debilidad, arrojó cólerico el misterioso pañuelo sobre el sillón de donde lo había cogido Peter, y sale al jardín á echar un cigar-

ro. Bravo medio á los 25 años, y cuando se siente un manco inclinado á enamorarse, salir al jardín para fumar un cigarrillo.

A la mañana siguiente, por un cálculo de refinada coquetería, se manifestó miss Jane menos halagüeña: dejó que Damville disertase á discreción sobre el arte dramático; mas no obstante, de vez en cuando dejaba percibir el fastidio que le causaba el incansable orador con un pequeño bostezo acompañado de una ardiente y significativa mirada llena de encantos y esperanzas para el joven William.

Otro día fué acompañada del apuesto duque de Norfolk, y al inmediato de un presuntuoso estadista que se jactaba de ser afortunado con el bello sexo. La actriz se portaba siempre como coqueta de profesión, dirigiendo á todos miradas llenas de esperanzas y palabras cariñosas. Por fin llegó el día último de su ida al taller del artista y esta vez se presentó sin acompañante.

Cuando se encuentra uno á solas y por la vez primera con una bella por la que siente un vivo interés, y hasta entonces no ha podido manifestarla su amor, experimenta su pecho una sensación de esperanza y alegría, la mas violenta está á su lado, puede al fin hablarla sin testigos, su corazón se dilata, nada impide que su imaginación remonte el vuelo al cielo del placer, y sin embargo, tal vez el cruel destino sugiere al idolo de su cariño la idea de cortarle las alas. William Simpton en aquel momento olvidando todos sus propósitos de reserva, no viendo delante de sí sino una joven hermosa, seductora y agraciada, esclamó con acento conmovido acompañado de una fogosa mirada.

—¡Qué feliz soy, pues al fin tengo la dicha de veros sin compañía, y sin que venga á vuestro lado Damville!

—Me ha sido muy sensible, contestó miss Jane, con acento glacial, que el lord Damville no haya podido acompañarme hoy, tiene dedicada la mañana á sus tareas literarias.

¡Ah! lord Damville, repuso Simpton con tono picado é irónico, ¿se ocupa acaso en alguna producción científica? muchos habrá que se alegren, miss, porque tiene numerosos enemigos á pesar de gloriarse él de que merecen la aceptación pública todos sus escritos.

—Si, señor William, enemigos de su talento que han conseguido estraviar la opinion pública acerca del mérito, á mi parecer incontestable de sus obras: yo amo, estimo mucho al lord Damville, Mr. Simpton, y lo encuentro tan superior en inteligencia como bondad abriga su corazón.

—A fé mia, miss, replicó Simpton, como hombre decidido á echar el resto, y jugar el todo por el todo, que si él es bondadoso no lo sois vos en este momento, si no es con algun fin particular, ó mas bien con intencion dañada de hacerme desesperar; no decís de lord Damville lo que pensais ni jamás habeis pensado: tal vez será un sugeto muy honrado, apreciable y de trato muy fino, pero sabeis muy bien que es un necio, un tonto... si, un tonto, lo he dicho y lo sostengo. Lo que digo yo ahora con la boca, lo expresasteis vos claramente el otro día con vuestras miradas y bostezos mientras que el noble lord disertaba sobre Shakespeare: decidme, pues, miss Jane, confesad de buena fé, que jamás habeis amado á ningun hombre, mas no pretendais hacerme creer que amais á Damville.

—Tenéis razon, contestó la actriz cambiando de repente de tono y de lenguaje, jamás he amado ni amaré á nadie, Mr. Simpton: conozco muy bien al lord Damville y sé que me fastidiaria como ha fastidiado á todos sus amigos y queridas, á ser posible que me interesase mas por él que por otro cualquiera: mas esto no es posible, y tened entendido amigo mio, que yo por naturaleza soy insensible, no obstante las demostraciones apasionadas que creéis haber advertido en mí, con las que pretendéis engañarnos á vos mismo á pesar de vuestra penetracion. Si en mi pecho ha ardido alguna llama, en el día solo restan las cenizas: en mi corazón solo existe el vacío. Bostezo por costumbre cuando me fastidia alguna cosa, y rio cuando hay motivo para ello: por lo demas fastidio, alegría, agrado, son para mi voces que nada significan, ó al menos que no conmueven mi corazón. Otros sugetos hay que inspirándome aun menos interés me causan disgustos increíbles: estos son los que sin cesar me están hablando de su amor, su ternura y pasión: amo ardentemente mi profesion, creo amar alguna cosa al público, pero Mr. Simpton, añadió con la sonrisa propia de un Memphis con zagalejo, nunca he amado, ni jamás amaré á esos hombres que creen neciamente que con postrarse á mis pies se persuaden que con esta demostracion van á abrir las puertas de un mundo encantado y desconocido: ¡es tan viejo, tan poco misterioso el amor!

Miss Jane en este momento tenia indecible placer en representar el papel de alma desahrida, desengañada y llena de amargura que tanto lisongea á ciertos espíritus desde que se inauguraron las pesadas chanzas, é infernales lamentaciones de Goette y Biron.

Probablemente iba á mudar de estilo y accion cuando se presentó lord Damville: en su semblante y reposado continente se pintaban la tranquilidad y satisfaccion interior que no le abandonaban ni un solo instante. Besó la mano de miss Jane con una gracia inimitable, hizo el correspondiente saludo á William, tomó asiento y principió á perorar con el aplomo y seguridad de un hombre que está satisfecho de sí mismo y persuadido de que va á agrandar un denso velo triste y sombrío oscureció la frente de la actriz: Simpton quedó pensativo; el busto estaba concluido, y era este el último día de la reunion.

—Mañana, Mr. Simpton, dijo la actriz despidiéndose del artista, espondré vuestra obra en mi salon, y pasado mañana espero iréis á verme en mi aposento; escusadme si en este momento no os manifiesto mi reconocimiento y admiracion: ¡estoy tan cansada!... ¡sufrí horriblemente!

—Habis terminado, Mr. Simpton, una obra maestra, preciosísima, continuó lord Damville, con el acento solemne de un marido que toma la palabra á nombre de toda la familia, y está seguro que miss Jane aprecia en su justo valor lo mismo que yo, vuestro raro talento; mas en calidad de muger y de artista se abroga el derecho de ser un poco susceptible, volteriana y aun caprichosa: es una verdadera sensitiva.

El erudito lord terminó su cumplido con esta poética comparacion tan brillante como nueva, asomándose á sus labios una sonrisa en prueba de lo satisfecho que quedaba por tan feliz ocurrencia.

—Todo artista, contestó William lanzando á miss Jane una ardiente y melancólica mirada, experimenta un verdadero pesar al separarse de la obra que ha concluido; yo en especial tengo doble motivo para afligirme, porque no es solamente del busto del que me separo.

—¡Ah! Mr. Simpton, añadió con bondad Damville, yo espero que no por eso han de romperse las gratas relaciones que se han establecido entre nosotros de unos días á esta parte.

Y diciendo esto hizo una seña á Jane para que dijese alguna cosa agradable al escultor; empero la misteriosa criatura bajaba la cabeza, su único placer consistia en no desplegar los labios, porque bien sabia ella que este silencio obstinado y extraño era mucho mas elocuente para conmovér á William que cuantas alabanzas hubiera podido prodigarle. Sin embargo, al tiempo de marchar alargó la mano al artista impulsada como por un movimiento, mas sin proferir una palabra.

—¡Qué alma tan perversa! esclamó Simpton luego que quedó solo. ¡Cómo puede amarse á semejante muger!

Despues fijando la vista en el busto que acababa de concluir, y reflexionando en las sensaciones que había experimentado al tiempo de despedirse del mas hechicero y perfecto de todos los modelos, sintió, ¡cosa increíble! que sus ojos se bañaban de lágrimas. Atribuyólo á haberse acostado muy tarde la vispera, y haber trabajado con demasiado afán en la sesion de aquel día, y en fin á que tenia atacados los nervios.

#### IV.

No dejó William de ir aquella noche á Convent-Garden segun le había dicho miss Jane. Fué temprano y pudo ver los cinco actos del Hamlet: Jamás le había parecido Ophelia tan bella, tan encantadora como entonces. Estaba en pie, apoyado en la baranda de la orquesta cuando de repente le pareció que las miradas de la actriz buscaban y se encontraban con las suyas; todos los que han tenido relaciones con esta clase de gentes, que no son pocos, saben por experiencia el mágico, el increíble efecto que producen estas miradas que en medio de una escena, á vista de todo el público y desde el centro de la brillantez del teatro se dirigen furtivas y abrasadoras á fijarse en el objeto preferido. Simpton se sintió conmovido hasta lo mas profundo de su alma.

Concluida la pieza atraviesa con rápido paso los corredores y se presenta en el cuarto de miss Jane: estaba rodeada de una multitud de admiradores; pero no estaba lord Damville. La actriz le alargó la mano y le recibió con una sonrisa amable, aunque general, y apenas hubo tomado asiento, al parecer no volvió á acordarse de él: hablaba con lord Lionel de corridas de caballos, y en aquel momento el papel que se había propuesto desempeñar sin duda era el de una joven romántica, la mas frívola y atolondrada de cuantas bayan jamás atravesado las frondosas avenidas de Hyde-Park: sin duda un mismo desseo, un placer mismo inspiraba á la amable pareja: había dedicado aquella noche no á la fria política, sino á la bulliciosa flamante juventud, á mozalvetes y tímidos elegantes: despues de haber hablado largo rato de un desafío ocurrido en aquella mañana, despues de agotada la conversacion sobre caballos y corridas: todos los jóvenes hicieron ostentacion á medias palabras y retencias de su imperturbable valor y serenidad, con cierta sonrisita jactanciosa y disimulada, y aire fanfarroneo modestia que afectaron increíblemente al honrado y naturalmente valiente Simpton. Había caído en uno de esos estados de silencio que no se puede romper sino con sumo trabajo, porque es pone de hecho alejado y ageno de cuanto pasa á vuestro alrededor. Grandes deseos tenia de alejar: de aquel sitio; pero lo tenia como amarrado en su asiento ese poder invisible, misterioso que os encadena en ciertas situaciones incómodas; ademas, y esto es lo mas cierto, estaba retenido por no sé qué vaga esperanza ó secreto instinto. Miss Jane no le había dirigido ni una sola palabra lisonjera sobre el busto que aquella tarde debía haber sido necesariamente el objeto de todas las conversaciones: se le figuraba que esto encerraba algun misterio que deseaba aclarar á toda costa. Pero la principal causa que le movió á quedarse fué por gozar el placer de ver á miss Jane tan encantadora, tan irresistible con su atolondramiento y frivolidad, como interesante y hechicera cuando se espesaba con la gravedad ó exaltado entusiasmo que le era tan natural.

El lindo Lionel y sus amigos se retiraron temprano, porque estaban convidados aquella noche á cenar con un principillo alemán destronado que se consolaba de su desgracia bebiendo champagne; y se vengaba de la humanidad contrayendo deudas: los demás concurrentes fueron desfilando poco á poco.

Cuando quedó William solo junto á la actriz al espantoso bullicio que había resonado poco antes en el aposento siguió el mas profundo silencio; Miss Jane inclinada la cabeza hacia el pecho en ademán de estar profundamente pensativa dejaba ver á las ardientes miradas del artista con los alternados movimientos de su agitada respiración que delineaban las curvas de sus seductoras, un torneado cuello de alabastro sobre el que jugueteaban algunos cabellos que habían escapado al dominio del peine. Después de un breve silencio de repente alza la cabeza, fija en William una mirada deslumbradora con una expresión indefinible, no la mirada de una mujer coqueta y desenvuelta, sino la de la pura musa de Shakspeare pintada por Rafael: se pone en pié y dirigiéndose á Simpton:

—Sois un genio, le dice, vuestro busto es una obra maestra, un prodigio del arte, ayer todo el día lo he estado contemplando y admirando, ¿cómo pueden amar esos necios que estaban aquí ahora poco sino me conocen? ¿Vos sois el único que me habeis comprendido tal como soy, tal como deseo ser! dejad que os lo agradezca y os dé el premio.

Y con un movimiento inesperado y repentino imprimió un beso en la frente del artista con la mas irresistible y seductora de las gracias.

Simpton enagenado se apodera de las manos de la actriz, las lleva á sus ardientes labios y durante unos instantes solo respira su pecho llamas y perfumes. Luego que pudo hablar.

—Me engañabais anteayer, la dijo, porque veo no estais muerta á todos los sentimientos ardientes y generosos! vivis todavía....

—Sí, esta noche vivo para vos.

—Esta noche! exclamó William con apasionado acento, pero mañana.... ¿vivireis aun mañana para mí?

En este momento se oyó abrir la puerta, y pasos en el estrecho recibimiento del aposento en que pasaba esta escena.

—¿Dónde está lord Damville, dijo en voz baja la actriz; mañana á medio día id á mi casa, estaré sola.

Para no caer en falta con sus antiguas relaciones políticas, lord Damville se había visto precisado á asistir á un convite ministerial, y después concurrir al baile que daba un embajador. Venía vestido con traje de la mas rigurosa y severa etiqueta diplomática; ajustado corbatín, calzon corto, media de seda y charolados zapatos; pero William encontró en su apostura ese aire ridiculo indefinible que mueve á risa ó compasión á los amantes cuando ven volver al techo conflagrado á los maridos después de haber asistido á un besamanos. Sin embargo, Damville no era marido, y William estaba bien lejos todavía de ser el amante de miss Jane.

V.

Al día siguiente en el momento que se disponía Simpton á salir de casa para ir á la de miss Jane recibió este billete: «No vengais á medio día, querido, porque esta mañana tengo con precisión que salir con lord Damville: sed complaciente y venid á las seis á comer conmigo: tendremos á la mesa algunos sujetos de distinción que me agradecerán haberles proporcionado una compañía tan apreciable como la vuestra.»

Ni una sola palabra había en esta carta que no le causase de furor á William: en el momento mismo en que creía verse trasportado á las plácidas y apasionadas regiones de un mundo nuevo y encantador, veíase de nuevo precipitado en el sombrío valle de los empalagosos cumplidos y fría política, y en vez de una conferencia ardiente, tierna y á solas con su amada, se le hundaba á una reunión con sujetos distinguidos: esta última frase en especial le causó una cólera desesperada difícil de espresar.

—No! dijo para sí, jamás iré á tan detestada comida.

A pesar de tan heroica resolución, á las seis menos cuarto se dirigió nuestro artista á casa de la actriz. Al menos iba á verla, á leer tal vez en su semblante la explicación de su extraña conducta: la desesperación no le había quitado la vida, respiraba todavía, porque á la edad que tenía entonces William, tanto importa ser guerrero como artista para ambicionar un puesto distinguido entre los hombres, y sobre todo estar en buen lugar y desear vivir para el bello sexo.

En el elegante salón en que fue introducido William Simpton solo se hallaban el lord Damville y el duque de Norfort, dos de los distinguidos convidados que le había anunciado miss Jane. Por aquella vez había adoptado esta el porte mesurado y modales los mas adecuados á la solemnidad: su modo de espresarse era mesurado y apenas se permitía de vez en cuando alguna media sonrisa: no obstante bajo esta aparente reserva se percibía en su hermoso rostro con no sé qué de ardiente é impetuoso que no se ocultó á la penetración del recién venido.

Aquel día vestía un traje á la española: un velo negro caía graciosamente sobre sus rizados y rubios cabellos, prendida en ellos una rosa color de fuego, emblema de amores ardientes y sangrientos. Su garganta y espaldas apenas veladas con raras guarniciones de finísimos encajes aparecían hechicerisimas y

embriagaban los sentidos mas que el vino del Rhin bebido en copa romana: á su lado solo se respiraba amor y voluptuosidad.

Después de Simpton todavía llegaron otros dos convidados, eran estos un embajador austriaco príncipe de Nipperg, cuyo padre había sido uno de los sujetos mas sabios del último siglo, pero desgraciadamente había sido tan pródigo de su talento que á su muerte no dejó nada para su hijo: era el otro el duque de Penares grande de España de primera clase, poseedor de inmensas riquezas y aun mas inmenso embrutecimiento. Luego que tan ilustres personajes se hubieron presentado, se sentaron todos á la mesa.

A lo menos si el anciano príncipe Nipperg se hubiera contentado con comerse solo el caudal de talentos que debía heredar su hijo, pase: lo peor fué que le dejó deudas inmensas, y sin embargo el joven Nipperg por orgullo de familia y piedad filial quería portarse con las artistas y gentes de gran tono con la misma esplendidez y liberalidad que su padre: por lo general siempre estaba tronado y sin fondos, pero debe hacerse la justicia de creer que soportaba la pobreza con resignación, y aun puede decirse que ni aun la sospechaba.

Luego que supo que William Simpton era escultor, principió á hablar del arte, y se estasio encomiando las narices del Apolo de Belvedere: no hizo mas que adelantarse á lord Damville que iba á decir lo mismo: no hay duda que estos dos ingenios parecían nacidos el uno para lo otro; se entendían á las mil maravillas: el duque de Penares callaba, corría sin distraerse y bebía gravemente: entretanto la tristeza se iba apoderando del ánimo del escultor.

Por su ilustre apellido no era este inferior á ninguno de los comensales, y su talento lo colocaba en un lugar muy superior á todos ellos; pero no se avenía con las esterioridades del gran mundo, porque á decir verdad William no pertenecía á ninguno: si hubiera poseído castillos como su tío el marqués de Colbrige, tal vez hubiera habitado menos que él los de Oberon y Titania; pero careciendo de los gozes y esplendor de la vida real y positiva, daba libre curso á su imaginación para trasportarse en idea á la magnificencia y placeres de la vida imaginaria. De aquí dimanaba el fastidio y despecho febril que están condenados á sufrir los que van vagando por los dorados palacios que crea su fantasía, obsequiados por un lucido escuadrón de genios y hechiceras. ¡Cuán apasionadamente amaba y admiraba Simpton á aquel español (el conde de Villamediana), que incendió su palacio solo por abrazar á su dama. Pero Simpton no tenía un palacio para quemar. No obstante, en aquel momento vislumbraba que miss Jane lo sentía cuando menos tanto como él. Esta muger tan entusiasmada la noche anterior por los hechizos del arte y poesía, se abandonaba entonces á la mágica influencia del lujo y magnificencia del gran tono: con cierta sonrisa de reconvencción reprimía el aturdimiento de Norfort; con otra mas amable aprobaba los modales y finura del príncipe de Nipperg, y animaba el buen apetito del duque de Penares, que comía y bebía á las mil maravillas; únicamente dos eran los comensales de que no se ocupaba: el lord Damville, al que trataba como á marido, y á nuestro William Simpton, que al parecer jamás había estimado ni pensaba contarle en el número de sus amantes.

Después de la mas fastidiosa de todas las comidas, principió la mas enojosa de todas las soirées; el salón de miss Jane estaba aquella noche tan divertido y animado como el de un primer ministro; fueron presentándose ilustres y graves personajes, que recibía la actriz con los modales de la mas exagerada etiqueta; lord Damville estaba en sus glorias: William aburrido se marchó.

Luego que se vió en la calle y respiró el aire libre, no se lo creía; la noche de verano mas encantadora cubría la capital con un cielo verdaderamente italiano. ¡Cómo! decía para sí ¿será posible que dos ojos pérfidos que no me han manifestado amor ni aun el menor interés, impedirán que goce del magnífico espectáculo de esa inmensa bóveda celeste tachonada de resplandecientes estrellas, y que aspire la embalsamada brisa que me rodea? Sepulsemos en nuestro pecho la imagen de miss Jane, cubrámosla con una losa de recuerdos tristes y melancólicos como las flores del cementerio; ¡jamás volvamos á pensar en ella!

De pronto le ocurrió la idea de que lo mejor sería amar formalmente á una joven que frecuentaba hacia algun tiempo, y correspondía á su cariño.

Lady Blington, la querida de William, era una joven bastante amable, y mas que bastante hermosa, que siempre había amado las artes, y alguna que otra vez á algun artista. No era precisamente necia: grandes ojos azules con largas pestañas negras, que hubiera besado de bonísima gana nuestro Simpton; pero tenía la mas fastidiosa de las pretensiones: quería ser una Beatriz. Imprimía un poético y afectado ósculo en la frente del escultor: hablaba sin cesar de genio, talento, inspiraciones, y le exigía la escogiese para ser su musa. Para un carácter como el de William, que amaba sincera y apasionadamente su arte, eran inaguantables estos remilgos afectados y fingidos; había días en que lo ponía en el estado que á los perros el sonido de la trompeta; es decir, que le causaba violentos ataques de nervios.

No obstante, no sabiendo en qué emplear la noche, resolvió ir á arrostrar las frases inspiradas y el ósculo en la frente.

Encontré á lady Blington con un volumen de Lamartine en la mano, que leía en su propio idioma, porque se preciaba de literata por esencia. Luego que percibió á William le alargó la mano sin apartar la vista del libro, como si estuviese retenida por algun hechizo; á sus labios se asomó una sonrisa armoniosa y contemplativa.

«Y el amante y la amada sobre las alas del genio  
Con vuelo igual se remontan á la inmortalidad.»

declamó á media voz, como impelida del deseo de que participase de su viva emoción.

—William, dijo después de algunos instantes de silencio, durante el cual había cerrado lentamente el libro, ¿no es cierto que son hechicerisimos estos versos y que espresan los mas recónditos deseos del alma? ¿Hay pensamiento mas sublime, mas encantador, como presentar á la feliz pareja remontándose á la inmortalidad sobre las alas del genio? ¡ah! estos versos podrían inspiraros la composición de un grupo en que figurasen un poeta y su querida sobre un ángel radioso como un lucero, y desearia que aquel tuviese vuestro noble y agraciado semblante; tal vez os ocurriría dar á su compañera alguna de mis facciones: los dos estarian en actitud de lanzarse....

Al llegar aquí estalló la paciencia de Simpton.

—Cosa asaz ridícula seria, dijo interrumpiéndola, ver á dos seres cabalgando sobre un ángel: no soy entusiasta: los versos de Lamartine desgraciadamente envuelven ideas que ni el pincel ni el buril podrían ejecutar: la disposición en que se encuentra mi ánimo en este momento tal vez me obliga á ser poco indulgente: por lo demas os aseguro que esta noche no me cuida ni de genios ni de inmortalidad: deseo gozar de esta vida perecedera tal cual es, y disfrutar de ella ahora que no soy inmortal; cuando lo sea, querida lady, mis labios no podrán embriagarse con los irresistibles atractivos de esa mano torneada y hermosa....

Y con movimiento vivo y demasiado apasionado, porque aquella noche lady Blington estaba verdaderamente hermosa, se apoderó de la mano de su querida, porque se iba desvaneciendo su mal humor, mas esta se resistió tenazmente.

—¡Ah! Mr. William, exclamó, vos no me amais como deseo yo ser amada! ¡no me comprendéis, jamás me habeis comprendido!

—El caso es, milady, contestó Simpton despechado, que por ahora me parece imposible comprendernos: puede que los Angeles de Lamartine se me aparezcan en sueños y aclaren mi entendimiento, y entonces me encontrareis mañana menos grosero; entretanto me dais permiso para marcharme.

Y sin escuchar las quejas de la lady se plantó en la calle con acelerado paso.

—¡Ah! miss Jane, exclamó cuando se vió solo, sois caprichosa, y si se quiere perversa; abrasais, desgarráis el corazón, pero al menos no lastimais los nervios: á vuestro lado no se conoce ese tedio mezquino, esas quejas y desdenes inaguantables, que son las cosas mas detestables del mundo; junto á vos el hombre es feliz ó padece, pero siente las grandes y violentas sensaciones de la vida.

VI.

William dejó á Londres para pasar un mes en las costas del mar. Hay gentes que con variar de objetos y método de vida, y con los aires marítimos y arenas beben las aguas del Letheo, pero desgraciadamente no era Simpton de este número: la imagen de miss Jane le seguía á todas partes como la sombra al cuerpo, como dicen que persiguen ciertas fantasmas á los solitarios del yermo. Después de haber hecho largas correrías durante el día, cuando esperaba disfrutar por la noche del necesario reposo y ver en sueños el despejado horizonte y las tranquilas ondas solo se presentaba la ardiente mirada de miss Jane fija en su rostro: necesitaba pasar toda la mañana al aire libre de la playa para desvanecer de su mente las peligrosas y dulces impresiones de sus ensueños.

Cuando sentado en la quebrada de una roca consideraba melancólicamente las agitadas olas se decía: ¿qué me importa esa inmensidad del Océano? dos besos que cerrasen para siempre mis ojos me darian mas placer, causarían en mi ánimo mas sensación que estas procelosas y temibles costas. El pobre Simpton había perdido el juicio, estaba ciegamente enamorado.

Un día tomó el camino de hierro, y gracias á esta sublime invención del genio moderno que ha hecho desaparecer las distancias, y unido los solitarios y silenciosos desiertos con los parages llenos de movimiento, bullicio y agitación, se encontró á las 7 de la noche frente á las puertas de Convent Garden. Miss Jane trabajaba aquella noche: nuestro viajero buscó el rincón mas oscuro, no quería ser visto de los espectadores y menos de la actriz; había resuelto romper enteramente con el mundo: su venida y asistencia en aquella noche al teatro era un mero capricho, y contaba volverse á la siguiente mañana á su soledad. No obstante, luego que cayó el telón le acometieron los mas vehementes deseos de ir al aposento de la actriz. Se preguntaba á sí mismo por qué había de aumentar sus penas, por qué había de privarse voluntariamente de oír la hechicera voz de miss Jane, hablar con ella y ver sus fogosos ojos dirigirse á él.... ¿á qué fin re-

nunciar á esta dicha? Pocos minutos despues de hechas estas reflexiones ya estaba en el aposento de la actriz. Habia aquella noche, como de costumbre, una sociedad numerosa y escogida, pero luego que la Jane percibió á William interrumpió su dialogo con el príncipe de Nipperg y corrió hácia él con los brazos abiertos en ademán de abrazarlo.

—Mr. Simpton, esclamó ¿dónde os habeis metido? ¿desaparecer de repente sin despedirse, sin dar cuenta á sus amigos! ¿quién os ha arrebatado de nuestra vista, es el amor ó acaso el arte? ¿es una personita que respira, ó algun inanimado busto de mármol? de todas maneras sea el que quiera el objeto habeis procedido cruelmente con los que os aman. En verdad, añadió quedito con un acento que hizo vibrar las fibras de William, yo estaba afligidísima, ¡desconsolada! y diciendo esto se sentó á su lado. Media hora despues viendo que nadie se iba trató de retirarse.

—Tened un poco de paciencia, le dijo al oido, estaos quieto, quiero que quedemos solos los dos.

Un sueño le pareció á Simpton lo que oia; creyó que estaba dormido en la costa del mar y que soñaba agradablemente: permaneció quieto en su asiento.

Los admiradores de miss Jane viendo que todas las atenciones eran para el recién venido se fueron marchando unos tras otros hasta que por último quedó solo William con la actriz.

Esta no desplegabais los labios.

—¿Qué teniais que decirme? le preguntó el artista.

—Yo? ¡nada! respondió miss Jane con acento triste y abatido, como abismada en profundas reflexiones.

—Válgame Dios, miss, me parece que se desliza una lágrima por vuestra hermosa megilla.....

—¡No! ¡no lloro!

—¡Si, llorais, Jane, llorais!

—William: dijo ella con voz ardiente y juntando su rostro con el de William, lloro porque os amo.

Dió este un grito de venturosa sorpresa y dejó caer la cabeza sobre las rodillas de la actriz derramando á su vez lágrimas de ternura, pero lágrimas sinceras, verdaderas, no fingidas.....

A las 10 de la mañana del siguiente dia entraba William en su cuarto en donde no habia estado desde la vispera, despues de una noche coronada de arduos y agradables rosas que para las almas enamoradas son mas apreciadas que los laureles que ciñen la frente del conquistador en un dia de triunfo.

Se dejó caer sobre un sofá, y hacia una hora que disfrutaba las dulzuras de un sueño tranquilo y lleno de encantos cuando le anunciaron la visita del duque Lionel de Nortfor.

—¡Ah! ¡ah! gritó este entrando bulliciosamente en la estancia, vengo á turbar el reposo que probablemente necesita tanto el señor marqués.

—¿Señor marqués! ¿qué significa este dictado, señor duque? preguntó William con extrañeza porque no creía que su trato con Lionel fuese tan íntimo que le diese libertad para chancearse de aquella manera.

—Esto significa, que tengo el alto honor de saludar al lord marqués de Colbridge: ayer mañana vuestro tio el marqués y sus dos hijos se obstinaron en dar un paseo en alta mar á pesar de cuanto se les dijo de la poca seguridad que ofrecia el tiempo y los peligros de la costa: el barquichuelo en que iban, llevaba no su fortuna pero sí la vuestra: en este momento sus cuerpos están en el oceano, sus almas con Dios y sus bienes en vuestro poder. Yo me encontraba en su castillo cuando llegó la noticia, porque teniamos dispuesta una gran partida de caza, y me he encargado de venir á anunciaros esta desgracia que os hace par de Inglaterra y uno de los particulares mas ricos de Europa. Llegué anoche por el camino de hierro de Bristol, y no fui á vuestra casa porque estaba seguro de que no os encontraría: aunque hace ya tiempo que no os veo en Convent-Garden me ha ocurrido que tal vez estarais allí: no he podido hallaros, y como estaba cansado no he querido quedarme á ver la funcion.....

—¿De modo, dijo el nuevo marqués á quien una terrible idea hirió de repente su imaginacion, de modo que anoche á nadie dijisteis el cambio de mi suerte?

—Si tal, contestó Lionel, vi á miss Jane durante un entreacto.

Una espantosa expresion de dolor se pintó en el semblante de William, dejó caer la cabeza sobre el pecho y pareció que iba á desmayarse.

—Ciertamente, dijo para sí Lionel, yo tengo la culpa: la noticia lo trastorna de tal manera..... ¡oh! fortuna: ¡con que amor tan vehemente te aman los hombres!

¡Con que amor tan ardiente amaba William á la actriz!

#### ISLA DE CAPRI EN EL GOLFO DE NÁPOLES.

Entre los países de Europa que ofrecen al viajero mas objetos de admiracion y de estudio, ya por sus naturales encantos, ya por sus notables memorias, se distingue sin duda la península italiana, que se avanza atrevidamente al mar como ansiosa de aspirar las risueñas brisas del Adriático y el Mediterráneo que ciñen sus floridas costas como una guirnalda de plata. Ese territorio infinitamente subdividido hoy, y que fué en otro tiempo un solo pueblo poderoso, que contemplaba desde Roma las conquistas dilatadas de sus hijos predilectos, ofrece á cada paso un recuerdo glo-

rioso, mantiene con sus infinitas ruinas la tradicion de sus historias, y guarda silencioso los restos de los famosos guerreros, de los grandes legisladores, de los poetas insignes, cuyos nombres son, y serán siempre objeto de veneracion para todos los hombres.

Si con razon se llama á Italia el jardin de Europa, Nápoles, con su *Tierra de Labor*, es sin duda el vergel de Italia. La provincia de Nápoles, ofrece en un reducido panorama, todos los accidentes de que la tierra es susceptible: muestra en mil variados espectáculos el curso de las aguas, y ofrece en una espléndida vegetacion los árboles mas gigantes, los mas delicados frutos, y las flores que solo bajo aquel cielo pueden nacer. Al pié de un volcan, crecen frondosas las viñas que producen el famoso *lácrima-cristi*, y bajo el rápido torbellino de una catarata, se estiende un lago inmenso, cuya tranquila superficie rizan las palomas torcazas y las aves acuáticas. Allí se ve una montaña calcárea; no es mas que una capa, que cubre una porcion de grutas llenas de preciosidades naturales. Entrad en ellas, y al salir de aquel intrincado laberinto, os encontrareis en una florida llanura, donde se contemplan entre el follage, los restos de unas antiguas termas. Valles dilatados que terminan en pintorescas poblaciones, colinas con emanaciones volcánicas, llanuras de viñedos y olivares, nacimientos de agua por todas partes, tal es el espectáculo continuado que presenta este hermoso país, bajo un cielo siempre sereno, y con un clima primaveral.

Nápoles se destaca entre este florido paisaje, y abriéndose en vasto anfiteatro, deja, dormido en sus placeres, que las tranquilas olas del golfo besen su planta. ¿Quién no ha leído alguna vez, las descripciones poéticas, mas no por eso menos exactas, de las noches de Nápoles, en ese golfo que no conoce rival, donde el reflejo del Vesubio imprime en las aguas un tinte ensangrentado, que templa dulcemente el rayo de la luna? ¿Quién no ha oido hablar de las góndolas que bogan misteriosamente al compas de las sentidas barcarolas? ¿Quién ignora la existencia de los lazzaroni, que duermen con su eterna indolencia, en las playas de la Margellina? ¿Quién no ha llorado á Herculano y á Pompeya? ¿Quién ignora que en Posilipo está la tumba de Virgilio?

Bordan el golfo, en sus estremidades varias islas dignas de atencion. Las mas notables son. Ischia, Procida y Capri, famosa por su *Grotta azurra*. Esta isla se levanta sobre las aguas como una pirámide solitaria de inmensa elevacion, sin playa alguna en su circuito ni señal exterior de vegetacion ni habitantes. Hasta el año 1809, era preciso para entrar en ella, trepar peligrosamente por las rocas, hasta una altura de doscientas varas; pero en aquella época, se abrió á pico una escalera bastante cómoda, por la cual se sube hoy con mas facilidad. A pesar de esto el acceso es muy cansado, pero al llegar á la meseta, se da el viajero por recompensado de su fatiga. Se estiende aquella en hermosa llanura, matizada de casitas blancas, de hermosas huertas, y de floridos jardines. Bajo los pies suena la tierra socabada por el mar, que se descubre en toda su inmensidad. Las islas inmediatas parecen otros tantos canastillos de verdura, que convidan á entrar en el golfo. Nápoles, coronado de sus tres castillos, descubre su hermosa ribera de *Chiaja*, y los jardines de Villa-Reale. El Vesubio coronado de humo y de vapores, domina silencioso las lindas poblaciones de *Portici*, *Torre del Greco* y *Resina*, y destaca su inmensa mole ennegrecida, sobre la alfombra de viñas y olivares que matizan su falda.

Sobre la meseta de la isla hay un castillo destruido, llamado de Barbarroja, y que es del tiempo de Federico II. Muy cerca se halla la pequeña ciudad de Capri, notable en otro tiempo, pero que apenas conserva resto alguno digno de consideracion. A milla y media del pueblo, en direccion del Este, se halla la llamada *Grotta azurra*. Es una gran caverna, que no tiene entrada mas que por el mar. Se cree que los antiguos se sirviesen de ella para tomar baños, habiéndose ignorado su existencia durante muchos años, á causa de la pequenez de la boca, que está á flor de agua, y que es en efecto imponente. Para verificar la entrada, es preciso que el mar esté completamente tranquilo, pues aun así, apenas puede pasar la lancha por la abertura. Si estando dentro se agitate el mar, se correria un riesgo inminente, y por de contado la salida seria imposible. La profunda oscuridad reina en la entrada. Apenas se salva esta, y cuando no se esperan mas que tinieblas, hiere la vista una luz muy viva, que se templa gradualmente en un tinte azul claro que baña las rocas, dando á aquella vasta rotonda, el aspecto mas fantástico que se puede imaginar. Cuando entra de lleno la luz del sol por la abertura, colora las aguas, dándoles el aspecto de un velo rojo, el cual descomponese con su reflejo el mismo rayo de luz que lo produce. La bóveda, cubierta de estalácticas, brilla entonces como el diamante, produciendo esta combinacion el efecto óptico mas sorprendente. Parece que mira uno á través de un prisma cuanto lo rodea. Las muchas góndolas que surcan las aguas de la gruta, en los dias serenos ocupan por viajeros, y por las hermosas damas de Nápoles, dan á este lugar un aspecto particular y nuevo, quedando en el alma una impresion que tarda en desvanecerse.

Segun Homero, la isla de Capri, es la llamada antiguamente de las Sirenas. Despues ha hecho tambien su papel en tiempo de la dominacion francesa. Cuando Napoleon elevó á Murat al solio de Nápoles, quiso señalar su llegada el nuevo rey con una empresa guer-

ra, apoderándose de la isla de Capri, llave del golfo de Nápoles. Poseian á la sazón la isla los ingleses, bajo las órdenes de Hudson-Love, el cual creyendo aquel punto inespugnable, lo llamaba el pequeño Gibraltar. Los franceses se avergonzaban de ver desde sus castillos de Nápoles, ondear el pabellon enemigo, y ver á su pié tranquila la guarnicion inglesa. Confío Murat el mando de la pequeña expedicion al general Lamarque, el cual salió de Nápoles con su escuadrilla, á media noche. Al dia siguiente fué atacada la isla por tres puntos distintos, pero solo uno de los ataques era verdadero. Distraida la atencion de la guarnicion en los otros, el valor y la inteligencia del general francés superaron los grandes obstáculos que hacian poco menos que imposible el acceso, y á la madrugada del otro dia se rindieron los ingleses. Los prisioneros fueron conducidos á Nápoles, en señal de triunfo, y la isla recibió grandes mejoras en sus fortificaciones.

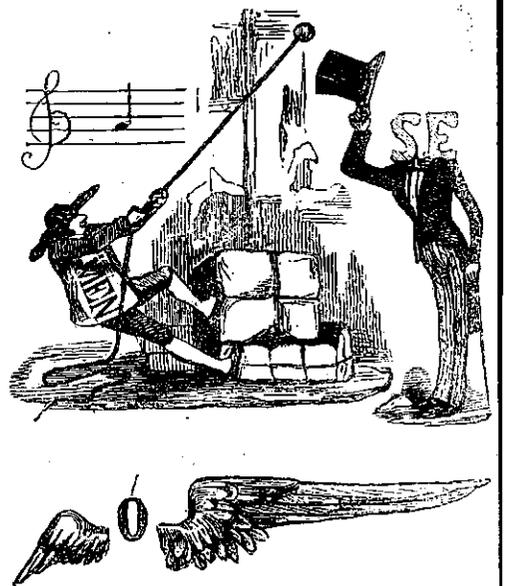
FRANCISCO DE PAULA FIGUERAS.

#### TIPOS DE MADRID.



Barbero ambulante.

#### LOGOGRIFO.



LA SOLUCION EN EL NUMERO INMEDIATO.

Solucion del inserto en el número anterior.

LA VIDA ES PIELAGO EN QUE TODOS NAVEGAMOS, MAS CON DIFERENTE VENTAJA.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8.